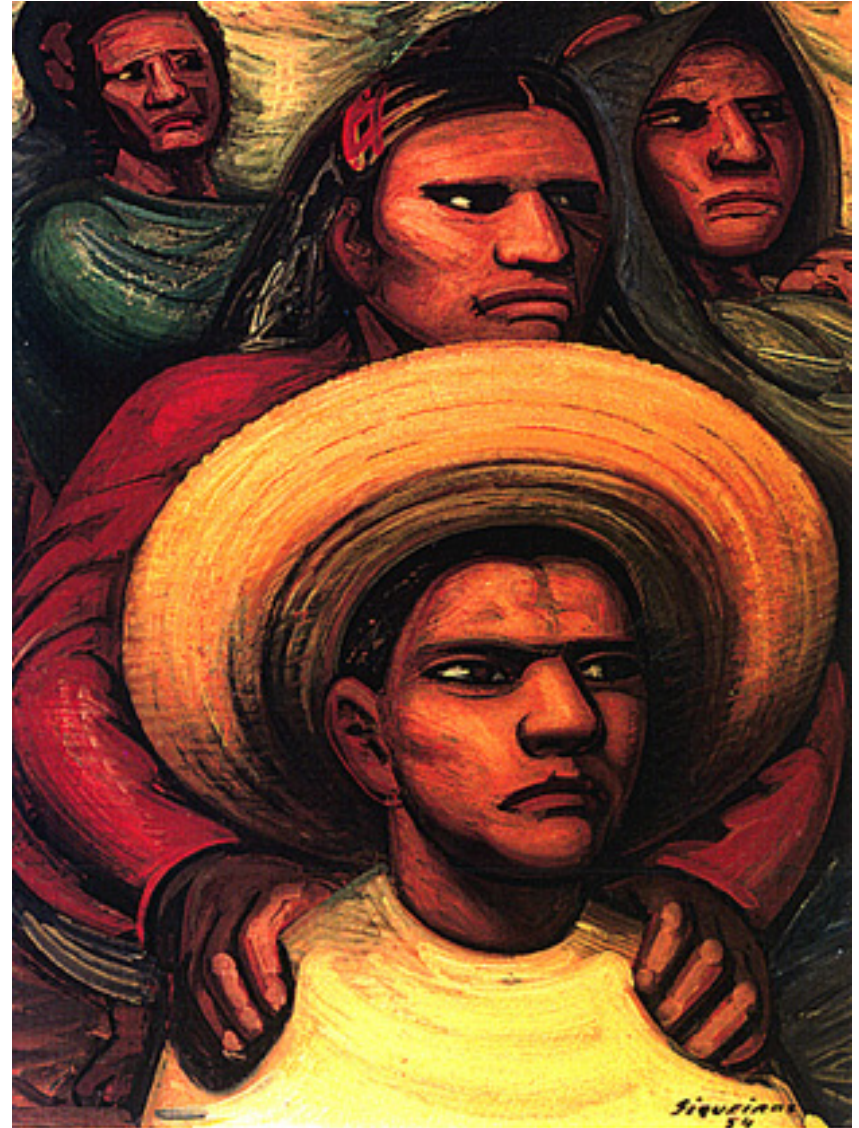


Santiago Ramírez

EL MEXICANO, PSICOLOGÍA DE SUS MOTIVACIONES

PRÓLOGO DE JOSÉ CUELI



Contenido

| | |
|---|----|
| Nota editorial..... | 1 |
| Prólogo..... | 2 |
| A manera de introducción | 5 |
| I Motivaciones psicológicas del mexicano, 1955 | 6 |
| II El mexicano frente al mar, 1960..... | 51 |
| III La organización familiar 1957..... | 55 |
| IV Problemas de un mundo en transición 1966 | 59 |
| VI Expresiones psicológicas en la plástica de dos pintores mexicanos, 1961 | 71 |
| DIEGO RIVERA (1886-1957) | 75 |
| JOSÉ CLEMENTE OROZCO (1883-1949) | 80 |
| A manera de epílogo..... | 84 |

Nota editorial

La primera edición de El Mexicano, psicología de sus motivaciones data de 1959 y sufrió modificaciones y correcciones sucesivas. Nuevos artículos, prólogo, introducción y algunas correcciones por fin le dieron la forma que tiene bajo el sello de Editorial Grijalbo desde 1977. Esta edición corregida y aumentada tiene un nuevo prólogo, múltiples correcciones de estilo y un epílogo, último escrito de Santiago Ramírez, fallecido en 1989. A pesar de tales modificaciones, ha de tenerse en cuenta, al leerse, que fue escrito y pensado hace más de cuarenta años y que el contexto nacional se ha modificado significativamente.

“Motivaciones psicológicas del mexicano” deriva de un curso de invierno de la Facultad de Filosofía y Letras impartido por Santiago Ramírez en el año de 1952 y otro en la Universidad Potosina un año más tarde. Las múltiples conferencias, versiones y variaciones sobre el escrito original, cursos y seminarios que siguieron a su publicación fueron afinando su forma hasta darle el formato que ahora tiene. En el libro Ajuste de Cuentas, Santiago Ramírez se expresa en forma crítica sobre el texto, y nos brinda referencias acerca del momento histórico en el cual salió a la luz, que nos permite situarlo en su exacto contexto.

“El mexicano frente al mar” nace de una conferencia dictada en 1960 en el Ateneo Veracruzano y fue incluida en El mexicano... a partir de su tercera edición, igual que “Expresiones psicológicas en la plástica de dos pintores mexicanos”, escrito a

partir de una conferencia en la Asociación Psicoanalítica Mexicana del año de 1959.

1999

“La organización familiar” es resultado, tras muchas enmiendas, de un trabajo presentado con Ramón Parres en Nueva York en un simposio sobre la familia del Tercer Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología en 1957.

“Problemas de un mundo en transición”, de 1966, representa otro de los grandes intereses de Santiago Ramírez y encabeza una serie de artículos, semejantes por su contenido, acerca de la rebelión, el cambio, la adolescencia y la contradicción que existe entre el ritmo del cambio social y los modelos de conducta aprendidos.

“Patrones culturales en la vida genital y procreativa de la mujer, en particular en México” resume otros artículos y seminarios, conferencias e investigaciones de Santiago Ramírez y muestra su interés —su primer artículo sobre el tema data de 1957 sobre este particular. Todo esto aunado a su experiencia clínica y reflexiones en el campo de la literatura se reúne en el libro “Esterilidad y Fruto”, de 1967.

Las dos grandes pasiones de mi padre, según reconoce en el epílogo Obras Escogidas, han sido Freud y México. En esta edición, Freud aparece como figura de trasfondo, a diferencia de otros libros, artículos, seminarios o trabajos sobre técnica y teoría psicoanalítica donde el convidado de piedra es el mexicano. Los temas tratados a lo largo de toda su carrera fueron constantes y se resumen e ilustran en esta edición de El mexicano...

ELISA RAMÍREZ CASTAÑEDA

Prólogo

Santiago Ramírez desdoblado en El mexicano... fue la encarnación misma del dolor y los duelos de los mexicanos. Mito y leyenda de un pueblo se escrituraron en su cuerpo y en su mente. Santiago, mecido entre el sufrimiento y la creatividad, conmovía. Parecía transfiguración, máscara y eco del “mexicano” dibujado en fantasmal figura emblemática de los pueblos sometidos, vencidos, marginados, hambrientos, deprimidos, al margen, en el margen en las fronteras, en la exclusión, en el silencio...

Santiago Ramírez, dolor escondido en el fondo de sus ojeras, la nostalgia como condición de su mirada, tuvo en su vida y en sus producciones “sonidos negros”, aquellos que inevitablemente tienen que ver con la pena, con el misterio, con la muerte. Rostro del “mexicano” que sabía revelar el dolor más exquisito, de pulidos rasgos como las figuras de obsidiana. Impartía sus clases y conferencias como difuminándose bajo el peso de su fuerte voz de barítono. De sus gestos y movimientos se desgranaban, casi en una mimesis, expresiones del dolor y de lo traumático del devenir de la vida del mexicano, tornando, si cabe, más seductor el sufrimiento.

Santiago, enervado por su mexicano dolor, cautivaba a sus alumnos. Fue el maestro irresistible, inolvidable, refinado en el misterio. Lejos de encarnar una sombra vaga y fantástica a la manera de los personajes de Rulfo, fue un hombre carismático y lleno de simpatía que perturbaba por esa cosa ágil que habitaba en él y se expresó en su “psicología del mexicano”. Destello que

enmascaraba algo del desaliento que se traslucía en su rostro, ese vencimiento del dolor que se decanta en sus escritos.

Santiago, gesto y voz, en donde se hacía manifiesta la expresión de angustia que necesitaba sostener en sus clases, dejando un surco imborrable con el tono en que “traducía” al mexicano traumatizado, despojado de su cultura, religión, ideología, bienes y mujeres, al que contemplaba en la sombra y desde la sombra de una misteriosa y rara duplicidad, desdoblamiento del haz y el envés. Imagen que retornaba del desdoblamiento, espejo de doble faz donde mirarse como ajeno a sí mismo y al mismo tiempo inmerso en la mismidad de donde emergía comprometido con los mexicanos desheredados. Futilidad profunda del mexicano porque apunta a lo indescifrable, oscilación entre lo enigmático y lo real. Enigmático porque la mirada de Santiago se dirigía hacia adentro y desde dentro miraba, miraba a lo mexicano y la interminable montaña que no deja de envolverlo y aislarlo como al mexicano a pesar de haberse trasladado del campo a la ciudad.

En su estudio buscaba esa esencia elusiva del mexicano que pudiera instruirnos sobre las causas de su proceder histórico, su pobreza, el inelaborable trauma de la conquista y la forma de salir de ese estancamiento. Intentó, más allá de las estadísticas y los esquemas económicos, encontrar los hilos que lo condujeran a través de las vicisitudes raciales, sensoriales, climáticas y educativas, rastrear los rasgos de los mexicanos, atraído particularmente como psicoanalista por esa positividad defensiva contra la melancolía de un trauma no superado.

Santiago nos mostró una concepción de la vida mexicana cuyas bases hoy nos resultan tal vez psicoanalítica o

sociológicamente inaceptables, pero que no han perdido su excepcional fecundidad.

El estudio de lo mexicano hoy, para lo cual dejó una invaluable semilla, nos conduce irremisiblemente a la profundización de la tan sabida miseria mexicana; es decir, la miseria de los miserables, a las medidas a tomar que nunca se toman y que han hecho de nuestra vida tan sólo sobrevivencia, escriturándose como lo más significativo de lo mexicano: rasgos, ademanes, gesticulaciones y partículas tan inasibles de nuestro proceder que nos han impedido acceder a una identidad como tal. Pueblo mexicano que con su pesada herencia a cuestas se ha configurado en un carácter y perfil que nos diferencian de los nacidos en otros países, al margen de las condiciones socio-políticas favorables o desfavorables, sin ánimo para modificar el contexto, sin poder acceder a la búsqueda de su clave más honda, es decir, el secreto vivir de su ser. Mundo cristalizado, cerrado, que nos intriga, donde nos inquietan tanto la pregunta como la definición. Incesantes “porqués” mientras la tierra se empobrece y la indefensión profundiza. Tragedia del mexicano que ha vivido y vive exiliado de la tierra, de la palabra y de sí mismo, intentando sobrevivir.

Desde ahí, desde la indefensión y los duelos no elaborados, lo mexicano se nos revela como transparencia en el aire, vestido de sueños, formando parte de una trama invisible, decididamente cristalizada. Lo mexicano proyectado desde su historia azteca y española produce un espectro que lo desmaterializa. Presencia acuciosa y seductora del mestizaje a quien no le interesa la industrialización o la globalización, fenómenos que en otras naciones fueron protagónicos desde principios de siglo.

Ese mexicano de lerdo andar y quijotescos sueños, de tono monorrítmico en su voz cubierto con sombrero de palma bajo la sombra del ahuehuete, que tanto obsesionó a Santiago, vive otro tiempo: un tiempo perdido entre los tiempos, un tiempo suspendido, que se estanca sin estancarse, que se desliza silencioso en otro tiempo, receloso de lo que pueda acontecerle afuera, una trepidación que no comprende pues su mundo es el mundo de los sueños y las quimeras. Este compás de espera le deja una profunda tristeza sabedor de que se va a ir con el tiempo.

La fibra sensible de la que Santiago estaba hecho, lo llevó a ser el fundante del psicoanálisis en México —ni más ni menos—. Mas su otra faz nos mostraba al mexicano lleno de melancolía, de drama, pero sin fatalismo. Advertía en su rostro el dolor, enmarcado por sus gestos acuciosos, abiertos, inteligentes, en los que se adivinaban jirones del sentimiento popular, matices que en él se mezclaban revelando que más allá del intelectual universitario se erigía un talento creador.

La búsqueda del misterio de lo mexicano terminó por envolverlo a él mismo. Intentar aclarar el misterio nos conduce a perfilamos por el contraste entre lo íntimo y lo externo de su persona. El escrutinio del sentimiento de nuestra identidad condujo a Santiago a una lucha del hombre con el personaje de El mexicano... tornándose juego de ocultamiento y develación, difuminación del uno sobre el otro. Compás de espera de El mexicano... que quizás condujo a Santiago, en plena madurez intelectual, a Cuernavaca, al reposo que vivió como base del combate al exterior; donde su voz fuerte y timbrada se percibía como eco, en la intuición de la propia muerte.

Su voz aún flota en las aulas universitarias y el hombre comprometido con lo mexicano sigue vivo en su libro que hoy ve la

luz en nueva edición. Libro controvertido, polémico, descalificado por unos, idealizado por otros, que permanece en el sentir de aquellos que se identifican con esa neurosis traumática que heredamos los hijos de la gran Tenochtitlán. Herederos sin posesión de nada, pero con todo en propiedad. El cielo, el mar y el canto que hablan de un dolor por ser abandonados y que, entequilados, viven en sus sueños. A veces, muchas veces, en la desesperación de que todo aquello no sirve para nada, cuando al vivir sale del sueño; entonces vive la desolación y el hambre. Hambre negra en lo íntimo que enmascara los dramas y hace de su peregrinar lento, constante, incontenible, un avatar histórico, tan traumático, desgarrador y sufrido de ese emigrar que marca al soñador mexicano, signado por el fatalismo, en un desvivirse fantasmal en los sueños.

José Cueli

1999

A manera de introducción

El mexicano se mueve en un terreno inhóspito, carente de seguridad; piso prestado, abonos que le brindan un anhelo de seguridad mensual con fraccionadores disolutos. Pero a pesar de todo siente que su territorio es de él. Espacio mamado a rajatabla pero a pesar de todo espacio vital. No es sustituible por condominios americanos o por departamentos a la manera de Canadá; este territorio tan debatido requiere un marco de agresión. El cemento, la religión, los héroes cinematográficos, el programa de radio y la imagen preferida, su caja tonta, la televisión, no son sino profilaxia a su tragedia.

Ahí se le da una imagen diferida. “esperen un poco niños, el drenaje puede esperar, vamos a ver a Pedro Infante” o a lo mejor un programa de violencia. La frustración y la carencia engendran violencia, policía, viajes a Europa o desesperación.

Frecuentemente coloca en la rama del pirú más próximo la sogá del ahorcado que va a enhebrar el policía para matar a su hermano.

“Soldado, qué tienes tú, soldado, que no tenga yo”.

Todo el tinglado tiene que llenarse para encubrir su drama de afeites, cabaret y danza ramplona. Carencias básicas, leche ausente; sustituto, pulque, cerveza y hermandad. Apariencia de convivencia, hermano querido a la luz del alcohol y la fritanga, a la postre hermanos odiados; atrás de las fritangas odio, rivalidad,

recelo. Fritangas, fritangas, fritangas, fritangas, alimento sin proteína, tristeza, dolor y hambre.

“Tres días sin verte mujer, tres días llorando tu amor, hace tres días que no sé de ti.”

Cuando se logra sustituir la carencia se llega a lo cursi. Es preciso ponerse un puente dental de oro, hacer baile de quince años o adecuarse a la moda: tul, azahares, promesas, mentiras y sillas prestadas. Perros que se ensartan en la calle enfrente del beso fingido de los novios, dientes de oro con muchas caries. Alguien nos indica cómo ser cursis, muy cursis y de la alta escuela; lámpara, lugar y estilo. Somos maestros de lo cursi (la, la, ta, tá). Desgraciadamente y con frecuencia, salimos de Beethoven para caer en Tchaikovski. Viene la lista: el rapto, muy por debajo quedan Capuletos y Montescos; llega la boda renacentista, en tela bordada, realidad de Oaxaca, que no se sabe si es cortina carmesí o sobrecama; después, padrinos de bautizo, confirmación, comunión o excomuniación. En el camino muchas cosas: “El Santo”, cuya exclusión, sin máscara, nos obliga a pensar que somos incógnitos. Y no existe pero seguimos dominando en el “Salón México”, antro de nuestra disimulada masturbación; peseras y danzón. “Mi hijita, Le bendigo, hazlo sin ganas y satisface tus carencias.” ¡Oooh! “Pesos” de aquel entonces. Dos pesos por palo, la noche cinco. La Danzonera, danzonera “Bailamos, Almendras”.

Ocasionalmente vamos a la Delegación, la mordida no fue eficaz o el modo de otorgarla el adecuado; “sabadazo”, ¿en dónde está Netzahualcóyotl, en la periferia o en el centro? ¿Somos periféricos de nuestro centro o centro de nuestra periferia?, ¿de dónde nos vienen las nanas que cuidan a nuestros niños?, o ¿de dónde procede el dinero que encubre la miseria? Vamos y venimos, venimos y vamos, del sur al norte, de norte a sur. Desde

Netzahualcóyotl hasta Tecamachalco hay una línea continua de privación, de carencia, de resentimiento y desde sur a norte una de culpa, de intelectualización, motivo del trabajo perdido. Somos los andrajosos y los lujuriosos, sur y norte. Imbéciles de un mismo destino.

Ausentes los machos, privadas de un ser que las proteja o de un pito que las penetre, las mujeres se dedican al chismorreo, a la carencia y al orgasmo inútil y puñetero; pareciera que frente a la ausencia dijeran: “Nos bastamos solas y sin macho” lo podemos mostrar en la Delegación, en el Ministerio Público, ante el juez y con cualquier prueba psicofisiológica de tipo orgásmico: aquí la rica se hace particularmente monótona, el chismorreo sustituye al tema, y así es nuestra vida, anécdota sin contenido, referencia sin información.

Así es nuestra vida, monotonía de chisme, ¡monotonía de chisme!, ¡qué cansado!, ¡qué cansado! Chisme de vecindad y pleitos de borrachos que no escuchan. Nos mandan a chingar nuestra madre pero a la postre la hemos chingado.

Viva México, hijos de la chingada.

1973

I Motivaciones psicológicas del mexicano, 1955

Desde hace tiempo, con muy diferentes criterios, con diversos enfoques y desde ángulos variados, el mexicano y su manera de ser se han transformado en una preocupación substancial del propio mexicano. Lo mejor de nuestra intelectualidad se ha aproximado al problema aportando su sistema de pensamiento y su método de trabajo con el fin de conocer la urdimbre de nuestra esencia y los matices de nuestra caracterología. Sin embargo llama la atención que, salvo excepciones, los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas han contribuido con muy escasas observaciones a la comprensión del tema. Cabría suponer que el psicólogo, en contacto cotidiano con las formas de expresión del mexicano, y en labor permanente con el material que aportan tanto los casos clínicos como las manifestaciones inconscientes, sería el más indicado para orientarnos acerca de las motivaciones profundas explicativas de la conducta y de la manera de ser de lo nuestro. La magnitud del título sugerido en la portada de este ensayo muy frecuentemente nos ha hecho dudar acerca de las propias capacidades para encararlo; sin embargo, la metodología que hoy en día posee el psicólogo educado en las técnicas de la psicología abisal, ha llegado a ser tan fructífera que nos ha animado a afrontar el problema a pesar de la magnitud del mismo.

En una ciencia joven, el psicoanálisis, de la cual se ha hablado tanto y tan mal, resulta preciso esclarecer conceptos y disipar dudas acerca de “simpatías y diferencias” las más de las veces derivadas de una simple actitud emocional frente a los

resultados obtenidos. Creo que en tanto no podamos definir los conceptos y la terminología con la cual designamos las cosas, la posibilidad de hacer luz en nuestra temática resulta vana. En primer término resulta fundamental saber cuáles conceptos son básicos e indispensables como herramientas de trabajo en la ardua artesanía del psicólogo; también es imprescindible descartar y hacer a un lado todas aquellas hipótesis que, o bien no están plenamente comprobadas, o no son fundamentales en la investigación. Si las herramientas que utilizamos en un momento dado son de utilidad, bienvenidas; si por el contrario únicamente resultan formas de lenguaje que complican el problema; nos veremos forzados a descartarlas.

Desde el punto de vista psicoanalítico, consideramos al ser humano como una entidad biológica que entra en contacto con un ambiente ante el cual su biología habrá de modelarse, expresarse, frustrarse o desarrollarse, de acuerdo con las condiciones que esa biología encuentra en el ambiente que la rodea. Somos similares en tanto nuestra biología es parecida, y diferentes en tanto las condiciones ambientales hacen diferir nuestro destino del de nuestros congéneres. Utilizando la terminología psicoanalítica podemos expresar que el ser humano, no importa la cultura en que se desarrolle, nace con un cúmulo de material instintivo y de necesidades, cuyo origen se encuentra en el plasma germinal. En otras palabras, cuando nos referimos a una de las características de la necesidad, su origen, podemos afirmar que la biología y la psicología convergen en un punto común. Sin querer hemos señalado ya una de las características de la necesidad: su origen. Muy lejos de nosotros pretender definir “la necesidad básica”; con un criterio menos espinoso y más modesto nos referirnos a sus características para poder individualizarla. Es lógico considerar como origen o fuente de la necesidad a lo biológico, a lo germinal. Es decir, si nos referimos a una necesidad básica, tal cual es el

hambre o la apetencia sexual, sin lugar a dudas tendremos que localizar su origen en la sustancia viva; así, en el caso del hambre las modificaciones en el contenido de determinadas sustancias en el terreno sanguíneo: glucosa; las contracciones gástricas y, finalmente, los cambios en el metabolismo tisular, son explicaciones más que suficientes para poder en un momento dado determinar la fuente o punto de partida de la necesidad.

Otra de las características de la necesidad es su fuerza. Aunque no existe un sistema de medición preciso para valorar su fuerza sí contamos con elementos laterales que nos permiten juzgar su mayor o menor intensidad. Juzgaremos la intensidad del hambre de una persona en función de dos elementos de juicio: por una parte, con base en la cantidad de obstáculos que esa persona es capaz de zanjear con el objeto de satisfacer su demanda; por la otra, por la cantidad de barreras, inhibiciones y consideraciones de índole moral o social puestas al servicio del bloqueo de la existencia instintiva. Cuantos más esfuerzos realiza una persona para aplazar la satisfacción, mayor será la energía contra la cual se erigen los obstáculos.

Una tercera característica o propiedad de la necesidad es su finalidad. Toda necesidad tiene un fin. El aparato psíquico se rige por la ley del displacer-placer; podemos expresar que el incremento de la representación de una necesidad en el aparato psíquico es displacentera. La tendencia natural, cuando este incremento tiene lugar, es la descarga a través de una acción que específicamente satisfaga la necesidad. Las acciones serán específicas y diversas, de acuerdo a la necesidad de que se trate, pero todas ellas tienen como finalidad aliviar al aparato psíquico de la tensión desagradable creada por el cúmulo de representaciones.

La última, pero no por ello la menos importante de las características de la necesidad, es el *objeto*. Designamos como objeto de la necesidad a la persona o personas a las cuales se encuentra ligada ésta, en su satisfacción directa e inmediata. Así, el objeto de las necesidades tanto nutritivas, como de afecto, calor y ternura del lactante se encuentran centradas en la madre. El objeto susceptible de satisfacer las necesidades de identificación masculina en el niño varón será el padre. Los objetos que rodean a un niño serán los encargados de manejar sus necesidades; el manejo será realizado de acuerdo con los ideales, pautas, apetencias y características del grupo familiar. Pensemos en un caso teórico: las necesidades de protección y dependencia de un menor, al ser manejadas por una madre determinada, podrán lograr su satisfacción en el caso de que los ideales y la manera de ser de la madre respondan adecuadamente a las exigencias instintivas del niño; en cambio, podrán frustrarse cuando las necesidades del niño se encuentren en franca oposición con los intereses, ideales o caracterología de la madre. Existe un último caso: aquel donde la necesidad de satisfacer la dependencia y el amor en la madre es mayor a las demandas que específicamente hace el menor. En este caso diremos que la madre ha sobreprotegido o sobre satisfecho una determinada área en detrimento de otras, importantes para el adecuado desarrollo del niño.

Para el público y para el intelectual en general, la evolución del pensamiento psiquiátrico es un tema ajeno y en ocasiones confuso; hasta él solamente han llegado los debates y polémicas, que en general solamente tienden a confundirle más y a establecer juicios erróneos y prematuros. Otra de las frecuentes fuentes de error que el público tiene en sus juicios hacia la psiquiatría y psicología dinámicas, deriva de informaciones superficiales,

simplificadas y pueriles, gran parte de ellas obtenida de fuentes cinematográficas o folletinescas.

El psicoanálisis, como cuerpo de doctrina, involucra por lo menos tres campos de fuerza de igual envergadura que manejan y operan con factores distintos. Por una parte, es una doctrina que ha venido a incrementar los conocimientos que tan lenta y penosamente había desarrollado la psiquiatría; por otro, un sistema que con base en sus postulados teóricos, empíricamente adquiridos, actúa como técnica o procedimiento terapéutico con indicaciones bastante precisas y con normas confrontadas una y otra vez en la corroboración clínica experimental; por último, es un sistema que trata de aprehender conocimientos aislados y hechos aparentemente carentes de conexión, trascendiéndolos en un esquema de pensamiento que hace comprensible al hombre y a sus variadas y múltiples manifestaciones.

Gran parte de la polémica levantada alrededor del psicoanálisis obedece a una inadecuada metodología en la técnica de discusión. Efectivamente, en ocasiones se traen a colación datos de su pensar filosófico para oponerlos a sus resultados técnicos y viceversa. En psicoanálisis acontece algo similar a los problemas que suscitan las matemáticas; ésta es un cuerpo de doctrina, una técnica operativa en la resolución de enigmas y un sistema filosófico de pensamiento. Discutir con argumentos de un área los resultados obtenidos en otra es indisciplinado y en ocasiones falaz.

A través de su experiencia —más de cincuenta años de operar con las manifestaciones mentales del ser humano y de corroboraciones derivadas de confrontaciones experimentales— el psicoanálisis ha llegado a postular algunos conceptos básicos fuera de toda discusión. Trataremos de sintetizarlos en forma breve con

el objeto de que a partir de ellos podamos seguir el ovillo de nuestra estructura interna.

Existe un *psiquismo inconsciente*. Antes del advenimiento del psicoanálisis, la psicología operaba fundamentalmente con entidades llamadas conscientes. Es más, se identificaba plenamente al psiquismo con la conciencia. Con una gran cantidad de antecedentes derivados de la clínica y de los precursores freudianos en la patología de las enfermedades mentales, Janet, Charcot, etcétera, postulan la existencia de contenidos inconscientes capaces de actuar y operar en la conducta del ser humano y en sus múltiples manifestaciones. Es decir, no solamente existen partes de nuestro psiquismo inconscientes sino que además son operantes, presentes y dinámicas, en tanto son susceptibles de determinar manifestaciones patológicas o de conducta.

El psicoanálisis al descubrir esta tierra virgen hizo comprensibles manifestaciones aparentemente bizarras, ilógicas, poco congruentes. A partir de ese descubrimiento la conducta normal y neurótica manifestó una lógica inconsciente que, con el curso del tiempo, habría de sistematizarse y comprenderse.

En determinismo de las pautas da conducta la vida infantil es particularmente importante. El ser humano, a diferencia de sus parientes de otras especies, pasa por un periodo de dependencia particularmente prolongado. Sus necesidades básicas se encuentran a merced de la conducta que hacia ellas tengan los objetos y ambiente que le rodea. Desde el momento de nacer hasta aquel en que el sujeto es capaz de satisfacer por sí mismo las urgencias de su necesidad pasa mucho tiempo, tiempo lleno de significados y constelaciones susceptibles de perturbar la realización e integración normal de las necesidades. Si no podemos comprender las necesidades del niño aisladas de las personas

susceptibles de satisfacerlas, esto nos lleva a preguntarnos el efecto que tienen las personas (objetos) que entran en contacto con él sobre su ulterior desarrollo anímico y emocional. El niño pronto aprende a confrontar que en ocasiones sus necesidades entran en conflicto con las pautas, modos de ser e ideales que los adultos tienen para con él. Por una parte, se siente urgido a la realización de determinadas necesidades; por otra, impulsado en igual proporción a complacer a los objetos que entran en relación con sus necesidades. La conducta adulta es el resultado transaccional de estas dos fuerzas; en ocasiones operan en el mismo sentido; en otras, en sentidos divergentes; de la cuantía de la divergencia deriva la magnitud del conflicto interno.

Con el transcurso del tiempo, las pautas que fueron externas se internalizan, se transforman en inconscientes y siguen siendo operantes. Efectivamente, de la misma manera que el uso de la lengua materna se transforma en automatismo, las pautas de conducta que infantilmente se aceptaron para complacer a un objeto exterior, siguen llevándose a cabo en la edad adulta para complacer al objeto que, de externo, se ha transformado en interno. Cada vez que realizamos algo que se equipara con nuestro objeto interno —ahora ideales morales, conciencia ética, etc.—, estamos en paz con nosotros mismos, cada vez que realizamos algo que se opone a los cánones del objeto interno surge la ansiedad y la culpa; para librarnos de ellas es menester movilizar mecanismos internos de defensa para mantener el displacer psíquico en un bajo nivel; el aparato psíquico, como el organismo biológico, necesita mantener un nivel de homeostasis adecuada. Todos los mecanismos psíquicos que en un momento moviliza el ser humano son propositivos, dirigidos al logro de una finalidad inconsciente y muy frecuentemente en contradicción patente con las finalidades y metas conscientes. Podemos, pues, definir la conducta como una

forma de establecer transacciones inconscientes con objetos que sean internalizados, operantes y activos.

El ser humano no es una entidad independiente en el tiempo, sino anclada al pasado y determinada por él. La forma en que el pasado actúa y determina el presente del ser humano depende de una serie de características de dicho pasado, cuyo objeto es estudio del psicoanálisis. Es también objeto de su estudio la forma en la que el psiquismo del sujeto afronta el pasado: rebelándose a él, sometiéndose al mismo, tratando de repararlo y modificarlo en los seres que dependen de él o por el contrario, reivindicando en su relación activa con los demás aquello que en su posición pasiva le fue negado por los objetos que entraron en contacto con sus necesidades. La fórmula con la cual el sujeto resuelve su conflicto con el pasado y sus objetos es resultado de una ecuación personal, no ajena a las pautas y normas culturales en las cuales el sujeto desarrolló su destino. Ante todo psicoanalista se encuentra planteado un resultado con inhibiciones, síntomas, conflictos, ansiedades, sentimientos de culpa; el papel de éste es resolver y determinar los términos de la ecuación que han dado como producto un cociente sufriente y atormentado.

En toda relación que un sujeto estructura, tienden a repetirse, en forma compulsiva, sus pautas. Es decir, transfiere en la nueva relación todas aquellas ansiedades, deseos de complacer, de engañar, de recibir, de reivindicar, etc., que en una ocasión experimentó en relación con sus objetos primarios y que ahora automáticamente repite. Para que tal cosa acontezca es preciso, como decíamos anteriormente, que el objeto se haya internalizado.

Podríamos sintetizar la psicología de la motivación en los siguientes puntos:

1. Existencia de necesidades básicas.
2. Contacto entre necesidades y objetos externos.
3. Dependencia al objeto externo.
4. Elección de sistemas defensivos frente a la actitud del objeto externo.
5. En la interacción de la necesidad, el objeto externo y la defensa ante éste se crean clichés, pautas, estructuras y “gestalt”.
6. Internalización del objeto externo, de la defensa y la “gestalt”.
7. Externalización del objeto interno o elección de un ambiente conformado al objeto interno, deformación de la realidad para conformarla al objeto interno y así complacer a este último.
8. Dependencia al objeto interno.

Podemos encontrar distorsiones fundamentales en un individuo, en una familia o en un grupo social, con respecto a otros individuos, a otras familias y a otros grupos sociales, derivadas de la forma en la cual han sido manejadas sus necesidades básicas. A pesar de que en un momento dado parezcamos prolijos, citaremos algunos ejemplos: una madre judía, resaca de todas las persecuciones, angustias y desvelos de la Alemania nazi, llega a un país americano como inmigrante. Al tener a su hijo criollo, en el país que le dio albergue, va a mitigar muchas de sus penas, de sus angustias y de sus temores en la relación con el hijo: en primer término dará al hijo satisfacciones en determinadas áreas, muy superiores a las exigidas específicamente por el menor. Será así como el niño comerá no únicamente lo que biológicamente necesita sino con creces, como resultado de la relación con su

madre. El niño obtiene así no solamente lo que necesita sino también todo aquello de lo cual careció la madre cuando a su vez era niña. Este criollo, hijo de una madre judía famélica en su infancia, será objeto de una sobrealimentación. Esta misma madre que ha incorporado en su interior la imagen de un mundo perseguidor y terrible, donde ser judío ha sido equivalente de afrentas y discriminaciones, proyectará la imagen de un mundo perseguidor y terrible en el país que le ha dado albergue; en estas condiciones tratará de proteger a su hijo de todas las persecuciones que ella misma sufrió y que ahora, fantaseadas, ha proyectado en su nuevo mundo. En estas condiciones privará al niño del contacto con amigos, con juegos y en general de todas aquellas áreas de participación social necesarias para un desarrollo adecuado, Tanto en las normas seguidas ante la alimentación como en las relativas al trato social, la madre estará reparando aquello que sufrió, aquello de lo que se vio privada. Rascovsky caracterizaba la fórmula de relación de esta madre con su hijo con la siguiente frase: “niño, come, pero no te muevas”.¹ Come por todo lo que yo no comí, por todas las privaciones de mi infancia miserable, por todo aquello que siempre deseé y no tuve. No te muevas, no participes, no entres en contacto con los demás porque el mundo es peligroso, cruel y avieso.

Esta forma específica de manejar las necesidades instintivas del niño trae consigo el que éste incorpore en su interior la fórmula de la madre, y que sometiéndose a ella la repita una y otra vez, en forma estereotipada. Nos podríamos preguntar qué es lo que mueve al niño una vez adulto a repetir las pautas que le fueron

¹ 'Arnaldo Rascovsky, "Consideraciones psicosomáticas sobre la evolución sexual del niño. Paralelismo entre las expresiones psicológicas, Fisiológicas y estructurales", *Revista de psicoanálisis*, vol. 1, núm. 2, Buenos Aires, 1944.

impuestas. Al principio, el niño supo que siguiendo las normas de su madre lograba su afecto, supo que recibía amor y atención cuando su conducta era eco de la de ella; la necesidad de recibir amor, de no sentirse abandonado emocionalmente, es mayor que la frustración implícita en la sobrecarga de determinadas necesidades y el raquitismo en la satisfacción de otro grupo de ellas. Más tarde, cuando el niño deja de serlo para transformarse en hombre, la madre se ha convertido de una figura exterior a otra, internalizada. Cada vez que en la conducta se realicen las exigencias que impuso, emocionalmente se recibirá la aprobación desde adentro; cada vez que se destruyan los viejos moldes surgirá angustia por la desaprobación y desamor de la imagen interna. Este niño, con esta dinámica, a quien la madre ha enseñado a calmar su ansiedad comiendo, a quien la madre ha privado de la posibilidad de derivar al exterior las tensiones por medio del movimiento, se transformará en un sujeto obeso por incremento de carga y déficit en sus posibilidades de descarga. En un corto y breve ejemplo hemos podido observar cómo las necesidades emocionales, interactuando en la relación madre-hijo condicionan el destino de una vida o la pauta de una relación, que si al principio fue simplemente la forma de ligarse una necesidad del niño con su objeto fundamental —la madre— más tarde, al magnificarse el mundo de relaciones del adulto, el modelo se transformará en prototipo y condicionará la relación del hombre con sus objetos, su mundo. En otros cuadros patológicos, la corea de Sydenhan, y en la esterilidad hemos enunciado las pautas de interacción que traen como resultado los cuadros morbosos antes señalados.²

Hemos tratado de esbozar uno de los postulados básicos de nuestra ciencia, postulado que por otra parte tiene hondas

² Santiago Ramírez, Raquel Berman y Rafael Soto, "Aportaciones al problema psicogénico de la corea de Sydenhan "

semejanzas con los descubiertos por el historicismo y la filosofía existencial por caminos bien diferentes.

Otro de nuestros enunciados básicos, ya tratados superficialmente, que nos ayudará a seguir el escarceo sinuoso y aparentemente complejo del mexicano, es el siguiente:

El ser humano, objeto de larga dependencia en el seno de la familia, de duración única si se le compara con la dependencia de otras especies, busca vehementemente el amor. Una vez que ha aprendido la fórmula específica a través de la cual lo obtiene, tan pronto ha logrado establecer una transacción o un mecanismo defensivo entre sus demandas instintivas y la complacencia de los objetos, estructura lo que denominamos una pauta, una “gestalt”; repetirá esta pauta como fórmula mágica en el curso de su historia individual, en todas aquellas circunstancias en que el ambiente demande una respuesta ante un estímulo determinado. Llamamos a este repetir una y otra vez compulsión a la repetición. Muy frecuentemente el hombre no recuerda el matiz específico de las primitivas relaciones con sus objetos fundamentales, sin embargo podemos deducir, a través de su *repetir*, la naturaleza de esta relación. Un hombre estrictamente apegado al deber, particularmente severo con quienes le rodean, juez implacable de su conducta y de la de los demás, no puede recordar si las relaciones con su familia, padre o madre, estuvieron precedidas de igual signo; sin embargo su conducta es el resultado de una repetición o, por el contrario, de una reacción frente a las exigencias del ambiente primitivo: por eso decimos que el repetir es una forma de recordar dicha conducta. Existen hechos peculiares en la estructura del aparato anímico, a saber, pareciera como si el repetir y el recordar fueran fórmulas de reacción en cierto sentido antagónicas. El recordar y el repetir fueron objeto de un trabajo

magistral de Sigmund Freud.³ En Ocasiones repetimos para no recordar y en otras recordarnos para no repetir. Esto puede esclarecerse fácilmente a los ojos del lector. Quienes trabajamos y dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo a las lides psicoterapéuticas, encontramos dos tipos básicos de enfermos: unos ignoran que sus padres fueron violentos con ellos o amorosos o severos, no recuerdan las características del padre a pesar de llevarlas incorporadas dentro de sí; sin embargo, al establecer una relación honda y sustancial con su médico, le atribuyen a éste rasgos de severidad, violencia o afecto que no corresponden a la realidad objetiva. En estas circunstancias afirmamos que la imagen que de nosotros se tiene es una repetición de las protoimágenes básicas. Por el contrario existen pacientes que recuerdan con objetividad la manera de ser del padre, de la madre y del ambiente familiar y que a todas luces luchan por mantenerse objetivos frente del médico con el fin de eludir repetir una imagen que fue traumática o frustrante. Esto tiene importancia en el hilo que seguimos porque la conducta de los pueblos muy frecuentemente es una serie sucesiva de repeticiones. En esta repetición se está expresando la historia en forma viva, actual y emotiva.

De la misma manera que la gestalt de un individuo es la resultante de las fuerzas interactuantes de su infancia, cabe pensar que la estructura, configuración o gestalt de una cultura es la resultante de las fuerzas dinámicamente activas en el pasado. Esta postulación teórica encuentra comprobaciones de toda índole en la biología, en la antropología y en el campo social.

Como se ve, nuestra ciencia y nuestra metodología tratan de establecer en primer término, partiendo del hecho actual:

³ Sigmund Freud “Recuerdo, repetición y elaboración”. “Obras Completas” tomo 11 Biblioteca Nueva Madrid, 948.

manera de ser, manera de expresarse, forma de resolver las urgencias de nuestra instintividad, un común denominador que pueda aplicarse a las múltiples ramificaciones de la conducta. Una vez lograda esta ecuación es preciso formularla: existe tal o cual manera de ser o de reaccionar frente al dolor, la angustia, la inseguridad, la competencia; el paso siguiente es establecer una relación, una reciprocidad entre la actual manera de ser y el esquema condicionado en el pasado. Tal es la técnica que pretendemos seguir para estudiar lo mexicano, aunque en forma invertida. Partir de nuestros orígenes, de nuestra infancia histórica, tanto individual como genérica y detectar a partir de los principios normativos y pautas condicionadas por ella, nuestra actual manera de ser; maneras de ser que van a adquirir características llamativas y sobresalientes en todas las áreas de la expresión del ser humano su patología, su arte, su carácter, sus aspiraciones, sus reivindicaciones, etcétera. También será sustancial establecer comparaciones con otras culturas que, al tener orígenes distintos, tienen expresiones caracterológicas también diferentes.

Antes de abordar un programa tan presuntuoso, debemos ser lógicos y aplicar la caridad bien entendida, o sea aplicar nuestra metodología en la propia casa; esto desde luego ya nos coloca enfrente de los interrogantes de las propias motivaciones al emprender el tema de lo mexicano: ¿qué es lo que ha hecho que el mexicano se interese y apasione por lo mexicano? ¿Cuál ha sido el estímulo que mueve y ha actualizado el interés de los intelectuales mexicanos por el ser y por la esencia de los mexicanos? Podemos partir de algunos hechos y de algunas hipótesis.

El mexicano en las últimas décadas ha tomado contacto, en condición de mayoría de edad, con otras culturas; ha tenido que establecer comparaciones y contrastes, ha tenido que experimentar la sensación de “su ser diferente” frente a otras

culturas. Esta situación de diferencia, no del todo distinta al reconocimiento de nuestros propios órganos, que individualizamos en cuanto empiezan a ser víctimas de la dolencia y el sufrimiento, ha conducido a dos maneras o formas de elaboración, tanto en el presente como en el pasado: una, negar el sentido doloroso de la diferencia, negación que se ha hecho por dos caminos distintos, o bien expresa monda y lirondamente que somos iguales, para lo cual se provee el sujeto de una miopía peculiar, o bien se niega el carácter doloroso de la diferencia mimetizándose con las pautas culturales que nos hicieron conscientes del abismo que media entre nuestras formas de expresión cultural y la de otros. Esta última forma, muy peculiar en la historia del mexicano, ha tomado diferentes designaciones:

“afrancesamiento, “pochismo”; su motor básico es la técnica del avestruz, negar la calidad displacentera pero genuina para adaptarse a injertos consoladores y falsos. Otro procedimiento es acoplar nuestro distinguo con todo lo que de positivo y negativo implica; aceptarlo es, en cierto sentido, sentirlo como propio, intimar con él y dominarlo al través de su estudio y elaboración. De sobra está decir que esta forma de apropiarse el hecho traumático, o para ser más llano, esta manera de agarrar al toro por los cuernos, es más madura y constructiva; implica perdersnos el miedo y la vergüenza que secularmente se nos ha puesto encima. Cuando un niño teme al doctor, niega su enfermedad, o una vez pasado el episodio se “apocha” y juega al doctor con su muñeca; no otra cosa sino esto hacen muchos mexicanos cuando juegan al americano o al francés. Una forma adulta de afrontar el problema es conocer la causa del dolor y encararse con él y con todas sus consecuencias. Creo que ningún país en América ha afrontado su “adquirir conciencia” como el nuestro, en ningún otro existe un movimiento de introspección que tenga alcances paralelos al que en México se ha desarrollado. Es evidente que es pauta e índice de madurez que

esperamos nos sirva, como dijera Alfonso Reyes, a llevar “la x en la frente”.⁴

2

Lo mexicano y el mexicano entran a la historia con signos peculiares. Uno de nuestros mejores historiadores, Silvio Zavala, ha expresado: *México es un país de contactos difíciles. Ha mantenido relaciones pero no vive en relación... ninguna de sus salidas representa el ejercicio de una actividad normal. Media algún desajuste que no impide finalmente el contacto pero sí lo enrarece.*⁵

Octavio Paz expresaba:

La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, “pocho”, cruza la historia como un corneta de jade que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carrera (qué persigue? Ms tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de vida de donde un día —en la Conquista o en la Independencia?— fue desprendido. Nuestra soledad tiene las mismas raíces que el sentimiento religioso. Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del todo y una

⁴ Alfonso Reyes, *La x en la frente*, México, Porrúa y Obregón, 1952

⁵ Silvio Zavala, *Aproximaciones a la historia de México*, México, Porrúa y Obregón, 1953.

ardiente búsqueda: una fuga y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación.⁶

A principios del siglo XVI, la población indígena de Mesoamérica

—entendiendo por tal el México actual y Centroamérica— era, según cifras conservadoras, de tres millones trescientos mil habitantes; lo que actualmente se conoce como México contaba con una población mínima de 2 400 000 habitantes.⁷ Cabe suponer que en el seno de esta gran comunidad ya existían y prevalecían tensiones entre los miembros, muchas de las cuales sin lugar a dudas nos esclarecerán algunos aspectos parciales de la vida e ideas del mexicano de hoy. Efectivamente, este grupo de habitantes no formaba ni con mucho un todo homogéneo; diferencias idiomáticas, políticas y militares hicieron que ciertos grupos prevalecieran sobre otros, trayendo consigo problemas que describiremos a grandes rasgos.⁸

La preponderancia de un grupo sobre otro era habitualmente el resultado de conquistas de tipo militar, cuya consecuencia final era el producto de un doble juego de fuerzas: por una parte la declinación del grupo social dominante hasta ese momento y por la otra la fuerza agresiva y acometiva del grupo incorporado recientemente en el panorama militar. En estas circunstancias, desde el punto de vista de la preponderancia militar y política, la historia de Mesoamérica es la sucesión de superposiciones culturales de acuerdo a las cuales la cultura de nueva incorporación somete y sojuzga a la precedente. Claro está

⁶ Paz, *El Laberinto de la soledad*, México, Cuadernos Americanos, 1950.

⁷ José Iturriaga, *La estructura social y cultural de México*, México, FCE, 1951.

⁸ Santiago Ramírez y Ramón Parres, Ponencia en el III Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología, Austin, Texas, 1956.

que las características de este sometimiento cultural tienen una serie de particularidades que la harán única desde el punto de vista histórico. Baste decir que la dominación cultural hacía recaer el acento en el sometimiento político, militar y económico, más que en los aspectos religiosos. De cualquier manera la tensión social provocada hacía que la relación entre el sometido y el dominador se revistiera de características específicas. Por una parte el sometimiento creaba un fuerte sentimiento de ambivalencia: se admiraba y odiaba simultáneamente al conquistador. Los sentimientos de respeto y adulación estaban prontos a ser sustituidos por sus opuestos —hostilidad y venganza— en el momento en que las circunstancias lo permitiesen. Es más, diferentes grupos estaban dispuestos a unirse, pese a las diferencias existentes entre ellos, con la finalidad de crear un núcleo más potente ante el conquistador. Este equilibrio inestable, pronto a estallar, se reforzaba con las grandes diferencias sociales existentes en el seno de un mismo grupo. Efectivamente, las diferencias sociales y jerárquicas que mediaban entre una y otra clase social, en particular entre el pueblo y la aristocracia militar y religiosa, eran de tal magnitud que constituían terreno fértil para la expresión de situaciones de conflicto y drama.

Por otra parte, es necesario señalar que las culturas de Mesoamérica tenían metas espirituales, que sus fines políticos y militares estaban subordinados a intereses de naturaleza religiosa; la guerra entre ellos era propiciatoria a metas espirituales y muy secundariamente al logro de propósitos de naturaleza material.

La expresión manifiesta y fenomenológica de las culturas que predominaban en el siglo XVI era fundamentalmente agresiva, Gran parte de los sentimientos tiernos, afectuosos y parentales reprimidos se proyectaron en el mito de Quetzalcóatl. Esta deidad

cósmica y humana había dado al hombre todo lo que en él existía de positivo.

Alfonso Caso expresa:

...aparece Quetzalcóatl como el benefactor constante de la humanidad y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo y descubre el maíz... le enseña a pulir el jade y las otras piedras preciosas y la manera de encontrar sus yacimientos; a tejer las telas policromas, con el algodón milagroso que nace ya teñido de diferentes colores, y a fabricar los mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje; pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio para medir el tiempo y estudiar las revelaciones de los astros; le enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios., en efecto, Quetzalcóatl es el arquetipo de la santidad, su vida de ayuno y penitencia, su carácter sacerdotal, su benevolencia con sus hijos, los hombres, son patentes a través de las noticias que nos han conservado las crónicas y las representaciones de los manuscritos indígenas.⁹

Quetzalcóatl, como representación proyectada de una de las valencias del espíritu humano, está en lucha permanente contra su deidad antagónica: Texcatlipoca. La lucha entre ambas deidades se representó en el mundo cósmico con la sucesión del día la noche y en el mundo anímico la batalla tomó la forma de un conflicto moral. Lo bueno y lo malo se equiparan con el día y la noche, con el Oriente y el Poniente.

⁹ Alfonso Caso, *El Pueblo Del Sol*, FCE, 1953.

En el siglo X es destruida Tula, la ciudad santa, sede del Quetzalcóatl histórico; éste se ve obligado a abandonar la región central de México huyendo hacia Veracruz, Tabasco y Yucatán, no sin antes prometer un retorno futuro desde el Oriente.

A la llegada de los españoles, eran bien claras las tensiones sociales en el mundo indígena; por una parte, fuertes sentimientos de hostilidad y rebeldía contra el grupo dominante, por otra, una tensión intensa contra la clase teocrática-militar prevalente. A su llegada a América, la imagen del español se visualizó de dos diferentes modos: el grupo dominante vio en ellos una amenaza no de carácter objetivo, sino subjetivo; consideró que Quetzalcóatl, la bondad reprimida, lo Positivo rechazado, surgía del Oriente; los sentimientos de culpa tomaron cuerpo en el caballo y en el fuego de los conquistadores. La clase socialmente sometida vio en la imagen de los españoles la esperanza que habría de liberarlos de una dependencia demasiado pesada y fatigosa a sus espaldas.

Ambos factores fueron utilizados intuitivamente por los conquistadores. No cabe duda de que la conquista fue posible más en virtud de la estructura del mundo indígena que en función de las características militares y estratégicas de los españoles. Cuando un boxeador teme a la oscuridad y al abrigo de su pánico y fobia es vencido por un adversario mucho menos fuerte debemos imputar la derrota a la fobia y no al adversario. La imagen mágica, sobrenatural y mítica que el mundo indígena proyectó en el conquistador fue lo que hizo posible ese episodio del siglo XVI. Podríamos afirmar que lo que conquistó al mundo indígena fue la imagen que el propio indígena proyectó en el conquistador; imagen idealizada de fuerza, de inmortalidad y de leyenda que el indígena llevaba en sus entrañas y que circunstancialmente colocó en el español. Se encontraban frente a frente, como lo han señalado diferentes autores, dos mundos distintos: por una parte el

aventurero, pragmático y realista del español del siglo XVI y, por la otra, el mítico y mágico de nuestro indígena. Para el uno la guerra era propiciatoria de intereses estrictamente materiales, para el otro propiciatoria de entidades internas y espirituales. El español, segundón en su mayoría, encontraba en la conquista el camino del triunfo y la adquisición de un mayorazgo que el destino le había negado. Dice Unamuno: “Y así vive el hidalguelo mayorazgo a cubierto del trabajo, en resignada indolencia y medida parsimonia. Mas si es segundón y ha de asegurarse el pan, ¡a probar fortuna!, a buscárselas o al convento”.¹⁰ En la conquista se le iba el triunfo o la derrota en una interminable competencia con el hermano mayor. No busca caminos nuevos, ni aventuras, ni gloria aquel que no está frustrado. El que posee la gloria y el triunfo en dios se solaza y con ellos goza, no así el que al carecer de ellos anhela tanto más cuanto más privado está. El ámbito cultural le había enseñado al español que lo que no había obtenido del destino, lo podía obtener de la aventura y la hazaña. Su deseo de posesión tiene el tamaño de sus limitaciones en la tierra de origen. Las pautas culturales adquiridas hasta ese momento le habían dado un sentido de autoafirmación y suficiencia; la religión era emblema para el español, justificativo y pretexto de su codicia; las guerras de reconquista y la expulsión de los judíos de la Península Ibérica, lograron que el español tuviera un sentido mesiánico de su destino, con base en el cual justificaba sus actos, cualquiera que fuese su naturaleza. Hace coincidir glorias y jerarquías con espíritu religioso, por eso en su mentalidad obtener fama y riquezas iba aunado a un fuerte proceso religioso. Sánchez Albornoz, sintetiza la actitud hispánica en forma bien concreta, con estas frases: “España vino a las Indias con espíritu de cruzada y de rapiña, con la cruz en lo alto y la bolsa vacía, con codicia de riquezas

¹⁰ Miguel de Unamuno, Antología, México, FCE, 1964.

y de almas y con la civilización y libertad occidental que habrían de crear el mundo de hoy, en la punta de las espadas y las lanzas".¹¹

La conquista de Mesoamérica fue posible en función de los hechos antes señalados. Cuando el mundo indígena, tanto el autócrata como el sometido, se dio cuenta de que los conquistadores no eran ni amenaza ni esperanza, era ya demasiado tarde. Psicológicamente podríamos expresar que el nativo bien pronto descubrió que el conquistador no era el hermano que había de liberarle del padre cruel y agresivo que le sometía y tiranizaba sino que, simplemente, había sustituido un padre por otro. Este nuevo padre utilizaba formas de tiranía novedosas, era codicioso y pragmático, tenía atributos de lenguaje, religión y modos incomprensibles y dramáticos para el indígena conquistado. Dos culturas, una que mira hacia adentro, que ha encontrado, como expresa León Portilla, la razón filosófica de la existencia en la "flor canto"¹² y otra que mira hacia afuera, Como bien ha expresado Paul Westheimn para la una, en todas sus formas de vida, incluyendo el arte, la medida de todas las cosas es el hombre; para la otra, la medida de todas las cosas es el mito.¹³

Una prueba del dramatismo del encuentro entre las dos culturas, así como de los puntos de vista que desesperadamente defendía el mundo indígena ante el ataque de los conquistadores, nos ha sido brindado por primera vez en versión castellana por León Portilla. En una sección del *Libro de los Coloquios* recopilación hecha por Sahagún, de la documentación encontrada en Tlatelolco, acerca de las discusiones y pláticas llevadas a cabo entre los doce

primeros frailes y los principales señores indígenas en 1524, León Portilla traduce la siguiente argumentación indígena del impacto hispánico:

*Señores nuestros, muy estimados señores:
Habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra.
Aquí ante vosotros,
Os contemplamos nosotros gente ignorante...
Y ahora ¿Qué es lo que diremos?,
¿Qué es lo que debemos dirigir a vuestros oídos?
¿Somos acaso algo?
Somos tan solo gente vulgar...
Por medio del intérprete respondemos,
Devolvemos el aliento y la palabra
Del señor del cerca y del junto.
Por razón de él, nos arriesgamos
Por eso nos metemos en peligro...*

*Tal vez a nuestra perdición, tal vez a nuestra destrucción
Es solo adonde seremos llevados.
(Mas) ¿A dónde deberemos ir aun?
Somos gente vulgar,
Somos perecederos, somos mortales,
Déjennos pues ya morir.
Déjennos ya perecer
Puesto que ya nuestros dioses han muerto.
(Pero) tranquilícese nuestro corazón y vuestra carne,
¡Señores nuestros!
Porque romperemos un poco,
Ahora un poquito abriremos
El secreto acerca del Señor nuestro (dios).*

*Vosotros dijisteis
Que nosotros no conocemos
Al Señor del cerca y del junto,*

¹¹ C. Sánchez, Albornoz, España y el Islam, Buenos Aires, 1943.

¹² Miguel León Portilla, La filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes, México, instituto indigenista Interamericano, 1956.

¹³ Paul Westheimn, La estructura del México antiguo, 1956.

*A aquel de quien son los cielos y la tierra.
Dijisteis que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta,
La que habláis,
Por ella estamos perturbados,
Por ella estamos molestos.
Porque nuestros progenitores, los que han sido, los que han vivido
sobre la tierra, no solían hablar así.*

*Ellos nos dieron
Sus normas de vida,
Ellos tenían por verdaderos,
Daban culto,
Honraban a los dioses.
Ellos nos estuvieron enseñando
Todas sus formas de culto,
Todos sus modos de honrar (a los Dioses).
Así, ante ellos acercamos la tierra a la boca.
(Por ellos) nos sangramos,
Cumplimos las promesas,
Quemamos copal (incienso)
Y ofrecemos sacrificios.*

*Era doctrina de nuestros mayores
Que son los dioses por quien se vive
Ellos nos merecieron (con su sacrificio nos dieron vida).
¿En que forma, cuando, donde?
Cuando aun era de noche.*

*Era su doctrina
Que ellos nos dan nuestro sustento,
Todo cuanto se bebe y come,
Lo que conserva la vida, el maíz, el frijol,
Los bledos, la chía.*

Ellos son a quienes pedimos

*Agua, lluvia,
Por las que se producen las cosas buenas en la tierra.
Ellos mismos son ricos
Son felices
Poseen las cosas,
De manera que siempre y por siempre,
Las cosas están germinando y verdean en su casa...
Allá "donde de algún modo se existe", en le lugar de Tlacocan.
Nunca hay allí hambre,
No hay enfermedad,
Ellos dan a la gente
El valor y el mando...*

*Y ¿En que forma, cuando, donde, fueron los dioses invocados,
Fueron suplicados, fueron tenidos por tales,
Fueron reverenciados?*

*De esto hace ya muchísimo tiempo
Fue allá en Tula,
Fue allá en Huapalco,
Fue allá en Xuchatlapan,
Fue allá en Tomahuanchan,
Fue allá en Yohuallinchan,
Fue allá en Teotihuacán.
Ellos sobre todo el mundo
Habían fundado su dominio.
Ellos dieron el mando,
El poder, la gloria, la fama.*

*Y ahora nosotros
¿Destruiremos la antigua regla de vida?
¿La de los Chichimecas,
De los toltecas, de los acolhuas,
De los tecpanecas?,*

Nosotros sabemos

*A quien se debe la vida
A quien se debe el nacer,
A quien se debe el ser engendrado,
A quien se debe el crecer,
Como hay que invocar,
Como hay que rogar.*

*Oíd, señores nuestros,
No hagáis algo
A vuestro pueblo
Que le agarre la desgracia,
Que lo haga perecer...*

*Tranquila y amistosamente,
Considerad señores nuestros,
Lo que es necesario.
No podemos estar tranquilos,
Y ciertamente no creemos aun,
No lo tomamos por verdad,
(Aun cuando) los ofendamos.*

*Aquí están,
Los señores, los que gobiernan,
Los que llevan, tiene a su cargo
El mundo entero.
Es ya bastante que hayamos perdido,
Que se nos haya quitado,
Que nos haya impedido
Nuestro gobierno.*

*Si en el mismo lugar
Permaneceremos,
Solo seremos prisioneros.
Haced con nosotros
Lo que queráis.*

*Esto es todo lo que respondemos,
Lo que contestamos,
A vuestro aliento, a vuestras palabras,
¡Ho! Señores nuestros.¹⁴*

Véase las enseñanzas que podemos extraer de este coloquio. Es claro que el indígena sentía sobre sí la destrucción del mundo de sus valores, sus primitivos objetos y la relación con ellos; sentía despedazada así, su forma de vida e interacción. Se quedaba desolado y destruido, en una situación profundamente melancólica. Es más, en el mundo, los frailes pretendían que abdicaran de su antigua lealtad, a lo que replicaba:

*Y ahora nosotros
¿Destruiremos la antigua regla de vida?
¿La de los Chichimecas,
De los toltecas, de los acolhuas,
De los tecpanecas?*

Es decir, interrogaban con pánico y perplejo sin sus antiguas relaciones de objeto, la de sus padres, la de sus abuelos, la de su cultura tendrían que ser destruidas. Si fuese así, la vida carece de sentido y al carecer de él se implora la destrucción; por eso implora:

*Puesto que ya nuestros dioses han muerto,
Déjennos pues ya morir,
Déjennos ya perecer.*

Creo que pocos documentos existen similares al transcrito, donde con tanta veracidad se muestra la tragedia del encuentro, de

¹⁴ Miguel de León Portilla, *óp. cit.*

ese encuentro extraordinariamente sádico en donde una de las partes habría de renunciar a sus formas de vida.

En la misma línea de pensamiento está el *Manuscrito Anónimo de Tlatelolco*, conservado en la Biblioteca Nacional de París, en versión de Ángel Garibay:

*En los caminos yacen dardos rotos;
Los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas
Enrojecidos tiene sus muros.
Gusanos pululan por las calles y plazas,
Y están las paredes manchadas de sesos.
Rojas están las aguas cual si las hubieran teñido,
Y si las bebemos, eran aguas de salitre.
Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad
Y nos quedaba por herencia una red de agujeros.
En los escudos estuvo nuestro resguardo,
Pero los escudos no detienen la desolación,
Hemos masticado grama salitrosa,
Pedazos de adobe, lagartijas, ratones,
Y tierra hecha polvo y aun los gusanos.¹⁵*

Para el pensamiento religioso español en ningún momento cupo la posibilidad de una conciliación; por eso a su llegada barrió con todas las manifestaciones externas del anhelo y espíritu religioso indígena. Claro está que la supervivencia de la religión indígena en formas de culto cristiano sigue siendo un fenómeno presente hasta nuestros días. Séjourné ha descrito muchas de estas supervivencias mágicas.¹⁶ La edificación de la Iglesia cristiana, la ubicación de la ciudad, etcétera, fueron fenómenos de afirmación sádica mucho más que de juicio objetivo. Era necesario barrer con

el espíritu de la comunidad civil y religiosa del indígena, por eso Cuando se edifica el templo se le coloca sobre el antiguo teocali. Llamativo en extremo resulta este ejemplo en Mitla: allí todavía se encuentran grecas zapotecas en el exterior del templo cristiano, tal vez porque el simbolismo de la greca zapoteca no resultaba tan siniestro a los ojos de los conquistadores como la serpiente emplumada o Coatlicue. En otra serie de manifestaciones externas se observa claramente esta persistencia de las formas indígenas en el culto cristiano. En día de la Virgen de la Soledad, en Oaxaca, el pueblo después de tomar un buñuelo en un plato de barro, lo rompe solicitando al mismo tiempo en su mente un deseo; a nadie escapa la similitud existente entre la persistencia de esta costumbre y la ruptura de los objetos de barro durante la festividad del fuego nuevo. En la actual plaza de la Basílica de Guadalupe, llamada monumental, se han edificado dos basamentos de pirámide para que los danzantes bailen el 12 de diciembre, cuatro siglos después los representantes del nuevo culto se ven precisados a erigir lo que ha cuatro siglos destruyeron. Es indudable que el convento del siglo XVI y la actitud del indígena hacia él y sus religiosos fue la misma que con el calmecac, sus estudiantes y sacerdotes.

A este respecto nos dice Cardoza y Aragón...

El corte de la tizona española no nos ha separado del mundo antiguo, de la poesía primigenia y original, de nuestra carga explosiva y mágica. El mito se hito carne. Al partir la tizona la serpiente emplumada los trozos cobraron nueva y vieja existencia. Y se internaron en las selvas y se escondieron por todas partes. Hoy reptan y vuelan en palabras, sangres y sueños, tan vivos como en códices, leyendas, frescos y monolitos.¹⁷

¹⁵ Miguel de León Portilla, *el reverso de la conquista*, México, Mortiz, 1964.

¹⁶ Laurette Séjourné, *supervivencia de un mundo mágico*, México, FCE, 1953.

¹⁷ Luis Cardoza y Aragón, *las Líneas de su mano*, México, FCE, 1965.

El panorama histórico del mundo que se inicia lleva el signo del conflicto y de la tensión social. Un grupo pequeño y homogéneo en intereses e ideología va a dominar a vastos sectores sociales a los que no comprende y no toma en cuenta.

Dejando a un lado el gran número de castas que se constituyó a fines del siglo XVI y principios del XVII, podemos resumir en tres grandes grupos sociales el drama cultural. Por una parte el indígena que tuvo que renunciar total y cabalmente a sus antiguas formas de expresión, pero cuya homogeneidad cultural fue de tal naturaleza que constituyó y constituye un problema aparte al cual nos referiremos más adelante. Por otro lado el mestizo; el mestizaje en nuestro país siempre, salvo rarísimas excepciones, se encontró constituido por uniones de varones españoles con mujeres indígenas. La unión de estas mujeres con hombres españoles dio lugar a una transculturación hondamente dramática. La mujer se incorporaba brusca y violentamente a una cultura para la que no se encontraba formada; su unión la llevaba a cabo traicionando a su cultura original. Por tanto el nacimiento de su hijo era la expresión de su alejamiento de un mundo, pero no la puerta abierta a otro distinto.

El español dejaba tras de sí un mundo de objetos valorizados: su manera de vivir, sus costumbres, su lengua, su religión, sus mujeres, eran lo que para él constituía un valor; el mundo que descubría carecía de existencia en sí, únicamente era valuado en función de que podía hacer accesible todo aquello que en el pasado le había sido negado. Los valores que dejaba tras de sí se magnificaban en la distancia. Cualquiera de nosotros que ha estado lejos de sus primitivos objetos sabe cómo crecen y se adornan a la distancia. Imaginémonos por un momento, de acuerdo

a los medios de transporte, al riesgo de la aventura y a lo azaroso de la empresa, lo distante y magnificado de los antiguos valores españoles. Por eso el conquistador era capaz de cambiar toda una fortuna recién adquirida por un caballo o por algo que simbólicamente estuviera ligado a los valores que dejaba a sus espaldas.

La valoración que el español hizo de la mujer indígena fue negativa; él apreciaba sus protoimágenes en todos los órdenes, lo que había dejado al otro lado del Atlántico y no encontraba en la tierra de conquista; así, admiraba el olivo, las bestias de carga domesticadas, el caballo, la vid y todo aquello que significativa o simbólicamente representara su pasado. La mujer es devaluada en la medida en que paulatinamente se la identifica con lo indígena; el hombre es sobrevalorado en la medida en que se le identifica con el conquistador, lo dominante y prevalente.

Esta paridad masculino-femenino, activo-pasivo, conocida en otras culturas, toma en la nuestra aspectos sobresalientes y dramáticos. La mujer es objeto de conquista y posesión violentas y sádicas, su intimidad es profundamente violada y hendida. Uno de nuestros grandes poetas y ensayistas, Octavio Paz, ha captado agudamente este par antagónico condicionado por circunstancias históricas; por eso expresa:

Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su seno, en su "rajada", herida que jamás cicatriza... toda abertura de nuestro ser entraña una disminución de nuestra hombría.¹⁸

La reacción del padre español ante la mujer indígena fue la que el adolescente de nuestros días tiene enfrente de la sirvienta a

¹⁸ Octavio Paz, *Óp. cit.*

quien posee. Satisface sus necesidades sexuales, pero siempre en una condición desvalorizada. Existen testimonios de que el padre español pensó en el patrimonio de sus hijos, pero ello no es una contraprueba de lo que venimos diciendo. La mayor parte de los mestizos nacieron bajo el estigma del desamparo y del abandono paterno. En aquellos casos en los que existió preocupación por el hijo, la razón estuvo dada muy primordialmente por el sentimiento de culpa, al que no poca parte contribuyeron los religiosos y el cual hizo posible la supervivencia del mestizo. Este sentirse superior frente a las mujeres en plan de grandes señores, necesitados de obtener los servicios incondicionales de ellas, ha matizado muchos de los aspectos estructurales del matrimonio mexicano. Seguramente ya en la organización prehispánica existía una supremacía del varón en la organización familiar, pero esta supremacía no tenía la tonalidad de la nueva, más aún cuando se estableció el fenómeno de contraste entre los matrimonios mestizos y los criollos. Efectivamente, una vez hincados en la tierra, muchos de los españoles solicitaron la presencia de mujeres peninsulares, esperándolas con el mismo anhelo con el que buscaban el aceite de oliva o el vino peninsular; el trato que tenían con ellas y la actitud en sus relaciones interpersonales era bien distinto: se trataba de mujeres anheladas espiritualmente en las cuales se proyectaban todos los sentimientos tiernos e idealizados, presentes en el interior del conquistador. Independientemente de sus merecimientos objetivos, el español las revistió con todas aquellas características de los primeros objetos.

El mestizo va a equiparar paulatinamente una serie de categorías: fuerza, masculinidad, capacidad de conquista, predominio social y filiación ajena al suelo, van a cargarse con un fuerte signo masculino. Debilidad, femineidad, sometimiento, devaluación social y fuerte raíz telúrica, serán rasgos femeninos e indígenas.

Las mujeres “importadas” pronto se hicieron ayudar en el cuidado de sus hijos criollos por mujeres indígenas que hacían las veces de niñeras, la voz “nana” quiere decir madre en otomí. El niño criollo también se encontró en presencia de dos objetos infantiles: por una parte una mujer altamente valorizada pero distante, barrocammente refinada, ocupada en festividades religiosas y civiles; y por otra parte a la mujer indígena que le daba calor y que culturalmente era considerada como un objeto mercenario. Sin embargo, y a pesar del aspecto externo mercantil, las llamadas Marías de a peso, así con mayúscula, fueron la fuente de seguridad, calor y afecto del lujo criollo. He aquí una de las situaciones de contradicción del criollo mexicano, la mujer que aumentó la necesidad es devaluada por la cultura donde vive; por el contrario, la mujer fría y distante que nunca calmó el llanto, la que nunca fue regazo, ni calor, ni rebozo, es la apreciada y estimada por la cultura. Más adelante veremos, cuando hablemos del desdoblamiento del objeto del mexicano, en qué medida podemos utilizar estos datos para explicar la conducta sexual y sentimental del hombre en nuestra cultura. Sintetizando, nos encontramos en presencia de dos tipos de hombre: el criollo y el mestizo, hombres que se encuentran a horcajadas en el lomo de un conflicto; por motivos diversos, ambos se encuentran con que la mujer que les ha dado calor y afecto en la infancia es un ser devaluado.

Sin embargo, el destino de uno y otro será diverso. El padre criollo se enorgullece del hijo y trata de darle todo aquello de lo que careció: ropa, lujo y comodidades; son técnicas con las cuales repara su historia de frustraciones pasadas. El padre lucha para que los privilegios por él obtenidos pasen a sus descendientes y pugna contra los reyes ibéricos que quieren limitar la extensión de la encomienda. Pareciera como si toda la acumulación de peticiones y litigios tuviera como base el conflicto existente entre el punto de vista del conquistador y sus descendientes y el punto de vista de las

autoridades peninsulares. Los conquistadores expresarán: “dejen que reparemos en nuestros descendientes y en nuestras generaciones aquello de lo que carecimos”, y la respuesta española sería una sistemática negación a esta necesidad reparativa. Es decir, el padre español tuvo frente a su hijo criollo una actitud acogedora y cordial en la que prevalecía la autorización explícita de la identificación de la semejanza: “puedes y debes ser semejante a mí y a lo que yo he logrado”. El criollo siempre tuvo ante sus ojos a un padre fuerte que lo impulsaba a defender y a identificarse con los privilegios obtenidos; no solamente lo impulsaba a ser lo que él había sido sino lo que para el conquistador constituía el galardón de la hidalguía y del buen vivir. Otros autores se han ocupado de cómo esta necesidad de reparar llegó a tener manifestaciones tan exageradas que inclusive la hicieron jocosa. El hipertrofiado uso del Don, la fanfarronería, el barroquismo, el exhibicionismo de los bienes poseídos, eran características sobresalientes del hombre español del siglo XVI. Este hombre, el nuevo rico del XVI en buena parte fue el que dio el aspecto externo de gran ciudad al México de ese siglo. Las necesidades de magnificencia del segundón, crearon un estilo arquitectónico señorial y ostentoso; rápidamente la ciudad fue una expresión fenomenológica de las instancias psíquicas de la época orientadas en esta dirección. Las grandezas de la tierra, la excelencia de sus mercados, etc., son descritas por los cronistas, tanto porque externamente eran grandes, cuanto por la necesidad de afirmación de la nueva posesión y forma de vida. Siempre en las comparaciones tiene que surgir irremediamente la vieja España, tanto al referirse a las dimensiones de la plaza mayor, cuanto al expresar las características de un mercado. Conforme el Don nadie español adquiriría mayúsculas, el ninguno nativo se minimizaba.

También Octavio Paz, en forma magistral nos describe esta paridad:

..Don Nadie, padre español de Ninguno, posee don, vientre, honra, cuenta en el banco y habla con voz fuerte y segura. Don Nadie llena al inundo con su vacía y vocinglera presencia. Está en todas partes y en todos los sitios tiene amigos. Es banquero, embajador, hombre de empresa. Se pasea por todos los salones, lo condecoran en Jamaica, en Estocolmo y Londres. Don Nadie es funcionario o influyente, tiene una agresiva y engreída manera de no ser. Ninguno es silencioso y tímido, resignado. Es sensible e inteligente. Sonríe siempre. Espera siempre. Y cada vez que quiere hablar, tropieza con un muro de silencio; si saluda encuentra una espada glacial; si suplica, llora o grita, sus gestos y gritos se pierden en el vacío que Don Nadie crea con su vozarrón. Ninguno no se atreve a no ser: oscila, intenta una y otra vez ser Alguien. Al fin entre vanos gestos, se pierde en el limbo de donde surgió.¹⁹

Todo lo indígena, lo devaluado a los ojos del español, trató de ser borrado, los antiguos nombres fueron sustituidos, siempre haciéndolos anteceder por la partícula de la Nueva: Nueva Galicia, Nueva España, etcétera. Aquí la palabra renovar con su asociada reparar, cobran toda la fuerza de su filología. En las designaciones de pueblos pequeños, el nombre indígena no prevaleció sino como apellido materno: Santiago Tianguistengo, San Andrés Tetepilco; una vez más la filiación maternal de lo indígena es evidente.

En este marco, como es de esperarse, no cabe ninguno de los valores previos. No hay sitio ni para la arquitectura prehispánica, ni para las ideas cosmológicas y cosmográficas, ni para los estilos de vida previos. Si querían sobrevivir deberían esconderse, disfrazarse y adoptar nuevas formas.

No se piense que el conquistador deseoso de darle a la ciudad el aspecto que más tarde había de cantar Balbuena fue un fenómeno esporádico; día a día somos conquistados y cada uno de los conquistadores trata de magnificar la ciudad, así surgen las nuevas colonias ostentosas y suntuosas, donde el despliegue de

¹⁹ *Ibid.*

lujo es el resultado de la inseguridad básica y de la necesidad de demostrar ante los propios ojos la nueva grandeza. Así sucede cuando el nuevo conquistador, inmigrante de la Europa Oriental, pobre de solemnidad en su lugar de origen, adquiere esplendor y necesita afirmarlo con toda la incertidumbre del nuevo rico, todavía no totalmente convencido en el interior de su psiquismo de las nuevas condiciones. Así nace una arquitectura que podríamos calificar de “obesa”, siguiendo la línea de pensamiento que expresarnos al iniciar este ensayo. Si seguimos con las metáforas veremos que la estructura corporal del hijo del inmigrante, criollo muy frecuentemente, es “churriguera”. Veamos los jardines públicos donde prevalece la asistencia de inmigrantes; cada uno de ellos competirá con sus connacionales ostentadamente con ropa, automóviles e hijos. Siempre prevalece en ellos lo excesivo: exceso en juguetes, en grasa y en todas las formas de expresión. También vemos que en estos niños criollos, cuando la madre adquiere una jerarquía social y económica de importancia, la nana es inevitable: ella será la madre sustituta que calmará y satisfará las necesidades básicas, al lado de ella el niño se desarrolla y expresa; la otra, la valuada, vive compitiendo con las amistades en las formas más diversas de rivalidad social: juego de cartas, labores intelectuales, exhibiciones de modas y obras de beneficio social. Este criollo tendrá en su psiquismo todos los conflictos derivados de esta situación. Sus identificaciones primarias le llevarán a querer jugar, competir y participar con lo nativo, tanto en comida como en otras mil formas de convivencia social; por otra parte sus padres tratarán de sobrevalorar un pasado con el cual el pequeño criollo no tuvo contacto. Así se verá ante el conflicto de lealtades, típico del criollo: si se asimila de acuerdo a sus necesidades, encuentra el rechazo de los padres; si por el contrario, acata a los padres y se mantiene aislado de las nuevas formas de vida, encontrará la burla que el ambiente hace de él. Si lo tratamos de ejemplificar nos

encontramos con el pequeño que tiene que usar la ropa que la madre le impone en la escuela pública; si la usa sin rebelarse, encontrará el amor de los padres, pero la burla del ambiente; si se rebela contra los padres e impone la nueva modalidad será aceptado por el ambiente, pero la resultante es el desamor de sus progenitores. El mexicano, tanto criollo como mestizo, se encuentra ante un conflicto agudo de identificaciones múltiples y complejas, víctima de contradicciones de signo opuesto que necesariamente dejarán insatisfecha una forma de su personalidad.

Esa necesidad del inmigrante de reeditar las formas de expresión de la cultura de la cual procede, son las que han condicionado un mimetismo totalmente bizarro; el estilo francés, el californiano o cualquier otro no han sido manifestaciones de esta necesidad de reconstruir lo pretérito. En culturas típicamente criollas, como la argentina donde los valores telúricos propios son casi nulos, lo que decimos se ve con claridad meridiana. En la Argentina, país de tres millones de kilómetros cuadrados, la ciudad está edificada a las orillas del río. No es eso todo, ya que se podría objetar que como ciudad nació del mercado con Europa, en la actualidad a pesar de que hay muchos miles de kilómetros entre el mar de Solís y los Andes, las autoridades se preocupan en ganarle tierra al río mediante esfuerzos ímprobos. Es en realidad una necesidad del inmigrante que desea estar cerca de la lejana y admirada Europa. En Argentina todo aquello que lleva el sello emocional de la importación es lo que vale; tanto en música, como en pintura, como en estilo de vida, la necesidad de reeditar a Europa es notable. En ocasiones esta necesidad de repetir alcanza aspectos ridículos si no dramáticos. Hemos tenido oportunidad de convivir en la cultura criolla de la Argentina, hemos visto muy de cerca sus problemas emocionales y estructurales; autores interiorizados en el tema han descrito la gran frecuencia de la obesidad como mecanismo de expresión en el criollo argentino. Es,

pues, una cultura que sin lugar a dudas podemos calificar de “reparativa”. En forma sintética podemos decir que la característica fundamental de la cultura criolla es la necesidad de reparar; el mecanismo estructural básico bajo el cual nace el criollo es la reparación.

El problema se hace más complejo cuando nos damos cuenta que el ser criollo no es simplemente un problema “genético”. Efectivamente, cuando un mestizo se transcultura y adquiere formas de expresión diversas a las pautas de las cuales procede, podríamos decir que se acriolla, valga el término, adquiriendo los ideales y normas culturales de la clase a la que se incorporó. Sin embargo, su forma de ser con respecto al nivel de la clase y cultura de que procede es diferente, ya que la trata de ocultar y negar; todo aquello que le recuerda su punto de partida le resulta siniestro, a diferencia del verdadero criollo que exalta sus antiguas formas de vida, éste las trata de ocultar y negar; el pasado le avergüenza y en su necesidad compulsiva de refinarse y mostrarse distinto hay temor y ansiedad latentes de ser descubierto; tal vez por ello su aversión a todo lo pasado, por eso su hostilidad a sus antiguos compañeros de cultura, por eso su crueldad hacia todo lo que le hace verse proyectado y reflejado en ese pasado. Estamos en presencia de la crueldad del cacique transculturado. La inseguridad interna con respecto al bando al que recientemente se ha afiliado le hace ser servil y rastrero hacia la nueva clase. Todo lo que proceda de esta clase es valuado, todo lo que proceda de la antigua es ridiculizado y negado. La literatura mexicana se encuentra plena de estos personajes, en ocasiones pintorescos y risibles, pero las más de las veces trágicos. Este sujeto tiene necesidad de reparar por partida doble no solamente aquello de lo que careció, sino también la cultura de la cual procede. Por eso este “acriollado” resulta más ostentoso y compulsivo que el verdadero, desprecia la obra maestra de artesanía indígena para

admirar la manufactura en serie de la nueva clase social a la cual pertenece. Ya hemos aludido a suficientes características psicológicas en el criollo, pensamos que con ellas se le puede individualizar para comprender muchas de sus formas de ser, retomaremos el tema una vez que, caracterizado el mestizo, podamos establecer analogías y diferencias.

El mestizo, como dijimos al principio, nació como producto de una conjunción difícil. Su padre es un hombre fuerte, su cultura y forma de vida prevalecen, contempla a su hijo más como el producto de una necesidad sexual que como el anhelo de perpetuarse. La participación del padre en el hogar es limitada, se trata más bien de un ser ausente, que cuando eventualmente se presenta es para ser servido, admirado y considerado. Los contactos emocionales con la madre son mínimos, al igual que con el hijo; su presencia va acompañada, las más de las veces, de violencia en la forma o en el modo; se le ha de atender como a un señor, como a Don Nadie; se le deben toda clase de consideraciones sin que él tenga ninguna hacia el ambiente que le rodea; frecuentemente se embriaga y abandona el hogar sin tener en consideración a los hijos y a la madre: ésta acepta pasiva y abnegadamente la conducta del padre, considera que su sino es servirle y responder a sus necesidades, frecuentemente recae en ella el peso económico del hogar. Cuando eventualmente el padre se vincula con la esposa o con los hijos, más lo hace por culpa que por amor y la característica fundamental de este hogar es un padre ausente que aparece eventualmente con violencia y una madre abnegada y pasiva. La imagen que el niño mestizo se forma de la relación familiar es peculiar; por una parte el padre mantiene poco contacto con él, por la otra niega las identificaciones masculinas a las que el niño aspira; cuando el niño trata de manifestar hostilidad y deseos de identificación con el padre éste lo reprime con violencia y con un mágico y pretendido principio de autoridad. A la

mujer se le exige fidelidad, y abiertamente se acepta la infidelidad del esposo; éste frecuentemente tuvo dos casas, aquella en donde tenía a sus hijos criollos. donde había una madre valuada y unos hijos productos del amor y de la necesidad de perpetuarse, y ésta donde la mujer le ha calmado necesidades instintivas pero a la cual considera haberle hecho un favor al poseerla. Los hijos de este hogar, en el mejor de los casos, son contemplados con un sentimiento de culpa del cual trata de deshacerse con expresiones hostiles, El anhelo del niño mestizo por ser tan fuerte y grande como su padre corren paralelos con la hostilidad reprimida que le tiene. Al crecer este mestizo no encuentra acomodo; si por razones “genéticas” económicas continúa en su posición de mestizo, estará en un conflicto permanente; ya no pertenece a un mundo indígena en el cual, aunque sojuzgado, había seguridad posibilidad de obtener identificaciones primarias, tampoco se le da cabida en el mundo criollo hacia el cual aspira profundamente. En su interior se rebela contra su origen indio que le impide pertenecer al lugar y sitio de sus anhelos y está cargado de hostilidad manifiesta hacia el padre violento y extranjero. En esta situación psicológica pronta a estallar se desarrollan los primeros impulsos y emociones del niño mestizo. Cuando grande trata a lo esposa siguiendo la pauta creada por el padre; aun cuando su esposa sea tan mestiza como el, se habrá hecho a la idea de la superioridad del hombre sobre la mujer, lo indígena y lo femenino se han transformado en una ecuación inconsciente, Dado que las significaciones masculinas son sustancialmente pobres, hará alarde de ellas; alarde compulsivo que adquirirá las características del machismo El machismo del mexicano no es en el fondo sino la inseguridad de la propia masculinidad; el barroquismo de la virilidad. Como básicamente las identificaciones que prevalecen son las femeninas, por ser las más constantes permanentes, rehuirá todo aquello que pueda hacer alusión a la escasa paternidad introyectada.

Los grupos de amigos siempre serán masculinos, las aficiones y juegos serán de machos. En el mundo social y emocional se excluye a la mujer; la vida social es prevalentemente masculina los contactos con la mujer siempre estarán dirigidos a afirmar la superioridad del hombre; los sentimientos delicados son rehuidos como características de femineidad y amaneramiento. Así surge un tipo peculiar de caracterología que sigue hasta nuestros días que en gran proporción ha invadido ya no solamente al mestizo sino a todas las clases sociales. El hombre gasta sus ingresos o la mayor parte de ellos en destacar su posición masculina, es terriblemente aficionado a todas aquellas prendas de vestir simbólicas de lo masculino: el sombrero, ya sea el de charro o el borsalino; la pistola, el caballo o el automóvil serán su lujo y orgullo, se trata de manifestaciones externas a las que compulsivamente recurre para afirmar una fortaleza de la que interiormente carece. En su lenguaje recurrirá formas procaces considerándolas como “lenguaje de hombres, hará alarde de la sumisión que las mujeres tienen para con él; en su conversación y en sus expresiones actuará en forma muy similar a la del inseguro adolescente que fantasea con todo aquello que le produce ansiedad, sobre todo en materia sexual.

En el lenguaje de los niños que se acercan a la pubertad, el “vieja el último”, “dame a tu hermana”, “cuñado”, tienen connotación agresiva. Es necesario ocultar a toda costa los aspectos femeninos que el hombre lleva en su personalidad, con tanta mayor intensidad cuanto que no se encuentran neutralizados por las identificaciones masculinas que solamente el padre hubiera podido nutrir. Por eso el ser “rajado”, “chingado”, “cuñado”, etc., son connotaciones pasivas que significan identificarse con la mujer: ser abierto, objeto de posesión violenta, de agresión y derrota. Por el contrario, “rajar”, “chingar” y “raptar” es aludir la identificación temida y hacer alarde de masculinidad.

Sintetizando, la figura fuerte, idealizada, anhelada, no alcanzada y por lo mismo odiada, será la imagen del padre. Con compulsión aterrante se tratará en vano de buscar una identidad para la cual se carece del trasfondo básico que haría posible la identificación primitivamente negada.

La figura vehementemente anhelada siempre está pronta a ser víctima de la hostilidad, todo aquello que en una u otra forma represente la masculinidad ausente y fantaseadamente potente del padre será objeto de agresión. Se atacará lo gachupín o lo gringo, a la vez que se admirará y anhelará. Se burlará de ello y objeto de desprecio, pero interiormente se tratará de alcanzarlo. Cuando el mestizo domina y monta el caballo de los conquistadores se transforma en un magnífico jinete, y cuando usa su arma de fuego será experto en tiro. Con vehemencia se hace poseedor de aquello que era del conquistador para dominarlo y amaestrarlo. Las modas del conquistador serán sus modas, pero siempre mestizándolas y dándoles un sesgo nuevo y original derivado de su origen indígena y de su peculiar ambivalencia. Todo aquello que se ponga o se use lo mexicaniza, la comida adopta un gusto particular, la arquitectura y otros medios de expresión indican esta corriente de doble orientación: anhelo y hostilidad. El mestizo permanentemente reivindica con respecto a su origen; a diferencia del criollo que nace bajo el signo de la reparación, él viene a la vida con la reivindicación a cuestas. Reivindica de su pasado, de la injusticia de las cosas y de los hombres, de su destino, de sus autoridades, de su familia, etc., y en la reivindicación encuentra el motor de su conducta. Telúricamente se encuentra arraigado a la tierra, pero reivindica de ella ya en su interior, ya en su exterior. En parte de su persona se sabe indio y reniega de ello, reivindica contra lo indígena cuando insulta y dice: “indio cuatro orejas” o “indio desgraciado”. En otra parte de su persona se sabe español y también reivindica contra lo español expresando: “gachupín desgraciado” o “mueran los

gachupines”. En conflicto permanente con su historia, en angustia y tensión perennes, tendrá que producir obras maravillosas de arte, de dolor y de alegría; la angustia es uno de los grandes motores que mueven al ser humano y a la cultura, por eso será rico cuando se exprese, cuando llore, o cuando compulsivamente busque una alegría que desde siempre le fue negarla.

Esa actitud antiindígena del mexicano tiene algunos paralelos con la actitud antisemita. Ackerman ha observado que frecuentemente la actitud antisemita protege de depresiones severas; se ataca afuera para evitar atacarse adentro. Es más, pareciera como si rasgos de furibundo antisemitismo fueran defensas contra la depresión y al romperse estas las fuerzas destructivas se dirigiesen contra el yo, produciéndose el cuadro depresivo;²⁰ Nos importa esta interpretación en la psicología del mexicano. Efectivamente hemos observado que en pacientes con intensa actitud antimexicana el ataque de las estereotipadas cualidades negativas del mexicano: su desnutrición, su mugre, su miseria, su lentitud, su masoquismo, es una manera de librarse de la contemplación de iguales características presentes en el interior del que critica. Es decir, hablando en lenguaje psicoanalítico: se ataca un objeto externo, proyectado, para no atacar un objeto interno. El mexicano, dividido por dentro tiene que colocar sus objetos malos en el exterior para no sentirse destruido; a veces es antimexicano y a veces nacionalista; a través de ambas actitudes propositivamente se estructura.

Ackerman también señala que frecuentemente el antisemita identifica dentro de sí judaísmo, debilidad y femineidad; en las tres características equiparadas está criticando algo que ha colocado en el exterior y que en realidad lleva en sí mismo. Ya

²⁰ N. Ackerman, *psicología del antisemitismo*, Buenos Aires, Paidós.

hemos señalado cómo el mexicano equipara lo indígena con lo débil y lo pasivo; también aludimos a las razones históricas de tal actitud.

En esta constelación, mestizaje de madres indias y padres españoles, donde a ella le tocó la peor parte ya que tuvo que renunciar a sus formas y estilos de vida, el hijo va a ser el depositario del afecto materno. La mujer al no realizarse en su relación femenina con su compañero, es decir, al no poder lograrse como esposa, buscará sustituirlo con una maternidad cuantitativamente intensificada para repararse, a través de uno y otro hijo. Octavio Paz ya señalaba, al analizar literaria y poéticamente el insulto, que en México y solamente en México, la hendida, la ultrajada, la violentamente penetrada, la “chingada” es la madre; el agresor, el que hiende, el que abruptamente, sin recato, penetra en la intimidad, el que “chinga” es el padre.²¹ El niño se encuentra fuertemente vinculado con la madre en sus primeros meses, este vínculo es habitualmente negado, va que de afirmarse se pondría en duda la filiación masculina y la parte del hispanismo recién adquirida; una fuerte hostilidad hacia el padre en la que anhelosamente se colocan todas las pulsiones que pueden hacer posible la identificación con el agresor, motivan históricamente al mexicano. Sus intentos de machismo son otros tantos de lograr una identificación negada; caricaturescamente, como el niño que imita al papá, se transforma y adquiere las características de éste, se vuelve “Juan Charrasqueado”, “que Fue muy macho, parrandero y jugador”. En otro nivel, ante cualquier frustración retorna a su primitivo vínculo, el único del cual obtuvo seguridad y, alucinando el pecho perdido, el único regazo de calor, buscará un sustituto en el alcohol, “se mamara.

²¹ Octavio Paz, *Óp. Cit.*

El niño mestizo, “pelado”, cuando la terminología deriva de razones sociales y no genéticas, desarrolla mecanismos defensivos que lo preservan del dolor de su condición básica. “Antes la frontera económica y la de la sangre hallábase en igual sitio; eran las mismas. Con el tiempo, se ha separado y atenuado la de la sangre en la lucha de criollos, una especie de españoles de segunda, contra peninsulares, españoles privilegiados. Crece el mestizaje. La frontera que cuenta es la económica.”²² Una manera de defenderse del propio dolor y crítica de los demás es adelantándose y zahiriéndose de sí antes de ser atacado por el otro. Con este procedimiento se burla de sí mismo, aguza el ingenio y compulsivamente busca la defensa y la manera de injuriar al prójimo; ocasionalmente se aísla en el “importamadrismo”, porque el que las cosas le importen significaría dolor y llanto.

La proporción relativa de criollos y mestizos así como de indígenas, la podemos seguir en el cuadro elaborado por Aguirre Beltrán.²³

La contemplación del cuadro citado nos conduce, siguiendo a José Iturriaga, a las siguientes conclusiones:

Tomando como punto de comparación las dos fechas extremas consignadas en el cuadro precedente -1570 y 1810- el porcentaje de blancos, a pesar del aumento de la población a casi el doble, fue el mismo en 1570 y en 1810, esto es el 0.20%; en cambio, el porcentaje de indígenas se redujo en el periodo indicado del 98.7% al 60%; por lo que se refiere a los mestizos, euromestizos e indomestizos, el porcentaje creció del 0.37% a

²² Luis Cardoza y Aragón, *Óp. cit.*

²³ Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México. México, Fuente Cultural, 1940.*

29.40%; los africanos se redujeron del 0.6% al 0.1%; y por último los afro mestizos se multiplicaron del 0.07% al 10.1%.²⁴

Población racial de la Nueva España*

| Año | Total | Europeos | Africanos | Indígenas | Euromestizos | Afromestizos | Euromestizos |
|------|---------|----------|-----------|-----------|--------------|--------------|--------------|
| 1570 | 3380012 | 6644 | 20569 | 3366860 | 11067 | 2437 | 2435 |
| 1810 | 6112354 | 15000 | 10000 | 3376281 | 1092367 | 624461 | 704245 |

La designación de europeos se identifica con la de blancos: la de africanos con la de negros sin mezcla alguna de otra sangre, la de indígenas con la de habitantes autóctonos que no se habían mezclado aún, la de euromestizos se identifica con la de aquellos que tenían sangre europea e indígena pero en cuya fisonomía prevalecían más los rasgos del blanco que los del indígena; la de afromestizos incluye a todos los que tenían sangre negra, ya se hallase mezclada con blanco o con indígena o con cruce de estas dos; y los indomestizos son los que tenían sangre blanca e indígena con predominio de esta última.

Resulta claro y evidente que la fuerza política de la Colonia descansó básicamente y sustancialmente en la población blanca y europea, la cual en el curso de doscientos cuarenta años no incrementó su cifra porcentual relativa.

En igual número de años la importancia relativa de los grupos indígenas se fue reduciendo, en ocasiones por extinción y

²⁴ José Iturriaga, *Op. cit.*

en otras por fusión y creación del nuevo grupo mestizo. Este incremento paulatino y porcentual del mestizo va a colorear las reacciones emocionales del mundo mexicano.

Conforme los años de la Colonia pasaron, la presión que el mestizo ejerció en la fisonomía de la época fue cada vez más intensa. La lucha de independencia, excluyendo las circunstancias históricas que en un momento determinado la hicieron posible, es la necesidad de afirmación y rebeldía frente al padre. Justamente en ella, se erige como estandarte simbólico a una Virgen India: La Virgen de Guadalupe. Al grito de ¡Viva México!, el mestizo y el criollo tratan de apoderarse en forma desesperada de la paternidad, el poder y la masculinidad.

En aquel entonces, la imagen del hombre de Estados Unidos había empezado a cobrar significación, se trataba de un hermano mayor en condiciones de igualdad, se había rebelado contra la autoridad paterna representada por Europa. Las ideas de libertad, francesas y estadounidenses, fueron el ideario con el que se aplicaba, justificaba y ejemplificaba la lucha contra el padre.

Surgen los años de independencia y la figura de los Estados Unidos paulatinamente va mutando, de hermano mayor, predecesor en la gesta independiente, empieza a adquirir las características del padre posesivo; la mutilación geográfica del territorio mexicano se vive real y simbólicamente con una castración.

La pugna existente entre los nacientes imperios anglosajón y francés hizo que durante algún tiempo el lugar predominante, sustituto de la vieja España fuera ocupado por Francia. Las guerras de intervención, la fracasada intención europea de pretender formar un imperio en México hicieron nuevamente, que los

sentimientos de ambivalencia hacia el padre se canalizaran por ese camino. Surge el afrancesamiento de la sociedad mexicana se admira la literatura, la novela, la música y el gusto francés. Todos los valores telúricos son despreciados, una vez más se admira lo ajeno para ningunear lo propio. La enseñanza, la educación y la cultura se planean de acuerdo al esquema francés. Los partidos conservadores y las instituciones religiosas, siempre aliadas al punto de vista del conquistador y a la prevalencia de lo importado, son identificados en la mentalidad del mexicano.

Las Leyes de Reforma y la lucha contra el Imperio Francés hicieron necesario que Juárez buscara el apoyo de los Estados Unidos; en esos momentos el acento paterno recaía en los franceses.

El eterno patrón a que nos hemos referido, el de la suplantación de un padre cruel por otro de características similares hicieron que, sin una maduración psicológica adecuada y sin una planeación inteligente, surgiera una vez más la dictadura,

La gran hecatombe revolucionada es el resultado de la lucha contra la dictadura: padre ajeno y afrancesado, poderoso y arbitrario, distanciado del débil y del indígena. De la misma manera como en la gesta de independencia se utilizó un símbolo femenino para atacar al padre, en la Revolución la figura de la soldadera inmortalizada en canciones de la época fue el baluarte y el apoyo al hijo contra el padre.

Hasta ahora habíamos pensado en la Revolución Mexicana como el estallido brutal y eclosivo del mexicano frente al padre brutal, arbitrario y agresivo. A la mujer la habíamos considerado como el estandarte “madre” ya en la forma de imagen guadalupana o de soldadera, para atacar al padre, A partir de la lectura del libro

de Agustín Yáñez, *Al filo del agua*;²⁵ se nos hizo claro otro motor dinámico no considerado por nosotros, a saber:

La Revolución fue la única forma en que la mujer pudo hacer expresiva una sexualidad reprimida y soterrada; fue la única forma en que pudo paternizar la fuerza de un instinto tan larga y violentamente reprimido, todo lo masculino que había en ella, la llevó a impulsar al guerrillero, el cual era su masculino proyectado, contra todo lo que la sojuzgaba y ataba. A más de eso su femineidad, en la relación con su hombre, más que en la relación con su hijo se hizo patente y manifiesta, Fue un momento en la historia de México donde la mujer, tal vez como nunca hasta entonces ni después, pudo expresar su femineidad más como mujer que como “madre”.

Además de los distingos va señalados entre diferentes tipos de mexicanos: el mestizo y el criollo, cabría individualizar tanto al indígena como a algunas diferencias psicológicas derivadas de la ubicación geográfica.

La estructura familiar del indígena es bastante homogénea, las condiciones traumáticas derivadas de un ambiente hostil, en actuación permanente, han homogeneizado a la familia y la han unido hondamente como medio y técnica de defensa frente a las condiciones adversas.

El otomí, el chamula o cualquier otro grupo indígena vive en intensa unión dentro del seno de su familia, ya que el medio hostil lo impulsa a ello, las diferencias culturales entre los sexos cuentan poco; en todo caso en la distribución del trabajo y así, la mujer otomí será la encargada del acarreo del agua, en tanto que el hombre será quien corte los productos de los cuales, después del

²⁵ Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, México, Porrúa, 1955.

raspado, derivará el ixtle. El niño desde los primeros años de edad tendrá que vivir y ser como el adulto; su periodo de dependencia con respecto a las figuras significativas de su hogar será corto. Existe la posibilidad de satisfacer determinado número de necesidades básicas: unión sexual, independencia familiar, posibilidad procreativa. La unión de la familia derivada del impacto que un medio hostil establece permanentemente sobre su organización determina características propias. El padre no es una figura ausente, como lo hemos señalado en el caso del mestizo, la madre no es devaluada ya que al lado del padre comparte penurias y alegrías a la vez que es factor decisivo en el mantenimiento del hogar; el niño por su parte, desde temprana edad se ve impulsado, por razones económicas, a establecer identificaciones tempranas con su padre. Su masculinidad no es puesta en tela de juicio, el rechazo paterno no juega el papel dinámico señalado en el mestizo. Se trata pues de una familia que pasivamente ha aceptado el impacto del medio y que abnegadamente lucha dentro de ese limitado medio. El trauma que la Conquista le imprimió al indígena fue de tal magnitud que sus posibilidades de lucha en la nueva cultura se anularon; su mecanismo de defensa y su fuerza es aceptar lo que tiene, desconfiar de todo aquello que el español, el criollo o el mestizo ladino le pueden ofrecer. Al través de varios siglos de historia sabe que nada bueno le pueden dar, ya que si realmente fuera bueno los otros grupos culturales lo tomarían para sí. 'Vive adherido a los paupérrimos patrones culturales en los cuales ha encontrado un margen de seguridad interior, acepta al regatón porque ello le da la posibilidad de compartir la vida social de su grupo en el tianguis. No se rebela ante la pobreza porque gracias a ella ha podido conservar un cierto grado de independencia. En las contadas ocasiones en que la hija ha emigrado a la ciudad ocupándose como sirvienta, en un anhelo de transculturación, o bien ha sido víctima sexual u olvidándose de la

clase de la cual procede acepta una situación de sometimiento total que la aniquila a pesar de que su nivel de vida aumenta en lo formal. El indígena elude el conflicto con los elementos culturales que se encuentran por encima de él, llámense benefactores o agresores; en síntesis, en su aislamiento se encuentra la defensa sustancial de su manera de ser. "El indígena ha cerrado su pasado y no ha abierto su presente, y menos aún su porvenir. El pasado no ha de volver, mas sube por las raíces para colorear el grano de las espigas y la intimidad psicológica."²⁶

De él se puede decir en forma magistralmente poética y plena de significado psicológico, lo que Luis Cernuda ha expresado:

Con sus hijos a veces, otras solo; vendiendo algo que parece no importarle, o sin pretexto para su presencia inmóvil; descalzo y en cuclillas sobre el polvo, el sombrero de paja escondiendo los ojos, donde acaso pudiera adivinarse lo que siente y lo que piensa, mírale.

Cayeron los amos antiguos. Vencidos a su vez fueron los conquistadores. Se abatieron y se olvidaron las revoluciones. El sigue siendo el que era; idéntico a sí mismo, deja cerrarse, sobre la agitación superficial del mundo, la haz igual del tiempo.

Es el hombre al que los otros pueblos llaman no civilizado. Cuánto pueden aprender de él. Ahí está. Es más que un hombre: es una decisión frente al mundo. ¿Mejor? ¿Peor? Quién sabe. Tú, al menos, confiesas no saberlo. Pero allá en tus entrañas le comprendes.

Mírale, tú que te creíste poeta, y tocas ahora en lo que paran tareas, ambiciones y creencias. A él, que nada posee, nada desea, algo más hondo le sostiene; algo que hace siglos postula tácitamente. Lástima que el azar no te hiciera nacer uno entre los suyos.

²⁶ Luis Cardoza y Aragón, *Óp. cit.*

*Demasiado sería pedir su descuido ante la pobreza, su indiferencia ante la desdicha, su asentimiento ante la muerte. Pero gracias, Señor, por haberlo creado y salvarlo; gracias por dejarnos ver todavía alguien para quien Tu mundo no es una feria demente ni un carnaval estúpido.*²⁷

En múltiples ocasiones hemos tratado de comparar la actitud del indígena con la del mestizo en el siguiente ejemplo: cargando en su espalda el producto de su trabajo de varios meses, un indígena alfarero camina por la carretera; un vehículo, quizá de último modelo lo atropella o rompiendo su trabajo, única forma de alimentarse en toda la estación. El transculturado mestizo nuevo conquistador en ruta de asfalto, le increpa diciéndole: “indio imbécil”; el indígena agobiado por la injusticia, trata de limpiar el raspado del vehículo y exclama: “dispense, patroncito”. Cuando el sumiso chamula o un otomí se quiso transculturar ante la cerrazón y agobio de su mundo, se encontró con la tienda de raya, con el patrón inicuo Y lo único que aún le quedaba, su libertad, la vio perdida, El mestizo recibió a lo largo de los siglos un impacto, ante el cual quedó sensibilizado a diferencia del indígena. Si su reacción fue diferente a la del indígena, es porque la fuerza del impacto fue menor. En una actitud recelosa nuestro mestizo camina por la carretera y a cada momento voltea la cabeza ante un imaginario coche que aún no pasa y ante el cual lanza sus denuestos porque piensa que lo quieren atropellar. Reivindica desconfiado y paranoide contra cualquier amenaza del destino y, es más, las posibles afrentas imaginarias las convierte en reales y actúa de acuerdo a esa vigencia.

Ocasionalmente, tanto el mestizo como el criollo se transculturaron y en su posición recién adquirida actúan de acuerdo a

²⁷ Luis Cernuda, *variaciones sobre tema mexicano, México, Porrúa y Obregón, 1952.*

las imágenes internas. Ven en el sometido toda la agresión que ellos mismos tuvieron cuando eran sometidos; saben captar todo el dolor y la rabia del humillado, percibiéndolos aun antes de que se expresen; en estas circunstancias atacan y son violentos; cuando caciques, su crueldad es mayor que la del que siempre lo fue, justamente porque atacan en el siervo, al humillado que hay dentro de ellos mismos y que ahora tratan de reprimir proyectándolo en el “otro”.

Decíamos en el curso de estas reflexiones que no solamente existen diferencias de tipo cultural sino también geográfico, en cuanto a lo mexicano se refiere. Efectivamente, a ninguno le pasa inadvertida la diferencia existente entre el hombre del altiplano, la costa y el norte. Quizá donde más agudamente se observan los rasgos de la cultura mexicana es en el altiplano ya que allí el choque y el encuentro fueron más violentos. Además, la aridez, la erosión la dificultad de vida y otras condiciones hacen que las pautas a las cuales aludimos sean más intensas. El hombre del norte, aunque mexicano, es un inmigrante en su propia patria, mexicano que ha podido reparar aquello que el pasado le negó.

Las poblaciones del norte han crecido por corrientes migratorias del centro, y allí estos mexicanos desterrados por el dolor del altiplano han podido darles a sus hijos nuevos cauces y derroteros. Les llamamos progresistas porque el mexicano es capaz de reparar, como cualquier otro hombre, en cuanto encuentra condiciones propicias para hacerlo. El hombre del norte hace civilización más que cultura dado que la vida le permite expresarse sin dolor, por eso allí no encontramos las elaboradas formas de artesanía con las cuales se expresa el hombre del altiplano. En el altiplano, el hombre mestizo o indígena, tiene que derivar su tensión, angustia y hostilidad en forma de artesanía a veces maravillosas, a veces risibles. Risibles, cuando la agresión se

desvirtúa y transforma para mutarse en miniaturista, en detallista; tal es el caso de las pulgas vestidas o de 105 changuitos labrados en cáscara de nuez. El hombre de la costa ha encontrado dos circunstancias: por una parte un ámbito menos difícil dentro de la exuberancia tropical y, por la otra, medios de desbordarse en un paisaje que facilita la proyección y extroversión.

3

Hagamos una breve excursión a través de las formas de vida del mexicano actual. Las clases que van de lo popular a lo medio alto nos serán de gran utilidad para poder abordar el problema. Desde su infancia el mexicano tiene que enfrentarse con una vida bien característica; muy cercano a su madre en los primeros años de su vida, cercanía tierna y cálida que hace que el niño la acompañe en todas sus labores, ya que ella no puede excluirse de ninguna a pesar de su maternidad; es su carga habitual ya en la espalda o el regazo, en el mercado y la faena doméstica; la alimentación del niño carece de horario, vive en un mundo en el cual sus demandas se satisfacen plenamente en el momento mismo en que lo solicita. Junto a él está un pecho pronto a calmarlo a pesar de cualquier consideración de orden social o moral. La leche blanca del cálido seno moreno le calma por igual en la casa que en el mercado, en la feria o en la iglesia. Cuando sus movimientos se hacen más amplios pasa del rebozo de la madre a la improvisada cuna elaborada con una caja de jabón. Su cercanía con la madre, relación única en la historia del mexicano, se ve interrumpida cuando su hogar se ve ocupado por el hermano que ha de suplantarle en el pecho, en el rebozo y en el cajón; más adelante veremos que esta pauta de sustitución traumática, trágica, tendrá repercusiones de importancia en la vida del mexicano.

Pasa del mundo cálido del regazo al externo, a un ambiente hostil donde es preciso luchar duramente para subsistir. El dramatismo de esta situación puede ser valorizado en la circunstancia médica de que frecuentemente el pediatra se ve forzado a mantener y prolongar la lactancia al seno materno, porque ella constituye la única fuente de proteína con la que cuenta el niño. Basta que contemplemos una calle de barriada para darnos cuenta de que el niño mexicano tiene que enfrentarse muy precozmente a todos los riesgos del mundo que le rodea. Una vez perdida la protección que la madre le daba, se encuentra totalmente desolado y a campo abierto contra todas las inclemencias del exterior; su escuela es la calle; la figura del padre brilla por su ausencia y es eventual y transitoria. Aparece en el hogar para ser obedecido o cuando la penuria de una borrachera le hace anclar en las puertas de la casa. En el mundo en que vivimos, la Figura del padre, primitivamente exterior se va internalizando paulatinamente para ulteriormente cobrar realidad en la de la autoridad, las instituciones sociales, etcétera. El niño mexicano desde muy temprano aprende las técnicas que le pueden ser útiles para burlar a ese padre violento, agresivo, esporádico y arbitrario. Rápidamente se organizará en precoces pandillas en las que el muchacho, en compañía de amigos de su edad, se dedica a hostilizar y zaherir a las figuras paternas de su ambiente. Es así como se inicia y toma principio la psicopatía del mexicano. Privado de las identificaciones masculinas fuertes, constantes y seguras que todo niño de su edad debería tener, se ve precisado a hacer alarde de ellas; surge así el grito de masculinidad: machismo que matizará todo el curso ulterior de su vida. Cualquier duda acerca de la hombría, acerca de la calidad masculina, será una afrenta terrible y honda. El mexicano surge a la vida con la necesidad de expresar que él es muy hombre.

La imagen de la madre es visualizada ambivalentemente; por un lado se le adora tanto en lo particular, como en las formas de lenguaje y religiosidad; por otro, se le hostiliza y odia, en virtud de un doble tipo de hechos. Se la acusa por no haber dado un padre fuerte y por haber colocado al hijo ante la terrible situación de pasar del paraíso del afecto al infierno del abandono. La situación básica es el terrible anhelo de madre, que hace emergencia al través de la conducta cotidiana y religiosa del mexicano.

Alcoholismo y guadalupanismo son dos formas de expresión, la una psicopática y la otra sublimada, que acercan al mexicano a su madre. Ya hemos señalado con anterioridad que uno de los mecanismos de defensa del mexicano es la negación: niega todo aquello que verdaderamente le importa transformando el signo del sí importa en un “no me importa”. El “importamadrismo” del mexicano es una mentira con la cual tapa a los ojos de su conciencia el dolor del abandono, la angustia o la depresión. Una de las cosas que más importan en la vida del mexicano es su relación con la madre; usándola como estandarte y símbolo se rebelará contra el padre y obtendrá su afirmación en la gesta de independencia; usándola como símbolo fiel que le acompaña siempre, la soldadera gestará la revolución contra la arbitrariedad del padre cruel y distante: la dictadura. Cuando el mexicano dice: “me importa madre”, está negando su realidad profunda, ésa que sí se expresa cuando afirma: “me dieron en toda la madre”.

Estas contradicciones aparentes que van desde el “pura madre” hasta el “a toda madre”, siempre se encuentran presentes en el inconsciente, pero en el mexicano afloran al lenguaje y a la conducta en función de la fuerza dramática que las hizo nacer.

Por otro lado, la mujer se siente poseedora del niño, siendo el niño lo único que la compensa de la ausencia de esposo.

En nuestra cultura, a diferencia de lo que acontece de la cultura anglosajona, la abuela es una institución. Ante la depresión que toda mujer experimenta en la involución, la mexicana se apropia del nieto para elaborar la melancolía de la edad avanzada. La abuela o suegra tratan de devaluar la condición de mujer de la hija o nuera, interponiéndose entre ésta y el marido, apropiándose, a través de su hija, de los nietos.

Tan es así, que como lo señala Elvira Bermúdez,²⁸ la ruptura y el encono del rapto no cesan sino hasta que nace el hijo. Al nacer éste, los abuelos maternos se transforman en los padrinos del nieto. Es decir, que la cultura fomenta y acepta la expresión maternal de la femineidad y vive con rencor y hostilidad sus expresiones de signo genital.

En trabajos anteriores Ramón Parres y el autor han revisado las pautas dinámicas en la organización de la familia mexicana. El material para ese estudio, se obtuvo de la investigación de quinientas familias elegidas al azar de diez mil historias del hospital Infantil en la ciudad de México, así como del estudio de 135 familias elegidas al azar de un grupo de dos mil pertenecientes a áreas proletarias urbanas.²⁹

En el 65% de los casos la familia está formada por una unidad biosocial: el padre, la madre y los hijos. En el 35% de los casos la familia está integrada por esta unidad biosocial y otros parientes, que mencionados en orden de importancia: parientes de la madre (la abuela) en el 65% de los casos: parientes del padre en el 12%. y en el 22% restante se encuentran muchas otras personas que no son parientes de ninguno de los dos padres. Este último

²⁸ Elvira Bermúdez, *la vida familiar del mexicano*, Antigua librería de Robledo, 1955.

²⁹ Santiago Ramírez y Ramón Parres, “Some Dynamic Patterns in the Organization of the Mexican Family”, en *The International Journal of Social Psychiatry*, vol. III, num. 1, 1957.

porcentaje constituye otra de las instituciones típicas mexicanas: “el arrimado. En esta organización familiar la abuela compite con su hija y se apropia de su maternidad. La competencia nunca se efectúa sobre valores femeninos relacionados con el hombre.

En el 32% de los casos el padre está ausente físicamente y la mujer carece de esposo. El dato estadístico es solamente un bosquejo de lo que realmente pasa, ya que aunque el padre pueda estar físicamente presente desde el punto de vista psicológico virtualmente es una figura ausente.

Estudiando el momento del abandono del padre hemos encontrado que en el 70% de los casos el abandono coincide con la preñez de la esposa. La esposa es vivida como una madre en la relación marital y la preñez visualizada como el nacimiento del hermano menor. Es decir, como tendremos oportunidad de verlo más adelante, el hombre mexicano actúa activamente en la edad adulta lo que sufrió pasivamente en la edad infantil, abandona de adulto, reivindicando en su conducta el haber sido abandonado cuando niño. En las familias estudiadas el número de embarazos era de 5.8 por madre siendo de 0.98 el número de abortos. El porcentaje de niños vivos es casi de cinco por familia. Es frecuente que estos niños sean de diferentes padres tanto más, cuanto más bajo sea el nivel social (más adelante nos referiremos a este problema).

El cuidado y el contacto que la madre da al niño es particularmente intenso y cercano. Estadísticamente hemos encontrado en nuestro material que el 94% de las madres alimentan al niño al pecho. La alimentación se efectúa sin horario y es regulada por las exigencias del niño. La duración de la lactancia al seno de acuerdo con nuestros datos es de 11.8 meses; la razón fundamental para el destete es la nueva preñez de la madre en el

70% de los casos. En ese trabajo mencionamos tres tendencias dinámicas básicas en la familia mexicana:

1. Intensa relación madre-hijo durante el primer año de vida; básica, integrativa, sustancial y probablemente explicativa de la mayor parte de los valores positivos en la cultura.
2. Escasa relación padre-hijo.
3. Ruptura traumática de la relación madre-hijo ante el nacimiento del hermano menor.

Algunos de estos niños, abandonados y pobres de solemnidad, han sido seguidos por nosotros en el curso de nuestra investigación dinámica. Tuvimos oportunidad de conocer hace algunos años a toda una pandilla de pequeños que, abandonados, habían formado un pequeño grupo; este grupo permanentemente perseguido por las autoridades y por las instituciones de beneficio social fue objeto de nuestra atención porque uno de sus miembros apodado “el Huesitos”, en forma sistemática, cuando el mundo se le cerraba, se acercaba al Hospital Infantil. En ocasiones la cerrazón era el resultado del hambre, pero en otras de la persecución policiaca. Cuando seguimos su pista descubrimos que en una vieja calle de México, en una casa ya no habitable por la inseguridad que representaba y no pudiéndose demoler por ser monumento nacional, vivía un grupo de niños cuyas edades oscilaban de los seis a los doce años. Vivían en una de las vecindades deshabitadas de la casa aludida; en el cuarto donde dormían había papeles que les hacían menos duro el suelo, las paredes totalmente ocupadas por versos y procacidades que los mismos chicos inventaban en los cuales se burlaban de su situación y del mundo circundante. En un rincón de la pieza, sostenida en culto permanente con el exiguo

dinero con que los chicos contaban, había una imagen de la Virgen de Guadalupe ante la cual nunca faltaba la veladora.

Estos chicos se dedicaban en la noche a asaltar a los transeúntes alcohólicos que eventualmente encontraban. Alcohólico réplica del padre que les había abandonado de la misma manera que el culto permanente a la imagen que desde el rincón de su miseria les acompañaba, era una réplica maternal.

Hemos aludido al mecanismo de defensa de negación y al de burla acerca de la propia situación, mediante la cual un sujeto se adelanta al ataque y a la burla de su agresor. Estos chicos se burlaban de su miseria y de su condición, negándola en versos plenos de ingenio. A la entrada de lo que podíamos llamar su casa, decía:

“Rogelio es doctor y llega a las quince”. En esta frase se dramatiza el no ser de Rogelio y la burla del propio Rogelio hacia sí mismo; además se elige la figura socialmente valorizada del médico, padre para el inconsciente que es justamente la imagen de la que se carece internamente. Estos chicos, como decíamos, tienen hacia toda imagen simbólica de la paternidad una actitud hostil. Todos sus ingresos provenían de alcohólicos a los que desvalijaban en las calles en el curso de la madrugada; en el fondo estaban desvalijando al padre alcohólico que los había dañado y maltratado en el hogar.

Cuando entraban al Tribunal para Menores, repetían en su relación con las autoridades del Tribunal, la misma dinámica de hostilidad; dinámica que además, se veía justificada por la actitud real de las personas que entraban en contacto con ellos. Existe un corrido, forma festiva de cantar la tragedia en el mexicano, de estos chicos abandonados, que por su interés psicológico transcribiré:

*Estos eran tres muchachos
Que venían de trabajar,
Como no tenían dinero
Se tiraron a tomar.*

*Cargaban su dinamita
Y su buena batería,
Para volarse los cambios
Y las vías del tranvía.*

*Un 16 de septiembre
No me quisiera acordar,
Me correteó la patrulla,
La policía judicial.*

*Tan, tan, tocan la puerta
Mi jefe ya sé quien son,
Son uno, dos, tres muchachos,
Que viene a declarar.*

*-Muchachos ¿porque vinieron?
-Mi jefe, no sé porque
Por unos dos tres pesitos,
Que me querían nahuialar.*

*Pasaron los ocho días
Me mandaron a la correccional,
Donde trabajan los hombres
Por un pedazo de pan.*

*Pasaron los ocho meses
Me mandaron llamar,
Pasamos a las oficinas
Toditos a declara.*

Pasaron los ocho años

*Me dieron mi libertad,
Adiós Tlalpan, Escuela correccional,
Aquí se acaban cantando,
Los versos de la correccional.*

Sigamos estos versos en todo su dramatismo, cuyo tono festivo es incapaz de encubrir; en ellos se expresa que a pesar de los esfuerzos que se realizan, el mundo es injusto siendo preciso robar. Básicamente estos chicos están aludiendo a la inutilidad de cualquier actividad socialmente aceptada, a la ineficacia de los medios lícitos; por eso a pesar de trabajar, es preciso robar. Roban mediante ingenio y engaño tanto los cambios como los tornillos o focos de un tranvía. La Compañía de Tranvías no hace aún muchos años hacia poner este sello en los focos de sus carros: Robado a la Compañía de Tranvías”, con este procedimiento se pretendía evitar el robo, ya que el sello estigmatizaba a toda persona que pudiera hacer uso de él. Son estos chicos los que se suben de mosca en los vehículos y que se solazan en burlarse del policía que no puede aprehenderlos o del motorista a quien hacen desesperar. Finalmente caen víctimas de la patrulla, de la policía judicial y expresan en sus versos que en realidad no quisieran acordarse de ello; después viene la historia jurídica de los niños que tienen que pagar con ocho años de internado, previa espera de ocho meses de declaración por dos o tres pesos que se querían “nahuialar”.

Siguiendo el tema de la ausencia del padre citaremos el resultado de una investigación realizada por Rincón y el autor hace varios años. Se investigaron las familias de las soldaderas del Cuartel de la Soledad con el propósito de analizar la naturaleza de la organización familiar existente en los cuarteles y alrededores. Encontramos, claro está, que la organización familiar, económicamente miserable, giraba alrededor de la madre; ella mediante trabajos extenuantes podía sostener y llevar a cuestras el hogar. Habitualmente lavaba ropa ajena o planchaba y mediante

estos ingresos sostenía a sus hijos. Cada uno de estos niños rápidamente tenía que desenvolverse porque la economía familiar no les permitía un largo periodo de dependencia. Para cada hogar constituido por una madre y un número x de hijos había un promedio de 2.3 padres, es decir que con gran frecuencia el padre se había conformado con gestar al hijo y vivir un corto tiempo con la mujer para después abandonarla; más tarde surgía otro padre, responsable del nacimiento del siguiente hijo, ulteriormente seguía la misma línea de conducta que el anterior; es decir, que estos niños tras de haber carecido de un padre presente, constante y protector tenían que cargar con un eventual padrastro que no venía sino a ratificar las características negativas del padre verdadero.³⁰

Piénsese en el drama de este niño que en diferentes proporciones cuantitativas se da en diversas clases sociales: una madre que carga una fecundidad exuberante y unos hijos que no tuvieron más protección real que la esporádica y duradera en tanto fueron lactantes. Estos niños reivindicarán contra todo aquello que simbolice al padre; estos pelados robarán la llave del agua de la casa del “decente” o rayarán el automóvil del “roto” o romperán los vidrios en el barrio fino. Mucho se ha hablado acerca del origen económico de estas raterías; pensamos que más que razones económicas derivadas de los pocos centavos que se obtienen en el acto delictuoso, la motivación es fundamentalmente psicológica; son actos psicopatológicos presentes en la vida cotidiana del mexicano a través de los cuales se desquita contra el padre cruel e inhumano que le tocó padecer.

³⁰ Santiago Ramírez y María Elena Rincón, *Investigación confidencial acerca de las condiciones sociales de las familias de soldados del 24º Batallón de infantería, México.*

Si seguimos la temática de las películas de Cantinflas, encontramos que en forma sistemática la dinámica de ellas sigue la línea descrita. En ocasiones tiene que enfrentarse a un juez, en otras a una banda de poderosos bandidos, en otras al gringo, al que le da grasa; en otra más tiene que ser torero. En su caracterología, Cantinflas dignifica al hijo, al pobre, al ignorante frente a la arbitrariedad del padre, del rico y del culto. Con su ingenio y lenguaje elusivo, se evade una y otra vez del contacto difícil con la autoridad; su forma de hablar es un no dejarse aprehender, ya que desconfiado y temeroso elude el contacto.

Una buena ejemplificación de esta forma de diálogo la presenta el escritor Carlos Fuentes; oigámosla:³¹

¡Ay ay ay ay! Las olas de la laguna.

—*Qué hay, Beto?*

—*Pos ahí...*

—*¿El negocio?*

—*Ahí nomás...*

—*¿Y tu amigo?*

—*Es Gabriel.*

—*¿El que se fue de bracero?*

—*¿Cómo?*

—*Teódula me lo contó.*

—*Pos a poco.*

¡Ay ay ay ay ay! Unas vienen y otras van.

—*Oyes, que el señor aquí es amigo de la viuda Teódula, Gabriel.*

—*Pos sí.*

—*¿Qué tal te fue por allá?*

—*Pos ahí, cómo le diré...*

—*¿ se toman algo?*

—*Pa'luego...*³²

³¹ Carlos Fuentes, *La región más transparente, México, FCE, 1958.*

Cuando el niño mexicano se hace hombre, tan sólo encuentra seguridad repitiendo la conducta de su padre en la relación con su esposa e hijos y agrediendo contra todo aquello que simbolice su interacción primitiva en relación con su progenitor. Como dijimos, en todo momento afirmará sus identificaciones masculinas; hará alarde de ellas y ante cualquier duda, surgirá la agresión y el delito. En sus relaciones con los demás elude a la mujer, los actos que las simbolizan y los sentimientos que las representan; cuando nos acercamos a un centro nocturno del bajo mundo encontramos para nuestra sorpresa la escasa relación existente entre el hombre y la mujer: el acercamiento tan sólo es físico en el momento del baile; tan pronto termina, las parejas se separan para de nuevo ocupar su sitio en el bando respectivo. El intercambio de ideas, de sentimientos y de pareceres es nulo. Actúa el mexicano en este orden de ideas como el niño de diez o doce años que únicamente se organiza en grupos de hombres. Ser vieja es un vejamen. Octavio Paz alude lo anterior así:

El mexicano puede doblarse, humillarse, “agacharse”, pero no “rajarse”, esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El “rajado” es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su “rajada”, herida que jamás cicatriza...³³

A este mexicano se le puede llevar a cualquier sitio con tal de “ser muy macho”; profundamente agresivo en sus relaciones con los demás hombres, es manifiestamente educado y suave,

³² Silvio Zavala, *Aproximaciones a la historia de México, México, Porrúa y Obregón, 1953.*

³³ Octavio Paz, *óp. cit.*

busca como formación reactiva el medio tono al que aluden los autores al referirse a la poesía de López Velarde; en su hostilidad no existe alarde a menos que se encuentre borracho; fuera de esta circunstancia es atento y delicado: “usted dispense”, “usted perdone”, hará uso excesivo del diminutivo inclusive en sus más apasionados ratos de hostilidad; matará en medio tono y con suavidad; cuando entierra un cuchillo en el vientre de su adversario, expresa dulcemente: “guárdame este fierrito”. La medida de la hostilidad implícita en la relación padre-hijo queda plenamente expresada en el insulto de “yo soy tu padre”. Ser amigo, hermano o tener cualquier otro tipo de vínculo no es insultante, pero ser padre de alguien es motor de riña y discordia y en ocasiones de muerte.

Al identificarse el mexicano con su país, establecerá relaciones con sus vecinos matizadas por la pauta dinámica señalada. Como expresa Zavala:

Entre los Estados Unidos y México media un recuerdo histórico de conflicto territorial que ha pasado a los manuales escolares y que afecta el corazón de la nacionalidad... La desigualdad en la riqueza y en el desenvolvimiento técnico produce reacciones de molestia ante el vecino omnipotente, con capacidades para la civilización progresista moderna, que unas veces es admirado y otras visto como un peligro creciente... La imagen que puede acercarse más a esta situación (la relación entre Estados Unidos y México) es la de un rascacielos que se yergue junto a la casa menor vecina, que la resquebraja y amenaza, convierte la vecindad en una constante tarea histórica, en un apuñalamiento penoso del propietario pequeño que no quiere renunciar a su predio, y que aparece siempre en el momento de las reclamaciones como deudor y no como acreedor del vecino poderoso.³⁴

³⁴ Silvio Zavala, *óp. cit.*

La tensión social que existe entre el mexicano y el norteamericano es pantalla de la primitiva relación ya descrita del padre con el hijo. Vamos a tratar de resumir las expresiones concretas que en la actualidad tiene el mexicano hacia el estadounidense.

Conforme las clases sociales se encuentran en estratos más elevados, y, por lo tanto, más integradas desde el punto de vista de la unidad familiar y de la presencia del padre, la actitud hacia el norteamericano se matiza por sentimientos de naturaleza admirativa. Efectivamente, esta admiración se traduce en la necesidad que tienen las clases sociales altas: de adquisición del idioma extranjero para sus hijos, de la necesidad de usar productos norteamericanos despreciando los nacionales, de la aceptación y sumisión total en cuanto a gustos e intereses al cine norteamericano con total rechazo para las manifestaciones nativas de igual índole. Las agencias de turismo, los hoteles y los bares están prontos a dar información y atención a aquel que use el idioma inglés; el propio mexicano rechaza al mexicano cuando no usa corbata en tanto que se acepta al norteamericano, vestido en slaks en un bar de categoría. En los ambientes intelectuales se desprecian los valores nacionales, se les “ningunea”, en tanto no han recibido el padrino estadounidense. En esta línea de pensamiento es en la que Rodolfo Usigli desarrolla el tema del bracerismo intelectual.

Muy frecuentemente esta actitud de admiración lleva al uso de formas y estilos de vida totalmente desvinculados del propio país. El niño indígena se ve forzado a vender los productos de su huerto usando el idioma sajón que apenas conoce. Ya Rodolfo Usigli, en comunicación personal, nos explicaba que de la misma manera que el indígena del siglo XVI tuvo que aprender el español,

el mestizo del XX tiene que aprender el inglés para vender sus productos.

A medida que las clases sociales descienden, es decir, cuando se hace más difícil la identificación con el estilo y modos de vida del vecino poderoso, las actitudes se matizan de sentimientos de hostilidad; éstos toman diferentes formas de expresión, a veces la agresión es manifiesta; otras, la burla se basa en la exageración de las características que el pueblo le atribuye al norteamericano, en particular la ingenuidad. Son frecuentes los chistes en donde un norteamericano, ingenuo, rico, bien vestido y civilizado, es puesto en ridículo por un mexicano malicioso, vivaz y pobremente vestido.

El mexicano ha equiparado frecuentemente con razón al español del siglo XVI con el norteamericano del siglo XX y al disparo del fusil de aquella época con el disparo de la Kodak de ésta.

La clase media tiene actitudes en donde la ambivalencia se hace particularmente notoria. No le resulta accesible la identificación y adquisición de niveles norteamericanos; sin embargo, lucha denodadamente por alcanzarlos. La pequeña empleada se afana en adquirir el vestido norteamericano o cuando menos el “modelo estilo americano” (además se utiliza la palabra americano para calificar al estadounidense, como si el mexicano o el chileno no lo fuesen), también es así como el fabricante de productos nacionales se empeña en poner a los vestidos que fabrica o a las prendas que manufactura, nombres que se acerquen lo más posible a los productos norteamericanos de igual filiación. Esta necesidad compulsiva llega en ocasiones a tener matices ridículos, por ejemplo, es frecuente que el mexicano fume cigarrillos estadounidenses pero falsificados en el país; aun a sabiendas de que así es, luce la cajetilla que tiene estampada la marca que le hará aparecer a los ojos del vecino como poderoso y

potente, víctima de la envidia, tal y como en el XVI, la posesión de un caballo o un arma de fuego eran indicadores de jerarquía y nivel patriarcal tal como en la actualidad cualquiera de nuestros hijos se siente “grande” cuando juega con una pistola de agua.

Es frecuente que, en el curso de los tratamientos psicoanalíticos, pacientes que habitualmente fuman cigarrillos de marca mexicana, que no se atreven a ofrecer, nos brinden con orgullo un estadounidense cuando circunstancialmente lo fuman. Son evidentes las situaciones simbólicas latentes y los contenidos que se encuentran por abajo de ellas. Es como si el mexicano expresara en diferentes niveles que sus objetos de satisfacción instintiva no le complacen. Fernando Benítez hace acopio de datos similares en su libro sobre la vida criolla en el siglo XVI.³⁵

Claro está que frecuentemente la necesidad de equiparación ya satisfecha o insatisfecha engendra sentimientos de culpa y deslealtad con respecto a la propia filiación. Estos sentimientos de culpa son tanto mayores cuanto la deslealtad ha sido más intensa. En el norte del país, donde la presión del conflicto es más intensa por una mayor contigüidad, la utilización de modismos extranjeros, de formas de dicción sajona y de matices ajenos es frecuente; sin embargo, es allí donde el sujeto hace alarde compulsivo de lealtad a través de alguna canción, por ejemplo:

*Yo soy mexicano de acá de este lado,
De acá de este lado puro mexicano
Y por más quela gente me diga texano
Yo les aseguro que soy mexicano.*

³⁵ Fernando Benítez, *La vida criolla en el siglo XVI, México, El Colegio de México, 1953.*

Es evidente que la necesidad de afirmar ante los otros la mexicanidad es una forma proyectada de asegurarse a sí mismo la filiación nativa.

Otro mecanismo defensivo, frecuentemente utilizado, es el de una formación reactiva al través de la cual se trata de negar cualquier influencia, cualquier presencia de lo extranjero en la forma y manera de ser.

Existen áreas de contacto, dos en particular, que es interesante señalar: una de ellas la del bracero, y otra, la de las ciudades fronterizas mexicanas destinadas a la diversión de norteamericanos. El bracero que va contratado a los Estados Unidos tiene una cabal conciencia de su diferencia con respecto al norteamericano, diferencia que no trata de zanjar; la motivación consciente de la emigración es la adquisición de riqueza, potencia y dólares en los que cotiza su trabajo; en el fondo, objetos buenos de los que se siente privado en su propio país. Su actuación psicológica está precedida por mecanismos de aislamiento que le preservan de conflictos intrapsíquicos.

En las ciudades fronterizas a las que antes aludimos, en particular Ciudad Juárez y Tijuana, las relaciones y tensiones son el resultado de la imagen que del mexicano se forma el norteamericano y de la consecuente reacción del primero a esta imagen previa. El norteamericano proyecta en México todo aquello que reprime en su propia cultura; en ocasiones la imagen del mexicano es siniestra, en otras la de un salvaje con plumas. También los españoles durante muchos años discutieron, con finalidades religiosas —la posibilidad de ser bautizado o no— la condición racional del mexicano. Hemos visto marineros norteamericanos que al cruzar la frontera en Tijuana se descalzan, gritan y arrojan cohetes. Simbólicamente, descalzarse, lanzar el

grito y el cohete son formas de expresar la necesidad de liberación y evasión a las restricciones que su propia cultura les impone. La conducta del mexicano hacia esta imagen que de él se ha formado el norteamericano, es la explotación sistemática de la misma, ofreciendo y manteniendo en su relación con ellos los niveles que el norteamericano espera recibir. Piensa el mexicano que la ingenuidad del norteamericano le puede ser provechosa y la explota, dando aquello que éste exige. Es así como mostramos, pese a nuestra tristeza básica, una alegría que no es sino simple producto de exportación para turistas. El mexicano proyecta su imagen ideal de fuerza, orden y nivel de vida, imagen de la que carece, en la figura del norteamericano.

En un trabajo realizado por el autor y Parres, acerca de las tensiones sociales en la relación entre el americano y el mexicano, resumimos:

1. Las tensiones sociales del mexicano en su relación con el norteamericano tienen antecedentes de igual significado en el curso de la historia de México; hemos analizado en diferentes momentos históricos aspectos de la tensión social del mexicano en la relación con sus congéneres. En el corte dinámico es evidente la similitud de las formas de reacción y expresión de esta tensión.
2. Toda imagen fuerte, lejana, distante con la que entra en contacto el mexicano, es vivida como imago paterna. Esta imago, por las condiciones históricas señaladas, se vivencia como hostil, agresiva y castrante; las situaciones de debilidad, también por circunstancias históricas y actuales, se las identifica como lo femenino, pasivo e indígena.
3. Nuestras relaciones con los Estados Unidos están cargadas de sentimientos ambivalentes similares a los que hemos

descrito con anterioridad, cuando nos referimos a la protoimagen paterna del mexicano.

4. La imagen que el mexicano proyecta en el norteamericano, se significa con mucha frecuencia por circunstancias reales: la actitud que tiene el norteamericano, su suficiencia e incapacidad para aceptar nuestros modelos, valores y pautas de expresión cultural.

Un ejemplo de ello es el siguiente dato: en el periodo de 1939-1 95 1 la cifra de inmigrantes estadounidenses definitiva fue de 9525; en el lapso 1828-1952 las cartas de naturalización expedidas a estadounidenses tan sólo fueron 701. 36.³⁶

En el curso de su historia, México ha carecido de oportunidades para mutar la imagen del padre; una minoría migratoria masculina ha predominado y sometido a una inmensa mayoría indígena. En el curso de 111 años (1821-1932) los Estados Unidos recibieron 34244000 inmigrantes; en el mismo lapso México recibió 226 000.³⁷

5. La ambivalencia que el mexicano experimenta hacia el norteamericano se manifiesta en conducta y técnicas defensivas que matizan la tensión social.³⁸

México, como ningún otro país, intenta adquirir conciencia de su personalidad y manera de ser a través de sus diferentes manifestaciones: arte, pensamiento, ciencia y auto observación; todo ello se moviliza ante el temor inminente de perder la identidad.

³⁶ J. Durán Ochoa, *Población, México, FCE, 1935.*

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ Santiago Ramírez y Ramón Parres, *óp. cit.*

No todo es negativo y en este adherirse a la figura paterna inexistente y cruel, en función de la avidez de una figura paterna fuerte y vigorosa el mexicano crea al caudillo y al héroe; también en función de esta avidez es capaz de mimetizarse con una facilidad e ingenio sorprendentes. Fácilmente aprenderá idiomas, ciencia y arte, porque es una tierra árida a la espera de un maestro o de cualquier otra figura significativa susceptible de mutar la imagen interna que consigo lleva.

La necesidad del mexicano de hacerse valer, de afirmar su posición hacen que pueda ser erudito, magnífico pintor, esplendoroso cómico, hombre suave y profundo. Tiene un motor para buscar la afirmación que difícilmente otros pueblos tienen. A fuerza de comparar sus posibilidades con las de otros, paulatinamente va aprendiendo la potencialidad de sus propias capacidades. Si pintor, incorpora la técnica extranjera como el mejor para después, una vez adquirida esa seguridad, esa posibilidad de identificación con lo culturalmente considerado como fuerte, expresar sus sentimientos e ideas; cuando hombre de ciencia una vez asimilados los conocimientos del exterior y sabedor de sus capacidades, expresa su propia sabiduría. Existe otro hecho llamativo y confirmatorio de lo que venimos diciendo; cabría en el capítulo del medio tono mexicano y encuentra sus raíces en la identificación entre el trabajo manual y lo indio. El español consideraba despectivos para su Don cualquier clase de labor manual o de trabajo mecánico. Por ello es excepcional que en México se designe por su nombre de oficio a una multitud de personas. El chofer, el conductor de tranvías, el mesero, y otras múltiples calificaciones de artesanía no pueden utilizarse para dirigirse directamente a una persona. No se le puede decir a un mesero: oiga, mesero, ni al plomero: oiga, plomero

Cuando se trata de oficios económicos considerados como propios de “pelados”, a la persona que los profesa es menester llamarla: “señor” o “maestro”. En otros países no existe este tipo de pudor y delicadeza; en ellos, todos los inmigrantes tuvieron que trabajar, el oficio no adquirió una connotación despectiva, no se discriminó. Recuerdo impresionado la ocasión que estando en el extranjero, una persona que llamaba a la puerta se anunciaba como el “cloaquero”. En otras culturas un oficio no adquiere la calidad despectiva que nominativamente tiene entre nosotros. Esto no es genérico en todas las actividades, no se eluden los calificativos profesionales considerados como “decentes”; en este caso la suplantación del título: “doctor”, “licenciado”, por el de “señor”, a la inversa de lo que acontecía en el caso anterior, tiene una connotación agresiva.

4

En capítulos anteriores hemos descrito y aportado cifras indicativas de la situación dramática derivada de la ruptura de la simbiosis entre el niño y su madre. Tanto más dramática, cuanto que el mundo sustitutivo del pecho ha de manifestarse hostil y difícil. También señalamos que esta brusca ruptura las más de las veces estaba condicionada por el nacimiento del hermano. La intensidad del ligamen a la madre, la falta de figuras compensatorias (padre, instituciones) que las sustituyan hacen que el hecho traumático, que “la chipilera”, adquiera proporciones de tal magnitud que la hagan susceptible de ser motor dinámico en la conducta ulterior.

Esta situación traumática aparece ampliamente expresada y repetida en los temas de la canción popular. Es obvio que el mexicano cuando adulto una y otra vez abandona a su mujer; sin

embargo, en los temas de su canción una y otra vez se ve abandonado y sufre intensamente por ello.

En la realidad fenomenológica del adulto mexicano, la mujer es la habitualmente abandonada por el hombre; sin embargo, en su lírica, que es la expresión genuina de lo acontecido en la infancia, se llora por el abandono. En el contenido manifiesto se culpa de ello a otro hombre, que llena el corazón de la ingrata, en el contenido latente, es el hermano menor que nos desplaza del calor y la seguridad infantil. En su conducta real el mexicano hace activamente lo que sufrió pasivamente. Este abandono en ocasiones es cantado como lamento, en otras promueve rabia, en otras más conduce al deseo, expresado musicalmente, de autodestruirse.

El llanto del desprendimiento a veces se manifiesta como súplica, poéticamente se le dice a la madre que no nos deje; se encomian sus valores y cualidades, entonces la canción surge expresando:

*Todos me dicen el negro, llorona,
Negro pero cariñoso.
Yo soy como el chile verde, llorona,
Picante pero sabroso.*

En este lamento se expresa el deseo de que, pese a nuestra condición, no obstante el color de nuestra tez, se nos quiera; se equipara el mexicano al chile y se afirma que pese a su sabor irritante y fuerte, es digno de ser comido; siguiendo la misma línea de búsqueda y valoración positiva tenemos:

*Malagueña salerosa,
Besar tus labios quisiera
Y decirte niña hermosa*

*Que eres Jinda y hechicera
Como el candor de una rosa.*

La desvaloración de la mujer, en ocasiones se expresa simultáneamente al amor que por ella sentimos. Pese a que no sea flor de lis (importada) o que no sea rosa (“decente”), se le implora y se le canta:

*Flor silvestre y campesina
Flor silvestre y natural
No te creen una flor fina
Por vivir junto al nopal
No eres rosa, no eres lirio
Mucho menos flor de lis
Pero adornas al martirio
Y al cardo lo haces feliz.*

El sentimiento y la culpa que el niño siente ante el “ninguneo” y chinga que de la mujer se hace, a la vez se elogia su dolor silente, en forma clara se expresa en:

*Ese rebozo blanco que Lleva puesto
Y entre bromas y risas viene luciendo
Nadie sabe las penas que lleva dentro
Nadie sabe las penas que va sufriendo.
Sufre su orgullo herido por el desprecio
Y en vez de arrinconarse triste a llorar;
Hoy se viste de bodas como una novia,
Con su rebozo blanco para cantar.*

El sentimiento de tristeza por el abandono, la sensación de soledad y de lágrimas, a veces se proyecta, y con toda razón, en el dolor de ella, para entonces cantarle:

*Tienen tus ojos un raro encanto
Tus ojos tristes como de niño*

*Que no ha sentido ningún cariño
Tus ojos dulces como de santo.*

Pocos temas tratados en la Canción como el de la partida, en todos ellos se alude llorosamente y se elabora con diferentes técnicas el abandono. En ocasiones tan sólo se expresa el quedar solo y su dolor consecuente, en otras se hace alusión a las técnicas puestas en uso para mitigar la ansiedad: alcohol, música y demás; sin embargo, en todas ellas a la postre lo que prevalece incontestable y pétreo es el sentimiento de la soledad, de no estar ya acompañado por los objetos, de haber perdido la meta; la situación melancólica es clara y por más intentos que se hagan por eludirla, subsiste.

En El crucifijo de piedra, en La que se fue, en Ella, en Tres días; en Por un amor y en Guitarras; lloren guitarras; para no dar sino unos cuantos ejemplos, el tema del llanto frente al abandono es obvio:

*Cuando la estaba queriendo,
Cuando la estaba sintiendo
Todita toda, la vio partir.
O bien:
Yo lo que quiero es que vuelva
Que vuelva conmigo la que se fue.
En nivel desesperado y pleno el mexicano expresa:
Me cansé de rogarle
Me cansé de decirle
Que yo sin ella
De pena muero.
Ya no quiso escucharme
Si sus labios se abrieron
Fue pa ´decirme
Ya no te quiero.
Yo sentí que mi vida*

*Se sumía en un abismo
Profundo y negro
Como mi suerte.*

Tanto en la canción anterior como en otras, se hace el intento de superar el abismo de abandono y la cerrazón vital al través del canto o del alcohol. Por ejemplo:

Tres días sin verte mujer

*Tres días llorando tu amor
Tres días que miro amanecer;
Noma tres días te ame
Y en tu mirada me perdí,
Hace tres días que no se de ti.
¿Dónde, donde estas, donde te encuentras?
¿Dónde, donde estas, que estas haciendo?
Tres días que no se que es el alimento,
Solo tomando me e podido consolar.*

Ante el amor perdido, la vida no vale la pena de ser vivida, sin la relación que nos nutre y nos es sustancial, más vale morir.

Oigamos:

*Por un amor me des velo y vivo apasionado,
Por un amor que en mi vida deja para siempre
Amargo dolor pobre de mi!,
Que esta vida mejor que se acabe
No es para mi!,
Pobre de mi!, lay corazón!,
Pobre de mi no sufras más,
Cuánto sufre mi pecho que late
Tan sólo por ti.*

En otras ocasiones se proyecta el dolor en los instrumentos musicales, se les pide que se hagan eco del dolor, que al unísono con el sufriente, expresen su melancolía:

*Guitarras...lloren guitarras...
Violines...lloren igual,
No dejen que yo me vaya
Con el silencio de su cantar.*

*Gritemos a pecho abierto
Un canto que haga temblar
Al mundo que es el gran puerto
Donde unos llegan y otros se van.*

*Ahora me toca a mí dejarlas,
Ahora me toca a mí marchar,
Guitarras, lloren guitarras...
Que ahí queda lleno de amor
Prendido de cada cuerda,
Llorando a mares...mi corazón.*

En otras ocasiones se implora del paisaje la participación emocional, se demanda que las piedras, los montes y los valles sean eco del dolor:

*Soy como el viento que corre
Alrededor de este mundo;
Anda entre muchos placeres,
Anda entre muchos placeres,
Pero no es suyo ninguno.*

*Soy como pájaro en jaula,
Preso y hundido en tu amor
Y aunque la jaula sea de oro,
Y aunque la jaula sea de oro,
No deja de ser prisión.*

*Háblenme montes y valles,
Gritenme piedras del campo;
Cuándo habían visto en la vida,
Querer como estoy queriendo,
Llorar como estoy llorando,
Morir como estoy muriendo.*

Ocasionalmente, la reacción ante el dolor y el abandono, promueve un fuerte deseo de venganza, se quiere hacer que el objeto amado sufra lo que con anterioridad sufrió el amante; es decir, se trata de transformar y hacer activamente lo que se sufrió pasivamente. Veamos:

*No vengo a pedirte amores,
Ya no quiero tu cariño,
Si una vez, te ame en la vida,
No lo vuelvas a decir.*

*Me contaron tus amigos,
Que te encuentras muy solita,
Que maldices a tu suerte,
Porque piensas mucho en mí.*

*Es por eso, que he venido,
A reírme de tu pena,
Yo que a Dios le había pedido,
Que te hundiera más q a mí.*

*Dios, me ha dado ese capricho,
Y he venido a verte hundida,
Para hacerte yo en la vida,
Lo que tú me hiciste a mí.*

Es obvio que el sentimiento amoroso aún sigue prevaleciendo en el amado, pese a que se utilicen mecanismos de

negación y se satisfaga la hostilidad logrando hacer en la vida de ella lo que ella había hecho previamente en la vida del amante. Esto acontece en la conducta del mexicano al desvincularse frecuente y sistemáticamente de sus objetos amados, les hace en el ahora, lo que le hicieron en el entonces. Hace activamente aquí lo que sufrió pasivamente allá: Confunde el presente con el pasado y realiza una venganza después de muchos años. También en la canción que transcribimos, aparece el tema señalado y el deseo de venganza; solicitándose que no exista nada susceptible de acallar el dolor y mitigarlo:

*Que todos los mariachis de Jalisco
Te vayan a cantar nuestra canción
Cuando estés recordando mí cariño
Cuando sientas que te hago falta yo.*

*Que no halla ni una gota de tequila
Ni nada que consuele tu dolor
Y así cuando reniegues de tu vida
Que todos los mariachis de Jalisco
Te vayan a cantar nuestra canción.*

*Que si es de noche no halla estrellas
Que si es de día no salga el sol
Que estés tu sola con tus penas
Que sienta frio tu corazón.*

*Y luego que comiences a gritarme
Y quedes al amparo del dolor
Igual que cuando tú me abandonaste
Que todos los mariachis de Jalisco
Te vuelvan a cantar nuestra canción.*

La situación autodestructiva, el fatalismo y la melancolía profunda que produce la soledad, como en ninguna otra, se expresa líricamente en la siguiente:

*No vale nada la vida
La vida no vale nada
Comienza siempre llorando
Y así llorando se acaba
Por esto es que en este mundo
La vida no vale nada.*

Ocasionalmente, la partida y el dolor se conjugan para crear el poema:

*Que me toquen "Las golondrinas"
Porque me voy lejos, muy lejos.
Hace tiempo, la que más quiero
Se fue muy lejos, se fue de mí.*

*Que me toquen "Las golondrinas",
Que sus notas lleven a mi alma
A esa tierra linda y lejana
Que me ha robado a mi querer.*

*Por amor de Dios le pido,
Buen amigo cantinero,
pa' las otras yo coopero
Y ya no me haga esperar.*

*Tóquenme "Las golondrinas"
Porque pienso alejarme,
Sólo quiero que recuerden
Mi tristeza y mi dolor.*

La tendencia general, expresamos los psicoanalistas, es transformar el dolor y negarlo; a ello le denominamos tendencia maniaca, conducente a elaborar la depresión. En el falsete, tan utilizado en nuestra canción popular, en particular en la canción huasteca, vemos que el llanto se ha hecho canción en un intento maniaco para eludir la depresión; sin embargo, la filiación entre el

falsete y el lamento aún sigue siendo clara. En la siguiente canción el tema del falsete acompaña al hombre en su soledad:

*Por el soleado camino
Que va a la tierra huasteca,
Se oye el canto de un jinete
Que monta una yegua prieta.
Y al acompasado trote
De su jaca tan inquieta
Brotó el agudo falsete
Con que el jinete se aleja.*

Resulta claro que al alejarse el jinete, su sentimiento no es de alegría, se ve precisado a negar sus emociones a través de su canto, usando el falsete. Lo que el jinete ha reprimido es el llanto por su partida, el material reprimido retorna en el falsete y en la similitud de éste con el llanto.

El sentimiento del niño abandonado, del mexicano que perdió su identidad (su madre) es profundamente fatalista. En sus canciones, nos dice de lo irreversible e irrevocable de su destino. No cree que exista ninguna circunstancia susceptible de modificar la triste condición de abandono y soledad en que ha quedado. En canciones como:

*Cuando se estaba muriendo
Me dijo casi llorando
Se que no tengo remedio
Y ya estaba delirando*

*Gritaba desesperado
Dios mío no quiero perderla
Dile que la he perdonado
Dile que vuelva a mi lado
No quiero morir sin verla*

*Dile que la he perdonado
Dile que vuelva a mi lado
No quiero morir sin verla*

*Salí corriendo a buscarla
Era su último deseo
Por suerte pude encontrarla
Y le hablé sin titubeos*

*Pero mi esfuerzo fue en vano
Todo encontramos en calma
Un cura estaba rezando
Por el descanso de un alma
Que siempre andará penando
Un cura estaba rezando
Por el descanso de un alma
Que siempre andará penando.*

O bien, en otras en las que con un cierto tono festivo y proyectándose en los animales, se habla del desprecio con que irreversiblemente se es tratado, pese a los esfuerzos que para lograr el amor de la amada se despliegan:

*En una jaula de oro, pendiente de un balcón
Se hallaba una calandria, cantando su dolor.
Hasta que un gorrioncillo a su jaula llegó:
Si usted puede sacarme con usted yo me voy.*

*Y el pobre gorrioncillo de ella se enamoró,
Y el pobre como pudo los alambres rompió.
Y la ingrata calandria, después que la sacó,
Tan luego se vio libre, voló, voló y voló.*

El pobre gorrioncillo todavía la siguió

*A ver si le cumplía lo que le prometió.
Y la ingrata calandria esto el contestó:
Yo a usted no lo conozco ni presa he sido yo.*

*Y el triste gorrioncillo a casa regresó,
Se paró en un manzano y lloró, lloró y lloró.
Y ahora en esa jaula, pendiente de un balcón
Se halla el gorrioncillo cantando su pasión.*

Si analizamos el texto de la canción anterior, encontramos que un pájaro valioso, la calandria, en un primer tiempo le ofrenda su amor al gorrion; éste despliega esfuerzos, pone todo su afecto en la ofrenda y ulteriormente se ve frustrado. Insiste en su necesidad de que le quieran, pero la calandria niega todo vínculo, niega un pasado, un momento en el cual la relación fue más honda y le abandona. El gorrioncillo ante la decepción y el abandono, llora y se queda anclado, fijado diríamos los psicoanalistas, a la situación dolorosa.

Sin pretender agotar el tema, en la lírica de otra canción, el tema se repite:

*Yo sé que nunca besaré tu boca,
Tu boca de púrpura encendida.
Yo sé que nunca llegaré a la loca
Y apasionada fuente de tu vida.*

*Yo se qué inútilmente te venero,
Que inútilmente el corazón te evoca,
Pero a pesar de todo yo te quiero,
Pero a pesar de todo yo te adoro.*

Aun cuando parezcamos iterativos señalaremos una vez más, con Carrión,³⁹ que el mexicano tiene una conducta frente a la vida, a la cual él ha denominado el importamadrismo; el autor alude a la frase tan frecuente en el mexicano: “me importa madre”; en realidad, de acuerdo a lo visto, al mexicano, efectivamente si algo le importa en la vida es eso: su madre. En sus contenidos manifiestos y en su expresión caracterológica está negando el objeto al cual se encuentra profundamente vinculado. En otras manifestaciones populares, la verdad e importancia de la liga con la madre se hace manifiesta, como en la canción o cuando el sujeto expresa: “me dieron en la madre” o “me rompieron la madre”. Se está expresando que es justamente la vinculación temprana la que estructura e integra, que sin ella se pierde todo contacto y toda fuerza.

La mujer mexicana, en función de las condiciones culturales en las cuales se ha desarrollado, ha hipertrofiado la necesidad emocional de contacto con el hijo, a través de una prolífica maternidad. Esto es la consecuencia y el resultado de la frustración sistemática a la que ha estado sometida su necesidad emocional de ser compañera o esposa. En forma sintética podríamos expresar: ha hipertrofiado vicariamente su maternidad para compensar la frustración en su papel de compañera. Por ello la actitud del mexicano enfrente de la novia y de la esposa madre de sus hijos es bien distinta, también la actitud de la mujer es sustancialmente diversa; cuando novio el mexicano es amoroso, cordial y tierno:

*Rayando el sol...
Me despedí...
Bajo la brisa
Y allí me acordé de ti,
Llegando al puente,*

³⁹ Jorge Carrión, *Mito y magia del mexicano, México, Porrúa y Obregón, 1952.*

*Del puente
Me devolví,
Bañado en lágrimas,
Las que derramé por ti.*

Cuando padre de sus hijos, al parecer desde que la mujer se embaraza, su actitud cambia por completo; el nacimiento de su hijo le hace recordar el remoto nacimiento del hermano menor que lo desplazó del paraíso.

Qué distancia y qué mundo media entre Rayando el sol Un rayo de sol y el: Oye Bartola, ahí te deja esos dos pesos. Claro que con estas palabras ya no se está dirigiendo a la novia, sino a la esposa madre.

La actitud de la mujer, sabedora de la diferencia con la cual la trata el hombre en sus diversas condiciones de novia y esposa, es distinta. Pasa del “estése silencio y sosiego”, reticente e insinuante, a la sumisión mansa, abnegada, sufriente y masoquista de la esposa mexicana.

Durante la Revolución, época de la cual podemos expresar socioculturalmente que se lucha contra el padre, el mexicano se vincula a la mujer otorgándole una jerarquía de compañera. Por primera vez en la historia de México, la mujer desarrolla sus posibilidades al lado del hombre, en una lucha social, separándose de la cuna del hijo. En la lírica revolucionaria, La Adelita, La Valentina, y otras semejantes, son cantos a la compañera. La posibilidad de un contacto entre el hombre y la mujer adquirió su máxima expresión durante la Revolución.

En múltiples ocasiones al comparar la relación de la madre con el hijo en la cultura norteamericana y en la mexicana hemos hecho alusión a diferencias profundas y básicas. La mujer norteamericana trata de suplir el calor, la cordialidad y la ternura

con preceptos higiénicos; la dietética se encuentra al servicio de la conservación de la línea y apariencia juvenil. En la mujer mexicana es justamente a la inversa: las consideraciones higiénicas y de horario entre la madre y el hijo no son tomadas en cuenta, la cercanía con la madre es inmediata y sostenida; madre e hijo forman una unidad en la cual la mujer encuentra su seguridad y afirmación. Si como hemos venido diciendo la conducta del adulto es repetición de los patrones infantiles prototípicos, entenderemos la actitud de ambas culturas frente al mercado. El mercado del mexicano es el “tianguis”, el del sajón el “supermercado”. Entre el uno y el otro media un abismo; el uno sería con su ausencia de vendedores, higiene y falta de calor, la expresión no de la relación de una madre con el hijo a través del pecho tierno y cálido, sino más bien la relación entre la múltiple variedad de leches artificiales envasadas y el hijo. En el tianguis hay “marchantas”, a través de las cuales el mexicano reedita una íntima y cálida réplica de la relación primitiva con su madre. Hemos dicho que el tianguis es al supermercado en la edad adulta, lo que el pecho a la botella en la edad infantil. El mexicano no puede olvidar lo positivo de su pasado, por ello, poco después de inaugurado el supermercado, en sus alrededores surge el tianguis con todo lo emocional que está presente en él.

La actitud de la mujer en nuestra cultura es el resultado de muchas de las circunstancias que paso a paso hemos tratado de analizar. La desvalorización que el padre hace de ella, el rechazo que recibe del mundo social, mundo de hombres, hace que se refugie y exprese a través de los hijos. La única forma de reparar el abandono en el cual se encuentra colocada es dándoles amor a sus hijos; en esta forma, identificada con ellos recibe el amor del cual le priva la cultura; por otra parte, a ella no se le prohibieron las identificaciones femeninas con la madre sumisa y abnegada; desde pequeña aprendió, y le resulta natural, su papel en la vida y la

manera de derivar las tensiones y frustraciones a través de una maternidad, exuberante en todos sus aspectos. Para ella, para la mujer mexicana, el envejecer tiene una connotación bien diversa que para la mujer norteamericana. La primera pierde la posibilidad de ser madre conforme los años pasan, la otra pierde su línea y atractivos que son tan valorados en su ambiente; por eso cuando abuelas actuarán en forma distinta ante sus hijas y nietos. La abuela mexicana tratará de negar su propio crecer y envejecer, negando la maternidad de la hija, trata de apropiarse de los nietos, privando a la hija de la propia maternidad; racionalizará la necesidad de “volver a tener hijos”, diciendo que su hija es incapaz de atenderlos o facilitando la posibilidad de que ésta busque centros de interés que la aparten de los niños. Se trata de un intento desesperado de conservar lo único en que encontró seguridad y que ahora la edad le niega. La abuela americana teme la vejez porque pierde línea, atractivo y valoración en su cultura. Dado que ser vieja es ser rechazada, negará a los hijos y a los nietos, con una técnica que le permita mantenerse en línea y fresca, usará ropa juvenil tratando de negar su edad; viajará con su esposo intentando revivir los tiempos en que era joven; es decir, alucinará la juventud perdida.

Otro índice de la agresión hacia el hermano menor y hacia la madre embarazada en la vida cotidiana del mexicano se expresa a través de las “piñatas”. La celebración de la piñata se lleva a cabo en los días que preceden a la Natividad de Jesús. En la letanía y en el rezo se conmemora alegremente el futuro nacimiento del hijo, pero más tarde, el mexicano, rompe en la olla, el vientre de su madre y se apropia de su contenido. En esta festividad se encuentran expresados una multitud de símbolos inconscientes. Se trata de nueve posadas con sus respectivas piñatas, réplica de la duración, nueve meses, de la gestación. Los niños rompen la piñata, forma social mediante la cual se permite la hostilidad hacia los contenidos internos, el hijo, del vientre de la madre.

En todo este escaqueo encontramos sustancialmente a un mexicano en busca de filiación de identidad, lleno de contradicciones y afirmaciones, motivo de orgullo y de desprecio, de ternura y de hostilidad; la contradicción es nuestro signo, pero para terminar expresaremos las frases de H. Pérez Martínez:

Tal contradicción no debe tomarse por sus aspectos de impotencia. Valga por lo de afirmaciones generosas que contiene. La norma espectral del indígena modela también al conquistador. Si éste subyuga el cuerpo de los hombres de la tribu, sucumbe en cambio a su espíritu. Cuando en nosotros las ideas entran en conflicto es porque mas se afirma la claridad de ese destino; es porque Cortés y Cuauhtémoc se animan y reanudan su batalla secular.

El cuerpo de Cortés, caído en sedas y desgracias; Cuauhtémoc vuelto cenizas en la selva, forman nuestra epopeya. Ambos fueron hombres de dos mundos que en nosotros se concilian y luchan. Tal es nuestra estirpe. Y a tal linaje, tal escudo.⁴⁰

⁴⁰ Héctor Pérez Martínez, *Cuauhtémoc. Vida y muerte de una cultura, México, Leyenda.*

II El mexicano frente al mar, 1960

La morada del hombre en México, tal como lo señala Silva Herzog, ha sido inhóspita.⁴¹ Apenas el 12% de su enorme extensión es tierra cultivada. La geografía nacional desarticulada por la montaña es intrincada y difícil. La montaña ha sido el personaje más importante de la historia de México. La montaña es hermosa a los ojos del viajero. Forma nuestro paisaje en sus variantes tonales.

Gran parte de la historia de México es comprensible a partir de sus montañas. El asiento de nuestras grandes formaciones culturales, el mundo náhuatl, está centrado en medio de montañas. Entre el mar y el hombre del altiplano, cadenas interminables de montañas: naranjas, rosas, violetas, agudas, ásperas, sedosas; pero siempre la montaña, la interminable montaña.

El intrincado complejo cultural náhuatl se estructura, define y aísla en valles y cuencas rodeados por montañas.

En el pasado más remoto complejas migraciones y horizontes culturales convergieron hacia el altiplano. El jaguar con su sonrisa, los hombres del país del hule, los olmecas, mutaron la expresión plástica del horizonte cultural preclásico.

⁴¹ Jesús Silva Herzog, *El mexicano y su morada, México, Cuadernos Americanos, 1960.*

Una vez que la convergencia se hizo, cuando la cultura cristalizó, la cosmovisión abarcó las artes, las ciencias, la religión, el culto y la política; esta fuerza cristalizadora mantuvo una coherencia y una cohesión extraordinarias.

La estructura del mundo náhuatl, mágico-religiosa en sus raíces, es profundamente centralista. Alfonso Caso nos señala que:

Una de las ideas fundamentales de la religión azteca consiste en agrupar a todos los seres según los puntos cardinales y la dirección central de ahajo a arriba. Por eso en la mentalidad mexicana son tan importantes los números cuatro y cinco, como en la mentalidad mágico-occidental es importante el número tres.

Los cuatro hijos de la pareja divina (que representa la dirección central, arriba y abajo, es decir, el cielo y la tierra) son los regentes de los cuatro puntos cardinales.⁴²

Ometecutli, señor del Dos. Omecíhuatl, señora del Dos, unidos en la dualidad primordial, habitan fusionados en Omecallan. Desde esta perpendicular profundamente convergente y monoteísta se expande el mundo a los cuatro puntos cardinales. Norte, sur, este y poniente son zonas que derivan y se expanden desde esta verticalidad que agrupa, unifica y estructura. Rojo, azul y negro son los colores del oriente, el sur y el norte. Probablemente el Tezcatlipoca blanco, exangüe después de haber fertilizado la tierra y morada del hombre con su sangre de luz y calor, represente el poniente.

⁴² Alfonso Caso, *El pueblo del Sol México*, FCE, 1953.

Caso nuevamente expresa:

Esta idea fundamental de los cuatro puntos cardinales y de la región central (abajo arriba) que da la quinta región, o sea la región central, se encuentra en todas las manifestaciones religiosas del pueblo azteca y es uno de los conceptos que sin duda este pueblo recibió de las viejas culturas de Mesoamérica.

No sólo los colores y los dioses quedan agrupados en esta forma; también los animales, los árboles, los días y los hombres, por el día en que nacen, pertenecen a una de las cuatro regiones del inundo, pues el hombre recibe el mismo nombre del día en que nace, dentro del calendario ritual de 260 días... y que se divide en cuatro partes de 65 días cada una, que corresponden al Este, al Norte, al Oeste y al Sur, y que se repiten en la infinitud del tiempo.⁴³

Este eje divino que organiza y unifica lo disperso ha sido colocado por el hombre en el centro mismo de su existencia. Tloque Nahuaque, el señor del cerca y el junto; disfracismo de una nueva convergencia o, si se quiere, “como el viento que está cerca sin mirarse” y que es el eje de este mundo.

Ya expresaba Wesiheim que en el arte monumental prehispánico la medida de todas las cosas es el mito, de la misma

⁴³ *Ibidem*.

manera que en el arte griego la medida de todas las cosas es el hombre.⁴⁴

Este centralismo mágico-religioso va a invadir todos los instrumentos de cultura en el mundo náhuatl. En política, habrá una pareja gobernante: Tecatecutli y Cihuacóatl comparten el poder. El maíz y el pasto crecen y vivifican al influjo de Tláloc y de su compañera Chalchihuatlicue (la de la falda de chalchihuites). Una de las representaciones estéticas más logradas en la escultura monumental azteca es la Coatlicue (la de la falda de serpientes), convergencia en piedra, verticalidad y horizontalidad en la cual se agrupan y centralizan todos los conceptos filosóficos y vitales de la cultura náhuatl.

Justino Fernández nos ha dado una cabal información de este agrupamiento condensado e intenso presente en la piedra.⁴⁵ La estructura piramidal, con su eje vital, hace converger y centraliza los cuatro puntos cardinales de los lienzos del edificio. En su investigación filológica, Gutierre Tibón expresa: “México, en el ombligo de la luna.”⁴⁶

Este centro nos coloca en una equidistancia precisa entre un mar rojo, bajo la advocación de Tezcatlipoca rojo y un mar blanco, bajo la advocación de Tezcatlipoca blanco. La seguridad se encuentra en el centro, donde habita la pareja primordial; el oriente representa la zozobra, la espera inquietante de un sol que

puede no aparecer. El poniente, la depresión y la pérdida, el sol ya blanco, agotada su energía vivificadora, entra a la región de los muertos.

El centro es hierático y adusto; su sentimiento, pensamiento y acción, polarizados hacia la divinidad. La escultura, la poesía y la forma de gobierno, dedicados al “señor del cerca y del junto”. La periferia alejada del centralismo mágico-religioso pierde en adustez y gana en alegría, pero sigue siendo siniestra. En el culto del mar y ya cerca de éste, la cerámica y la escultura se hacen “más humanas que divinas”.⁴⁷ Figuras tutelares de la casa, de la naturaleza, de lo cotidiano dan una nueva dimensión al arte. El Complejo de Remojadas es risa en cabecitas que danzan.

La amenaza se encuentra fuera del centro; al mar se fue Quetzalcóatl: “y así en llegando a la ribera del mar, mandó hacer una balsa hecha de culebras que se llama Coatlapectli;”⁴⁸ en ella entró y asentóse como en una canoa y así se fue por la mar navegando”. Una profecía célebre hizo Quetzalcóatl cuando predicó en Chollolan: y que en un año señalado con el jeroglífico de uno caña vendrían de la parte oriente por sobre las aguas del mar unos hombres blancos y barbados que les despojarían del dominio de la tierra y señoriándola toda les harían abrazar la ley del evangelio⁴⁹

⁴⁴ Paul Westheim, *La cultura de México antiguo*, México, UNAM, 1956.

⁴⁵ Justino Fernández, *Cuatlicue, estética el arte indígena antiguo*, México, UNAM, 1954.

⁴⁶ William Sprathing, *A/kíçhuinanoquedivino*, México, UNAM, 1960.

⁴⁷ William Sprathing, *Mas humano, que divino*, México, UNAM, 1960.

⁴⁸ Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1956, libro III, cap. XIV.

⁴⁹ Mariano Veytia, *Historia antigua de México*, México, Leyenda, 1944, Tomo 1.

Este centralismo, apenas bosquejado, es el que en parte aplica la concentración poco expansiva del mundo náhuatl. Si a esto agregamos los límites impuestos por la geografía entenderemos, al menos en parte, la limitación expansiva de la cultura náhuatl.

En los siglos, dos o tres, que preceden a la llegada de los españoles, la teocracia militar sustancialmente azteca empieza a hacerse expansiva, imperialista y comercial. Pochtecas y guerreros forman la cabeza de flecha de una expansión que bien pronto va a ser decapitada por la Conquista. La cosmovisión española, explotando el mito de El Dorado no se interesa por el sustento sino por la riqueza. Mano de obra barata y metales son su lema. A la falta de expansión precedente se une una explotación centralista de la montaña.

El mar no integra, tan sólo sirve para importar y exportar metales que consoliden imperios decadentes, sedas que vistan a antiguos soldados, pero nunca alimento que nutra carnes indígenas. Esta fuerza centrípeta prevalece tres siglos.

Focos que convergen al gran centro y a los pequeños centros. Geografía que divide, que impide el diálogo, que hace difícil la comunicación, que propicia el recelo y la desconfianza, que sume al individuo y a su grupo en sus propios valores sin ventilarlos en el contacto de otros grupos y otros valores. Es por ello que México no es un país sino varios países, como lo señala González

Pineda, con identidades múltiples poco reconciliables.⁵⁰ El vehículo cultural es limitado.

Durante el Porfiriato la situación centralista es extrema, el 78.42% de la población no sabe leer ni escribir. El 80% de los habitantes, doce millones, dependen del salario rural que en el México de 1910 fluctuaba entre 18 y 30 centavos diarios.

El hombre en México ha desplazado y transferido su centralismo histórico; ahora es desconfianza ante lo nuevo. Sólo confía en la pobre tierra que lo nutre; las esperanzas de una vida mejor son visualizadas con recelo.

El mexicano, como dice Silva Herzog,

*Con inmensa tristeza, tiene todavía hambre de pan, hambre de justicia y hambre de libertad. Hoy la gran burguesía nacional puede gritar alborozada: ¡La Revolución ha muerto! ¡Viva la Revolución!*⁵¹

Dejaremos nuestro centralismo, nuestra introversión, nuestra desconfianza, nuestro soterrado vivir cuando la expansión, la alegría y el contacto con los otros sean eso: expansión y alegría. Cuando nuestra “clase media no transcurra desconfiada entre el tímido silencio del indio y el arrogante silencio del criollo”,⁵² el mexicano podrá ponerse cara al mar.

⁵⁰ Francisco González Pineda, *El mexicano, su dinámica psicosocial*, México, Pax-México, 1959.

⁵¹ Jesús Silva Herzog, *óp. cit.*

⁵² José Vasconcelos, *Ulises criollo*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957.

III La organización familiar 1957

La organización de la familia tiene características variables según la cultura donde la misma se desarrolla. Existen muchos tipos de familia; por el momento me contentaré con señalar la existencia de una familia cuyo trato es la organización en forma triangular en la que los vértices del triángulo están constituidos por el padre, la madre y los hijos. En el mundo occidental, a grandes rasgos, es el tipo de organización prevalente.

Al lado de las anteriores existen otras a las que los sociólogos han denominado culturas uterinas, derivando dicha denominación de la circunstancia de estar integradas por una prevalente relación madre hijo. El niño, al nacer, establece sus relaciones de afecto, sus necesidades de satisfacción, protección y apoyo con la madre. Al principio tales necesidades son fundamentalmente alimenticias pero también de contacto, de ternura y cercanía. En una familia normal el niño va a encontrar una madre preparada para satisfacer las demandas señaladas. Hay familias, las uterinas, donde la relación madre hijo es particularmente intensa. En México, por lo menos en las áreas rurales y en las urbanas de clase media y baja, la familia tiene estas características.

Un grupo de investigadores ha estudiado la organización familiar de un área de la ciudad de México que tiene la forma de un triángulo. Uno de sus costados lo forma la calle de Constituyentes,

otro la de Observatorio y la base es Parque Lira. En este triángulo se han estudiado las características de la organización familiar con técnicas rigurosas de muestreo. En esta zona, cada mujer ha tenido más de seis embarazos y en un porcentaje elevado han sido satisfactorios y carentes de problema. La lactancia es de once meses, cifra fuertemente contrastada con los escasos veinte a treinta días presentes en la cultura norteamericana. También en la cultura americana uno de los problemas centrales de la organización familiar es el hijo único. En otros estudios hemos observado que durante el proceso de urbanización, mujeres procedentes del campo frecuentemente se embarazan en condiciones particularmente traumáticas. Rechazadas de sus lugares de origen, las hemos investigado en un centro de protección para madres abandonadas de tipo religioso. Si bien es cierto que el número de mujeres estudiadas fue pequeño, cincuenta, no menos cierto es el impacto que nos produjo la ausencia de trastornos durante el embarazo y la lactancia a pesar, repito, de que las circunstancias de embarazo fueron muy traumáticas: violación, rapto, seducción y engaño, etcétera. Este grupo de mujeres se embarazó después de un promedio de 1.6 coitos. Uno de los problemas centrales en la organización familiar de México es el gran número de madres solteras.

Del esbozo de cifras precedentes nos permitimos preguntarnos: ¿qué determina la gran procreatividad de la madre mexicana?, ¿qué la lactancia tan prolongada?, ¿qué la facilitación de los partos? En México hay una atmósfera sociocultural alrededor de la imagen de la mujer. Esta atmósfera contrasta con lo que sucede en otras culturas en las cuales los abortos son múltiples, así

como intensas las perturbaciones durante el embarazo y severas las dificultades en la lactancia. La atmósfera sociocultural en unos casos facilita y en otros dificulta.

El mundo del mexicano tiene una doble moral sexual y características contrastadas en los papeles que recíprocamente juegan el hombre y la mujer. El varón es dueño de prerrogativas, usa sin restricciones el dinero, se permite placeres que niega a la mujer, gasta en ropa y atuendo cantidades más significativas que sus parejas. El mundo en México desde el punto de vista de la atmósfera sociocultural de tipo sexual es un mundo de hombres. Palabras tales como “viejas” o “vieja el último”, adquieren características despectivas. En nuestro mundo “ser vieja el último” es equivalente de desprecio, también el ser marica. El hombre tiene el privilegio de ser servido por la mujer, a ésta no se le permite que indague la utilización que el hombre hace del dinero, el varón detenta poder y recursos. El padre es temido, frecuentemente ausente, tanto como presencia real como en su carácter de compañía emocional. La familia en México está integrada por una serie de obligaciones y de compromisos. La mujer tiene que satisfacer sus necesidades en oficios poco calificados: lavanderas, servicio doméstico o pequeños comercios, preñados de ausencias, en los que se trafica frecuentemente con unos cuantos estropajos, un poco de tequesquite y algunas rajas de ocote. Estas mujeres habitualmente han sido abandonadas por un padre que cuando presente, fue violento, alcohólico y habitualmente ausente. Hace años, estudiando la estructura familiar del cuartel de la Soledad, encontramos que en una familia constituida por un poco más de cinco hijos, éstos habían sido concebidos por una madre única y por

un poco más de tres padres. La cohesión del hogar, de tipo uterino, se estructuraba alrededor de la madre. El padre tan sólo había sido procreador eventual. Estas mujeres no son coquetas sino abandonadas. La licenciada Berman también se dedicó a estudiar cuáles eran las características dinámicas de dicho abandono. Encontró que en un alto porcentaje el abandono acontece durante el embarazo de la mujer.

En México la mujer se acerca a la edad adulta con un miedo a la sexualidad que le han remarcado desde pequeña. Este clima de recato es el que prevalece con alta intensidad en los pequeños pueblos del país. Agustín Yáñez lo describió magistralmente en su novela *Al filo del agua*. En el pequeño pueblo del novelista, Teocaltiche, toda la organización social gira alrededor de congregaciones religiosas. Hijas de María, mujeres enlutadas que esconden en forma masiva un sexo proscrito y sustraído de la comunidad. Estas muchachas, jóvenes modosas y arregladas, son promotoras de afectos por parte de los hombres jóvenes. En la canción mexicana encontramos ejemplos reveladores de esta actitud. Con frecuencia la unión no se puede llevar a cabo en forma pausada y normal debido a los celos de los padres y hermanos de la muchacha, vigilantes guardianes de la virginidad de la hija. En el lenguaje popular es un vejamen el que alguien califique de cuñado a un amigo. Pareciera que nuestra parte femenina, colocada en la hermana, se ve muy amenazada ante tal calificación. La unión frecuentemente es lograda mediante el rapto. El matrimonio lleva una vida sexual pobre, en el área triangular a la cual ya me he referido, hemos encontrado que solamente un quince por ciento de las mujeres han buscado en forma activa a su pareja masculina. La

investigación de referencia ha tenido como finalidad la planeación familiar y el control de la natalidad. Quien con más vehemencia ha mostrado reticencia al control ha sido el varón.

La mujer acepta pasivamente este papel donde se le veda sexualidad y se le premia procreación. Todas las instituciones culturales, desde antes de la Conquista, aplauden y premian los aspectos maternos de la mujer y, por el contrario, censuran sus expresiones sexuales. En los consejos que los antiguos mexicanos daban a la niña en edad crecedera le recomiendan la discreción, el recato y la ausencia de coqueteo. Diego Rivera, en uno de sus murales del Palacio Nacional, el tianguis de Santiago Tlatelolco, nos pinta la imagen despectiva que el mundo prehispánico tenía de la prostituta. La llamaban la alegradora; su tono era estridente, masticaba chicle, se colocaba chapopote en los dientes para llamar la atención y se pintaba las piernas con colores llamativos. Esta mujer era objeto de censura. Más tarde, durante la Conquista, México se vuelve guadalupanista haciendo hincapié en los valores sobresalientes de la Virgen de Guadalupe, cuyo santuario está ubicado en el antiguo asiento del templo de la Madre de los Dioses. Madre de los Dioses, Virgen recatada, progenitora del Cristo y Vaso Espiritual de Elección forman una unidad estrecha e indiscutible en la mente del mexicano.

Buscamos mujeres que se asemejen a nuestras madres, mujeres que se embaracen mucho, que lacten bien y que cocinen mejor, pero a la vez condicionamos el que tan sólo un quince por ciento de ellas se nos acerque sexualmente. Las mujeres colaboran para que esta mancuerna subsista; a poco de embarazarse se

descuidan, dejan de arreglarse y se privan de atractivos sexuales. La maternidad y la lactancia se llevan a cabo abiertamente y sin ningún pudor. El pecho se le brinda al niño en cualquier lugar público o privado. Pronto el hombre abandona a esta mujer para reanudar un nuevo enlace amoroso cuyo destino tendrá iguales características. Ella se refugiará en el martirio masoquista de la “mujer abnegada”. Las instituciones sociales aplauden la condición maternal y reabastecen este círculo enfermizo que hace que la familia del mexicano sea de carácter uterino, con una madre asexual y un padre ausente.

Las pautas de comportamiento se aprenden tempranamente, la mujer aprende su manera de ser desde niña. Los troqueles en los cuales vive la niña mexicana están brindándole muy precozmente la aceptación del rol maternal. Observa una madre desorbitadamente fecunda, tempranamente se le asignan funciones en el cuidado de sus hermanos menores, en sus juegos muy precozmente se entrena a hacer “la comidita”. No todas las culturas enseñan a ser madre, hay otras en donde, por razones que no vienen a colación, se enfatiza el papel sexual de la mujer en oposición a su función maternal. Ejemplo demostrativo de lo anterior es la cultura de las Islas Marquesas, donde se condiciona una actividad sexual desmesurada en oposición a la exigua maternidad.

La niña es educada tempranamente en el recato y en la evasión de todos y cada uno de los tópicos sexuales. Tempranamente se la aleja del compañero varón. La coeducación en México fue objeto de escándalo y de protesta: amenazaba la

estructura familiar tan rígidamente acuartelada en la privación, represión y huida ante todo lo que connotase sexo en el mundo de la mujer. En el aspecto educativo también se refuerza la relación de la madre con el hijo. La mayor parte de las sociedades de padres de familia en la escuela primaria están constituidas fundamentalmente por madres. El padre casi no participa en los problemas pedagógicos, de crecimiento ni de crianza de sus hijos. Hasta hace poco tiempo con muy poca frecuencia veíamos padres cargando a sus hijos.

Hemos vivido en una cultura en la que lo fundamental ha sido la relación con la madre. El padre ausente, por serlo, es anhelado. Una buena familia necesita ser triangular, debe descansar sobre la base de una adecuada relación sexual, de un juego recíproco en el encuentro genital. Una mujer adecuadamente satisfecha en sus aspectos genitales no brinda al niño el exceso de sus cargas no satisfechas. Hace muchos años venimos diciendo que lo que caracteriza a la familia mexicana es el exceso de madre y la ausencia de padre. El hombre mexicano carente de un padre que le brinde estructura va a buscar en aspectos formales externos aquello que no ha incorporado en su interioridad. Por eso hará alarde externo de una hombría, de una paternidad de la cual carece. Su dinero y recursos los empleará en objetos, cosas y diversiones que estereotípidamente han sido calificadas como masculinas. La pistola, el caballo, las espuelas, el sombrero de charro o el automóvil último modelo, en la actualidad, son atuendos externos que le permiten calmar su inseguridad masculina. La convivencia con hombres, la elusión de afectos

tiernos, de llanto, de trato cordial con la mujer le hacen alucinar que lleva dentro de sí mismo mucho hombre.

Son muchas las razones históricas que han permitido que la mujer sea devaluada. Ya desde Hernán Cortés, trato a la Malinche está revelando que una vez utilizada es objeto de regalo a un súbdito. Pocos inmigrantes hombres, muy valuados, conquistan y colonizan a un mundo de mujeres indígenas a las cuales pueden utilizar, minimizar e identificar con lo devaluado. Estas mujeres se van a refugiar en una maternidad exuberante cuando no encuentran en el varón la espina dorsal que las sustente. Hay un mundo de varones del cual son excluidas las mujeres, más acentuado en la clase baja. Las reuniones sociales discriminan y segregan a la mujer del mundo privilegiado de un hombre que tiene conversación interesante, chiste mordaz y grueso que no ha de contaminar la comunicación lineal e insustantiva de las mujeres. Una pequeña reseña del día de una familia de la clase media nos mostraría a una mujer que se levanta temprano, le sirve el desayuno a un señor gruñón que le ha brindado una sexualidad escasa y espaciada y que saliendo al trabajo, bien arreglado, a las nueve de la mañana, probablemente llegue a las dos de la madrugada. Esta mujer tan abandonada, tan frustrada, va a encontrar en la procreación el camino reparativo a las limitaciones en su calidad de compañera. Además el hombre espera que así lo haga, su expectativa es encontrar a la mujer cocinando y cuidando a los niños. Ella a su vez es la víctima abnegada y asexual. Los padres del mexicano pocas veces mostraron una fachada sexual y erótica enfrente de los hijos. El beso brilló por su ausencia y la imagen de ella, vinculada a la comida: se la visualiza sirviendo la

sopa, los huevos, el pequeño bistec de la clase media y la verdura y los frijoles. La madre, en la organización familiar del mexicano, ha sido totalmente desexualizada. Y el sexo es muy importante, tan importante como tener hijos.

El problema de la organización familiar en México es sustantivamente la ausencia de padre, el exceso de madre y la limitación sistemática del área genital entre los progenitores. Es preciso que no sea mal interpretado. En ningún momento he querido decir que la vida genital se tenga enfrente de los hijos pero es importante que proyecte su sombra en la cordialidad de la familia.

Es preciso que la mujer mexicana y el padre mexicano no interpongan más entre su relación recíproca a los hijos. Que se aprenda que el papel genital no está en contradicción ni tiene por qué oponerse al papel maternal.

Es importante señalar, siempre lo hemos hecho, que el problema básico de la estructura familiar en México es: el exceso de madre, la ausencia de padre y la abundancia de hermanos.

IV Problemas de un mundo en transición 1966

Los problemas que acontecen en un mundo de transición tienen una característica un tanto independiente del problema mismo, por simple o complejo que éste sea. Dicha característica deriva del escenario en que dichos problemas se dan. Un mundo en transición; la transitoriedad del mundo nos está hablando de un proceso cambiante notoriamente dinámico. Por tanto, no se trata tan sólo de afrontar la conducta en todas sus dimensiones, a las cuales después aludiremos, sino también, y esto importa mucho, nos tenemos que referir a ellas en una situación de cambio. El psicoanálisis es experto en conducta y la psicología es la ciencia de la conducta. A toda conducta le podemos imputar, desde diferentes ángulos, ciertas características: siempre está motivada, tanto en el hombre como en el animal; claro está que los troquelados que van a motivar la conducta son más estereotipados, rígidos y fijos en el animal. El cambio conductual en el animal no se modifica, o si se modifica lo hace tan lentamente que no percibimos mutación. Las pautas de comportamiento en el animal no cambian; lo que es más: si en cautiverio sometemos a un animal a una situación dada, digamos la agresión por parte de un rival, y al mismo tiempo impedimos que la pauta de comportamiento se lleve a cabo, nos encontramos con que el animal muere y su muerte es la consecuencia no de las heridas de las que ha sido víctima, sino de la tensión derivada del bloqueo de la pauta de comportamiento. Los

troqueles generadores de conducta, por un lado, o si se quiere las pautas de comportamiento, por otro, se encuentran cerradas en el animal a diferencia de lo que sucede en el hombre.

La praxis del animal, su hacer, no va a afectar su devenir. Más aún, no podemos hablar en rigor de un hacer y un devenir dialéctico en el animal.

En cambio los troqueles y las pautas de comportamiento del hombre se encuentran abiertas. Lo que el hombre haga o lo que con él se haga van a forjar su devenir, su suceder, su destino. Es equivalente decir: la praxis es el devenir y decir infancia es destino.

El hombre está haciendo su futuro y el animal lo trae hecho. El hombre nace en proceso de hacerse, el animal está hecho. El animal tiene escrito su destino en su filogenia y el hombre, en tanto tal, va a inscribir las características de su destino en su particular y especialísima ontogenia.

El troquel de una historia incompleta es entregado a una pareja parental, a una familia o a una generación. Son funciones de esta pareja, esta familia y esta generación completar para un hijo o para la siguiente generación el resto de la historia, hasta hacerlo devenir con un nuevo jalón.

La familia y la pareja y también la generación tienen, en general y en una cultura dada, intenciones similares. Cuando las intenciones de la generación con todas sus instituciones lingüísticas, sociales, religiosas, valorativas, etc., están en discrepancia con las intenciones de la pareja parental encargada de

transmitir el troquel cultural, a poco, la discordancia se manifestará y entrará en escena revelándose en la conflictiva del hijo de la figura parental, pues ha recibido pautas de comportamiento de naturaleza privada, cerrada, las que entrarán en conflicto con la pauta de comportamiento y los troqueles que la generación esperaba de ese sujeto. Es decir y sintetizando, las instituciones esperan que la familia vectora del troquel cultural aporte al individuo las características que, probabilísticamente, van a ser las más adecuadas para el logro de los propósitos del grupo cultural.

En otras ocasiones las instituciones culturales sufren un proceso de cambio, a una velocidad para la cual la familia no preparó a su progenie; entonces nos enfrentamos con un sujeto perplejo ante el cambio; sujeto que carece de praxis para enfrentarse a un devenir que le resulta ajeno. El control de la natalidad y la planeación de la familia es un suceder cultural que se ha vuelto realidad y para el cual frecuentemente los individuos, nacidos y formados en un mundo de varias décadas atrás, no estaban preparados.

El cambio individual, normal o patológico y el cambio social, también normal o patológico, al no adecuarse o no llevar la misma impronta entran en conflicto dentro de la estructura individual o dentro de la estructura social.

La conflictiva puede ser creadora o aniquilante. Cuando el juego dialéctico no plantea una exagerada lucha de contrarios el suceder histórico tendrá características dinámicas integradoras. Cuando el juego dialéctico es abrumador por una intensificación

desmesurada de los contrarios, nos encontramos con una incapacidad de éstos para el logro de una síntesis integrativa. Por el contrario cuando el juego de contrarios es nulo, el estatismo y la inercia son las características del proceso cultural.

En síntesis la cultura, supraestructura, con todas sus instituciones entrega a la familia el troquel con el cual espera que la misma modele las pautas de comportamiento del hijo.

Un sujeto, niño, a punto de hacerse o en vías de hacerse, es particularmente sensible a la praxis o al hacer que sus padres, con su conducta, tratan de imprimirle. Este hacer de los padres se volverá un devenir del sujeto en cuestión. Una vez más la infancia será destino.

En el proceso de la mestización del siglo XVI las características de la praxis determinaron devenires que explican la característica del mestizo y su conducta. El encuentro fue violento como se señala en el *Manuscrito anónimo de Tlatelolca*.

*En los caminos yacen dardos rotos,
Los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
Enrojecidos tienen sus muros.*

*Gusanos pululan por calles y plazas,
Y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
Y cuando las bebimos,
Es como si bebiéramos agua de salitre.*

*Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
Y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo, pero
Ni con escudos puede ser sostenida su soledad.*

*Hemos comido palos de colorín,
Hemos masticado grama salitrosa,
Piedras de adobe, lagartijas,
Ratones, tierra en polvo, gusanos. . .*

Cardoza y Aragón lo decía:

El corte de la tizona española no nos ha separado del mundo antiguo de la poesía primigenia y original, de nuestra carga explosiva y mágica. El mito se hizo carne. Al partir la tizona a la serpiente emplumada, los trozos cobraron nueva y vieja existencia. Y se internaron en las selvas y se escondieron por todas partes. Hoy reptan y vuelan en palabras, sangres y sueños, tan vivos como en códices, leyendas, frescos y monolitos.⁵³

Toda conducta tiene dimensiones múltiples, una de ellas es su génesis. La hemos analizado someramente en las líneas precedentes, en las cuales también indicamos el mayor o menor estatismo de la pauta conductual, del troquel o de los modos de comportamiento. En la síntesis del cambio, en el siglo XVI, la lucha de los contrarios fue tan intensa que sus resultados tuvieron características desintegradoras. Al hablar en estos o en parecidos términos, le estamos dando a la conducta una nueva dimensión, su dinamismo.

⁵³ Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano*, México, c.; 1965.

También la conducta tiene una dimensión estructural; cuando el hacer, génesis, praxis, infancia, se vuelve devenir tan sólo lo logra mediante el instrumento estructuralizado en la interioridad del sujeto. Lo que estuvo afuera, lo que hizo o se hizo con el sujeto, se internaliza y adquiere estructura con toda la riqueza dinámica inicial y con todas las variables presentes desde el principio.

También la conducta tiene una dimensión heurística, con ello connotamos la naturaleza propositivamente económica, homeostática de la misma. El propósito heurístico de la conducta la hace que mida y acote, que diga del beneficio o perjuicio que han de tener tal o cual movimiento, tanto para el propio sujeto como para el mundo en el cual habita y en el cual se mueve.

Es necesario señalar que si bien es cierto que la lucha de contrarios entre la praxis y el devenir o la infancia y el destino cobra características de un determinado dinamismo, no menos cierto es que a lo largo del tiempo y de las generaciones un sujeto con adecuada identidad va a tener una línea de continuidad consistente e ininterrumpida. Lo que es más, cuando en ocasiones la lucha de contrarios tiende a interrumpir la continuidad, la identidad, en forma soslayada, trata de volver a sus fueros restituyendo la oquedad que dejara la desolación. De allí que la serpiente emplumada busque reaparecer en nuevos moldes formales que a la vez que la encubran la conserven. El poeta León Felipe claramente lo intuye:

Llegan los españoles y te proponen adores a un dios muerto, hecho un coágulo, con el costado herido, clavado en una cruz. Sacrificado, ofrendado. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano

a todo tu ceremonial, a toda tu vida?... Pero a un dios al que no le basta que se sacrifique por él, sino que incluso va a que le arranquen el corazón.

¡Caramba, jaque mate a Huitzilopochtli!

En *El sentimiento trágico de la vida*, Unamuno lo dijo:

Ni a un hombre ni a un pueblo, que es en cierto sentido un hombre también, se le puede exigir un cambio que rompa la unidad y la continuidad de su persona.⁵⁴

Hasta ahora cuatro dimensiones: génesis, dinámica, estructura y economía. Una última, pero no por ello menos importante, la dimensión adaptativa de la conducta, con lo cual queremos expresar que las pautas de comportamiento se adecuan y establecen un nexo, el más logrado posible entre una necesidad, con su fuerza y presión, y el objeto.

⁵⁴ Miguel de Unamuno, *Antología*, Madrid, PCE, 1964.

V Patrones culturales en la vida genital y procreativa de la mujer, en particular en México 1972

Es obvio que el mexicano no pierde su identidad en la Independencia, muy antes de ella el había sido usurpada. Castas, criollos, mestizos y peninsulares formaban una diversidad de figuras que impedían la adecuada adquisición de una identidad medianamente configurada, inclusive en niveles de identidad sexual.

Durante muchos años pensamos que la Conquista había determinado tanto la adquisición de una identidad como la pérdida de otra. Pérez Martínez en esta línea de ideas expresaba:

El cuerpo de Cortés, caído en sedas y desgracias; Cuauhtémoc vuelto cenizas en la selva forman nuestra epopeya. Ambos fueron hombres de dos mundos que en nosotros se concilian y luchan. Tal es nuestra estirpe, y a tal linaje tal escudo.

Cuando escribíamos esto había una gran dosis de exageración. Suponíamos en forma casi absoluta que el haber perdido una identidad y adquirido otra era en forma total. Las crisis de identidad aún no resueltas desde los inicios de la cultura prehispánica subsisten y prevalecen.

En un relato de Zurita se muestran algunas características que el cuidado de la cría tenía en la cultura azteca:

Dábanles cuatro años leche y son tan amigas de sus hijos y los crían con tanto amor que las mujeres por no se tornar a empreñar entretanto que les dan leche se excusan cuanto pueden de ayuntar con sus

maridos, e si enviudan o quedan con hijo que le dan leche por ninguna vía se tornan a casar hasta lo haber criado y si alguna no lo hacía así parecía que hacía gran traición.

La incorporación, introyección y ulterior identificación con la figura materna era particularmente intensa desde el punto de vista cuantitativo. Es por esto que Elizabeth del Río dice:

El pueblo azteca expresó su primer ideal inconsciente, la unidad con la madre en la figura de una mujer virgen que da a luz al héroe; así establece un diálogo, acepta sin dificultad el paso de la primera persona, yo a la segunda persona tú (la madre), pero lo que no acepta es la intrusión de un tercero, el padre.

Para lograr el precario paso de este magno matriarcado al aparente patriarcado que exhibe el pueblo del Sol, fueron necesarias muchas instituciones coercitivas, muchos sistemas educativos, una gran cantidad de maniobras represivas y la alteración en la simbiología, el mito y el folklore de las cualidades bondadosas del diálogo yo niño, tú madre.

La misma autora señala: “En la cultura azteca la educación de los jóvenes tanto dentro de la familia como en las escuelas, se realizó bajo un régimen en el que la represión de los impulsos constituía el funcionamiento estatal” y agregaríamos: “La represión del 68 —como postula Paz— la gran pirámide”. Se imponía la necesidad de castigo. Las prohibiciones institucionalizadas contra la embriaguez. El temor de la cercanía tierna a Toci (la madre de los dioses) era aterrante en virtud de su gran intensidad. Sin embargo, el retorno de lo reprimido aflora en el mito, magia del centro,

pluma preñadora en lugar de falo fecundante: era preciso transformar las expresiones formales de la identidad tolteca tierna en muestras expresivas que dieran paso y canalizaran el sadismo; de aquí la guerra florida.

Este exagerado cuidado y prolongada lactancia a la cría posiblemente derivaban de grandes privaciones históricas debidas a la sequía. El origen del culto al agua y de la ansiedad ante la inanición son su consecuencia. Necitli-maguey-mexicas es el nombre y la filiación de este pueblo: en el aguamiel vieron los aztecas la leche materna. También como señala Gutierre Tibón “metl-luna; xi-ombligo; co-lugar. El lugar del ombligo de la luna”.

La máscara seductora de la madre buena se vuelve persecutoria y mala más que por culpa, por defensa y negación adaptativa. Tanto a través del folklore, la leyenda, el mito y las instituciones educativas se logra y cuaja la figura masculina de los caballeros tigres y caballeros águilas, evitándose así la persistencia en la identificación femenina temprana. Quizá no seamos “el pueblo del Sol” sino como una defensa para no ser “el pueblo de la Luna”. Atrás de nuestro aparente exceso de macho no se esconde sino nuestra inmensa hembra, la figura femenina que abre y cierra el calendario azteca: Malinalli y Xóchitl.

¿Estoy de verdad en la guerra?,
Ahora no soy guerrero
Mi lucha es con mujer.

Muy posiblemente los signos, los mitos y leyendas de carácter negativo referentes a la maternidad no son sino

formaciones reactivas y no al revés, frente al sentimiento oceánico derivado de la relación madre-hijo.

La mujer es progenie, no sexo. La alegradora tiene el vientre echado a perder porque ha dejado de ser un vientre de progenie y lo es de deseo.

La Malinche es objeto de sexualidad, mas no de progenie. Los preceptos obediencia, castidad, ayuno y busca del justo medio lograron con su enorme fuerza coercitiva reprimir a nuestra gran madre.

Del Río nos muestra con mucha claridad cómo la identidad del triángulo familiar con sus respectivos roles:

Está diseñado perfectamente desde el mundo náhuatl: el padre distante y temido, la madre pródiga y sobre-protectora, la sexualidad prohibida, la maternidad aplaudida. La regla de la vida que las instituciones educativas proporcionan, reprime las satisfacciones infantiles tempranas, la embriaguez severamente castigada, la risa y el estruendo subyugados, la templanza enaltecida.

La destrucción de las instituciones educativas prehispánicas a raíz de la conquista hizo que aflorara lo que se había reprimido. El niño insaciable de pecho nutricio careció a partir de entonces de los medios para hacerse un caballero tigre.

La desvalorización de la mujer en la vida azteca es una técnica defensiva para no regresar al matriarcado, todavía muy cercano y muy temido. Muchas reminiscencias de él aún persisten en las instituciones y en los sistemas de gobierno. Paradójicamente

quien quizá defendió con más fervor el patriarcado fue Tlacaéle, el Cihualcóatl de Izcóatl. La parte femenina de la pareja en el poder.

Tras la máscara del jaguar aún se oculta, persistente y subsistente hasta nuestros días, la Venus estealopígica de Tlatilco.

Los estudios de antropología cultural llevados a cabo por Margaret Mead, Abraham Kardiner, Ruth Benedict y otros, han puesto de manifiesto que muchas de las características consideradas como fundamentalmente femeninas, las que clásicamente se incluían en el carácter femenino, más que vinculadas a determinismos orgánicos se encuentran profunda y hondamente arraigadas a las instituciones culturales que otorgan determinadas pautas, ideales, metas y papeles atribuidos a la mujer y a sus funciones dentro de la cultura. Características como: pasividad, ternura, receptividad, falta de agresividad y temor al peligro, todas ellas consideradas en la cultura occidental como específicas de la mujer y derivadas *a priori* de su condición genética, tienen que ser revaloradas a la luz de la investigación cultural y del cambio social operado en las últimas décadas.

Desde un punto de vista formal, podríamos adscribirle a la mujer dos tipos fundamentales de expresión de su femineidad: realización femenina de tipo genital y realización femenina de tipo maternal. Estas dos series de expresiones pueden encontrarse ausentes, asociadas u operando alternativa y antagónicamente. Es frecuente que en las concepciones populares se asocie la realización cabal de una de las funciones con el éxito de la otra. Así se expresa que una realización orgásmica intensa necesariamente

debe acompañarse de fecundación; o por el contrario, se asocia la frigidez con la esterilidad e infertilidad. Una afirmación como la anterior está bien lejos de ser exacta y con más frecuencia encontramos que la cultura al realizarse en determinados grupos sociales o pueblos, antagoniza una función con la otra. Margaret Mead estudió la conducta sexual y procreativa en culturas primitivas relativamente simples. La ventaja de la utilización y organización culturales simplificadas es obvia, ya que las variables susceptibles de producir pautas de conducta son menores y, por lo tanto, la complejidad del análisis también es menor.

Los arapesh de Samoa son un pueblo perteneciente al archipiélago polinésico. La forma de educación brindada al niño guarda bastantes diferencias con la existente en la cultura occidental. Los arapesh son una sociedad de gente pobre, suave y trabajadora; cuando la niña llega a los seis o siete años es prometida a su futuro esposo, el cual es ocho años mayor que ella. Desde el momento del compromiso se traslada a casa del prometido, quien trabaja en compañía de su familia para mantenerla. Cuando llega la menstruación se llevan a cabo diversos tipos de ritos de iniciación, los cuales culminan con el ayuno. Durante éste, es el propio novio quien prepara a su prometida una sopa compuesta con distintas hojas de valor ritual; al finalizar el acto el novio le da de comer a su amada, como si se tratara de una criatura que aún no estuviese en condiciones de tomar por sí misma la cuchara. Después de varias cucharadas la novia sigue comiendo sola; tal parece que con ello se simboliza el que haya adquirido suficiente fuerza. A partir de este momento la sociedad los considera marido y mujer. Cuando surge alguna dificultad entre

el hombre y la mujer, el primero nunca apela a su condición masculina; se ignora la frase tan común en nuestra cultura de “porque soy el hombre”, por el contrario, se expresa: “Yo trabajé el sagú, cultivé el ñamé, maté el canguro e hice tu cuerpo. Yo te hice crecer, ¿por qué no me traes la leña cuando te la pido?” Como se ve, el hombre tiene derecho sobre la mujer, porque mediante sus sacrificios y su esfuerzo la nutrió y la hizo crecer. Durante las primeras semanas del embarazo de la mujer el marido está obligado a realizar el coito con más frecuencia, creyéndose que el semen alimenta y hace crecer al feto. En esa cultura las madres suelen ser muy cariñosas con sus hijos y los niños muy bien recibidos en la comunidad; la lactancia es prolongada y la relación entre la madre y el hijo está cargada de afecto. El niño mama cada vez que lo exige, sin existir horario determinado; la lactancia se prolonga hasta los dos o tres años de edad. Cuando el hijo es destetado pasa a ser atendido y cuidado por los hermanos mayores, a los cuales desde temprano, en particular a las niñas, se les responsabiliza del cuidado de los menores. Es decir, que desde muy temprana edad las niñas se identifican con su propia madre, teniendo hacia sus hermanos actitudes maternas. En la vida samoana los patrones culturales no son particularmente competitivos, se trata de un pueblo alegre y con pocas aspiraciones. La vida sexual de las niñas se inicia precozmente. Esta organización cultural, tan brevemente reseñada, fue estudiada por Margaret Mead con el objeto de disipar algunas aseveraciones que se habían aceptado apriori. Efectivamente, la autora fue a Samoa con la idea de investigar si lo que denominamos adolescencia era un producto de modificaciones glandulares o el resultado de una

organización cultural y social. Encontró que las muchachas de Samoa no sufrían la adolescencia tal y como sucede en nuestra cultura occidental; es decir, que pese a una modificación glandular presente en dicha edad, la tormenta psicológica denominada adolescencia no existía. Fue así como logró concluir que existían determinadas situaciones vitales que eran el resultado de la cultura donde se vive y no de cambios físicos. Como señalamos en otro trabajo, la autora no pudo descubrir en esta cultura esterilidad, frigidez y tampoco trastornos en la lactancia. Como dato particularmente ilustrativo afirmaremos que entre los arapesh no existe el suicidio.

Una cultura contrastante con la anterior, es la que describió Kardiner en las Islas Marquesas. Se trata de gente fuerte, alta, hermosa, de carácter violento y orgulloso; los hombres son antropófagos y la organización cultural se está extinguiendo. La región es muy rica, pero a consecuencia de sequías intermitentes se sufren épocas alternativas de hambre. Desde el punto de vista demográfico hay dos y media veces más varones que hembras. En una comunidad conviven el jefe de la familia con su mujer y dos o tres maridos secundarios. En comunidades más adineradas, pueden convivir el jefe, su esposa principal, dos esposas más y unos once o doce hombres. Los celos no existen en el sentido occidental de la acepción de la palabra; el jefe trata de tener una esposa hermosa que atraiga hombres a la comunidad. La mujer le sirve al hombre únicamente de objeto sexual, es muy apreciada y muy odiada por la gran dependencia sexual que el varón tiene para con ella. La mujer, para satisfacer al marido principal y a los múltiples maridos secundarios, tiene que renunciar a sus instintos maternos. El

periodo máximo de amamantamiento es de cuatro meses, quedando el niño después al cuidado de los maridos segundones. La adopción es muy frecuente y se practica en esta forma: cuando un jefe de familia poderoso tiene interés en adoptar un niño, lo puede pedir a cualquier comunidad doméstica donde haya una mujer embarazada. No satisfacer esta petición es una ofensa que trae aparejadas crueles venganzas entre ambas comunidades. Por todo esto, la madre, aún antes de tener a su hijo ha de renunciar totalmente a él.

En resumen, la mujer en el aspecto sexual se encuentra en una situación de privilegio frente al hombre; desde el punto de vista social en un plano de igualdad casi absoluta; pero privada del goce de la maternidad por perder prácticamente a sus hijos pocos meses después del nacimiento, no puede amarlos ni recibir el cariño de ellos. Las consecuencias de todo lo anterior son: rechazo del embarazo mediante prácticas anticonceptivas, aborto o baja natalidad. La mortalidad entre las embarazadas y parturientas es más alta que la que podría explicarse como consecuencia de la falta de higiene.

La gravidez simulada, pseudociesis, es particularmente frecuente en las Islas Marquesas. En la mitología folklórica hay dos tipos de personajes: los fanauasy las ehiw'nai. Los primeros son hombres que murieron al servicio de una mujer; si ésta quiere mal a una rival le manda a sus fanauas para que le destruyan el feto en su interior (explicación mágica del por qué la pseudociesis no culmina en embarazo real) o para que la mate en trabajo de parto.

Las vehinimai son mujeres salvajes, destruyen y roban fetos y se apropian de los niños pequeños para comérselos.

El hombre sufre de niño en la cultura marquesa iguales privaciones orales que la niña y de adulto tiene una dependencia sexual tan intensa de la mujer que lo obliga a odiarla. En los cuentos folklóricos, como señalábamos, aparecen las ogresas, mujeres disfrazadas de jóvenes hermosas que amenazan con comerse al hombre a menos que éste les dé satisfacciones sexuales permanentes. En las Islas Marquesas la homosexualidad entre los hombres es habitual pero caracterizada por prácticas de felacio y no por coito anal; el suicidio es un fenómeno conocido y común.

En Samoa, donde la niña es bien tratada y bien alimentada, el embarazo es recibido con gusto. En las Marquesas por el predominio de sujetos del sexo masculino, la maternidad es considerada como algo no deseable y molesto. Es evidente que los resultados bien pronto se dejarán sentir. En una y otra organización la mujer responde de acuerdo con las demandas que le hace su propia cultura: fecundidad en un caso y esterilidad en el otro.

Este material antropológico, más otro que no es citado, hace que Mead exprese:

...muchos, si no todos, de los rasgos de personalidad, que llamamos femeninos o masculinos, se hallan tan débilmente unidos al sexo como lo están la vestimenta, las maneras y la forma de peinados que se asignan a cada sexo, según la sociedad y la época.

Si por un momento tratamos de extrapolar el material antropológico antes señalado a diferentes áreas de la cultura occidental, podríamos decir que el tipo de conducta procreativa y maternal existente entre los arapesh es bastante parecida a la conducta procreativa y maternal que prevaleció en nuestra cultura hasta antes de la Revolución Industrial. La maternidad es bien recibida, las prácticas anticonceptivas poco utilizadas y la lactancia amplia y generosa. Este tipo de conducta procreativa también es la común en nuestro medio actual, tanto en las clases proletarias como en las sociedades de tipo rural. Por el contrario, las pautas presentes en las Marquesas son la caricaturización de lo que observamos en nuestra actual cultura occidental, en particular en las clases media superior y alta y en las zonas urbanas fuertemente industrializadas.

Con mucha frecuencia hemos señalado que en la cultura mexicana, viviéndose como antagónica la satisfacción genital y procreativa, la mujer poco satisfecha y realizada en su conducta genital, compensa vicariamente la falta de seguridad y apoyo que debiera obtener del compañero en una maternidad exuberante y prolífica, dándole al hijo la protección y apoyo que ella no recibe de su compañero. Prueba de ello es el dato expresado en el último censo: cuatro de cada diez madres carecen de compañero. En estas condiciones, en particular en la clase popular, los trastornos procreativos de origen psicógeno son bajos y todo esto ya desde antes de la conquista, como se dijo anteriormente.

Por el contrario, en las clases media alta y alta, sustancialmente transculturadas a formas sociales anglosajonas, la

satisfacción en niveles de expresión genital es particularmente Óptima y la participación de la mujer en instrumentos de cultura considerados hasta antes de la Revolución Industrial como típicamente masculinos es cada vez mayor. Las limitaciones de la función procreativa mediante medidas anticonceptivas, la interferencia del embarazo y de la procreación en la vida social y cultural de la mujer; la lactancia exigua, el abandono temprano de los hijos ya por el trabajo, ya por la vida social, están transformando la vida procreativa de la mujer en algo precario y limitado que está haciendo de nuestro mundo contemporáneo un universo bastante similar al de las Islas Marquesas. Mundo poblado de ogresas, promiscuidad genital en donde las clases adineradas frecuentemente funcionan en forma similar a como lo hace la mujer marquesa, un marido principal y múltiples segundones.

Cualquier actitud extrema, ya aquella que limita la satisfacción genital, ya aquella que frustre la satisfacción procreativa, necesaria e inevitablemente cobijan dentro de sí fuentes de patología que tarde o temprano se pondrán al descubierto.

En esta muy apretada y condensada síntesis nos ha movido el intento de hacer ver que el ser humano no tan sólo es un conjunto de órganos, sino que también es historia y cultura. De la misma manera que la expresión plástica es manifestación de un proceso cultural, también el síntoma y la manera de ser son una objetivación de la cultura en la cual el ser humano se desarrolla, se angustia, goza y sufre.

Resumiendo, a la mujer se le pueden atribuir dos tipos fundamentales en la expresión de su femineidad, las cuales pueden operar en diversos tipos de combinaciones, a saber:

- a) expresiones en la realización femenina de tipo genital, y
- b) expresiones en la realización femenina de tipo maternal.

Las diferencias culturales producen desigualdad en las mujeres arapesh de Samoa y en las mujeres de las Islas Marquesas, observándose que la mujer responde de acuerdo con las demandas que le hace su propia cultura: fecundidad en un caso y esterilidad en el otro.

Esto nos conduce a un hecho de extrema importancia. Madres rechazantes con sus hijos, madres que dan poco amor y calor a los niños, condicionan potencialmente la presencia de mujeres estériles. A veces las cosas no son tan simples porque ocasionalmente una madre puede ocultar a los ojos de los demás y a sus propios ojos el rechazo que tiene frente al hijo, extremando en forma obsesiva los cuidados higiénicos y dietéticos, pero estas atenciones nunca son capaces de suplir el verdadero afecto.

En la mayor parte de las ocasiones la mujer estéril y con trastornos durante el embarazo nos negará haber tenido una madre rechazante y fría cuando la interrogamos directamente. Sin embargo, en la labor analítica nos encontramos en forma sistemática con que la madre de la mujer estéril fue una mujer que por diversas circunstancias la rechazó, le dio poco afecto o condicionó en la niña situaciones emocionales poco propicias para

una identificación maternal. En nuestra actual cultura urbana, con incremento creciente de la esterilidad lo que señalamos resulta lógico si pensamos que la vida actual, con sus dificultades económicas, sus problemas y vicisitudes hacen poco deseables a los hijos. Vivimos en una cultura que demanda del ser humano, en este caso la mujer, cualidades y aptitudes cada vez más alejadas de la satisfacción procreativa. Esto trae como consecuencia que la mujer se encuentre ante un dilema muchas veces irresoluble. Optar por su condición maternal, satisfaciendo sus necesidades en esta tarea u optar por renunciar a satisfacciones procreativas por otras gratificaciones de tipo social: trabajo, participación en la cultura o genital. Según las estadísticas de Güemes Troncoso, el 70% de las mujeres son frías. Muy frecuentemente el síntoma es el resultado de una transacción ante el problema.

En estas circunstancias, las de familias cortas, en las cuales los problemas de rivalidad se ven agravados por el escaso número de miembros, el nacimiento de un hermano adquiere proporciones traumáticas que no tenían las organizaciones familiares de hace un siglo, en las cuales la niña adoptaba en forma natural un papel maternal a edad temprana, ayudando así a la madre en el cuidado de sus hermanos menores. El nacimiento de un hermano menor tiene hoy en día una significación que no estaba presente en la familia de hace un siglo. Hoy la mujer tiene que distribuir su tiempo entre el trabajo, las actividades sociales y culturales y los hijos. Estos, los hijos, ya con una dieta insuficiente de afecto y de contacto emocional con su progenitor, tienen que afrontar el nacimiento de un hermano, sobre una tasa de amor ya escasa. Por eso el nacimiento del hermano adquiere en nuestra cultura

proporciones tan dramáticas. El anterior no es, claro está, siempre el caso. En una familia judía el nacimiento de un hermano varón después de tres niñas, adquirirá significación en función de la valoración que la cultura judía da al varón. En este caso la hermana mayor, la niña, se verá privada de afecto o sentirá la preferencia de los progenitores al hermano, pero las razones serán diversas.

Consideramos que la esterilidad y los trastornos del embarazo al igual que la hipertensión, se encuentran presentes con mayor frecuencia en los estratos sociales altos; también con frecuencia es mayor en la consulta privada.

Podemos concluir que la frigidez, la esterilidad y los trastornos del embarazo son el resultado de una relación inadecuada entre la niña, futura mujer frígida o estéril, y su madre.

Cada mujer vivirá su ciclo sexual, ovulación y menstruación y sus deseos genitales, así como sus funciones procreativas, de acuerdo a su particular historia personal. Unas se alegrarán al llegar la menstruación, como índice de haber podido sortear una relación penosa y peligrosa. Otras, en las que existe un conflicto entre el deseo procreativo y el temor a embarazarse reaccionarán de manera ambivalente: se sentirán, por un lado frustradas en su deseo de concebir y por el otro, liberadas de ese temor. Cosa similar se puede decir acerca de la ovulación, proceso que los analistas estamos acostumbrados a detectar a través de los sueños o cambios de humor de las pacientes. Hay mujeres que en el intermenstruo están angustiadas ante la percepción inconsciente del peligro que significa la ovulación. Este tipo de mujeres con

intenso temor al embarazo se muestran habitualmente frías y rechazantes en el intermenstruo, a diferencia de la mujer normal. Racionalizan el motivo para rechazar al compañero alegando motivos baladíes: falta de atención personal, disgustos o gestos determinados; la realidad es otra, condicionan el disgusto y el pleito ante el peligro del coito fecundante. Otras mujeres, por lo contrario, las hiperfecundas, reivindicarán contra cualquier técnica anticonceptiva o ausencia de contacto sexual en el momento fértil valiéndose también de motivos triviales.

VI Expresiones psicológicas en la plástica de dos pintores mexicanos, 1961

El ser humano, atado a su mundo y vinculado al pasado, se ve precisado a realizar las urgencias de su biología. En su historia individual el hombre nace a la vida necesitado y deseoso. Pese a que las necesidades y deseos que se traen a la vida son parecidos, el destino individual y específico de ellos hacen que difícilmente un ser humano sea igual o parecido a otro. Entre la comunidad de necesidades y la divergencia de expresiones se ha interpuesto el ambiente. Este, multiforme y diverso, amable y frustrante, complejo y distinto es proteiforme. En psicología expresamos que las necesidades entran en contacto con objetos. La vicisitud de la necesidad siempre es el resultado de la interacción entre el sujeto y el objeto; la psicología trata de sistematizar y estudiar las características de los objetos que entran en contacto con las necesidades, así como el efecto que la manera específica de ser y proceder del objeto acarrea en la necesidad. La conducta del hombre, en sus múltiples manifestaciones, es el resultado transactivo entre una biología y un ambiente. La necesidad nutricia, de contacto, de expresión motora, de afecto o sexual, pueden encontrar un ambiente diverso para su ulterior vicisitud. Cuando el ambiente propicia la necesidad, la resultante puede ser simple y llanamente la satisfacción de la misma; cuando el ambiente la prohíbe o frustra en su expresión, haciendo uso para ello de las

medidas coercitivas que tiene a su alcance. La necesidad, al desplazarse de un sitio a otro, puede satisfacerse vicariamente o bien reprimirse, adecuada o inadecuadamente; o, por último, expresarse en forma desplazada pero prescindiendo de la satisfacción directa, en tanto necesidad biológica; es así como se exhibirá en forma socialmente aceptada y reconocida: es decir, se habrá sublimado.

De momento recuerdo dos ejemplos clínicos ilustrativos para ejemplificar lo que vengo diciendo. El primero, de mi cosecha, se desarrolla en las siguientes condiciones: ante la ausencia de la madre, objeto anhelado y necesitado, un pequeño niño empieza a llorar. Al poco tiempo de hacerlo y ante el fracaso propositivo del llanto, el grito se empieza a hacer más rítmico, adquiriendo las características y la tonalidad melódica del arrullo; paulatinamente, las lágrimas van cesando y una de ellas se queda adherida al párpado del pequeño. Jugueteando con la lágrima y los dedos, el niño empieza a hacer que la luz, al reflejarse en la esfera cristalina de su llanto transforme y dé policromía a los objetos de alrededor, como si fuera un caleidoscopio. La imagen visual lograda, al unirse con el cambio de modulación de la voz, de pronto hace que el niño se tranquilice; la voz poco a poco deja de ser la de él y a ser percibida como de sí mismo; sus tonalidades se mimetizan con el canto que la madre usa para dormirle y las imágenes, de múltiples y fragmentadas, van cobrando poco a poco la integridad y aspecto del esquema maternal. El niño a través de su juego ha dejado de estar solo, alucina que su madre se acerca y le canta, el llanto se transforma en risa y él se queda dormido.

El otro ejemplo nos lo aporta Freud: un niño en forma sistemática y repetida juega a alejar de sí y después acercar un pequeño carrete. El juego se repite monótona y sistemáticamente; el sentimiento de poder dominar y manipular el acercamiento y alejamiento del carrete, dan al niño una sensación de plenitud y regocijo difícilmente descriptible. En su juego, a diferencia de lo que sucede en su problemática habitual, el niño puede acercar y alejar el objeto a su antojo. El objeto real, la madre de sus ansias, no es dominable; su acercamiento y alejamiento están condicionados por factores que el niño no puede aprehender; la presencia o ausencia del ser amado le es ajena, en tanto que por el contrario, el carrete se puede manejar y manipular fácilmente.

En ambos ejemplos, simples y cotidianos, encontramos varios factores en común. Los dos niños experimentan el abandono en forma traumática y trágica, ninguno de los dos está dispuesto a aceptarlo, las posibilidades motoras de ambos hacen que no les sea posible modificar la situación externa en un sentido realista, es decir, ninguno de ambos puede acercarse hacia sí y a su antojo a la madre; ambos se ven precisados a realizar maniobras transactivas para apaciguar y mitigar la situación traumática. Los dos niños hacen, el uno con el carrete y el otro con la imagen alucinada, un juego; en él, pueden manipular al objeto, hacer activamente lo que pasivamente sufrieron, de sujetos manipulados se transforman en manipuladores; al mismo tiempo empiezan a desarrollar su fantasía y a utilizarla como sustituto de la acción.

No solamente las necesidades de amor, afecto y calor pueden y deben ser sustituidas, desplazadas y transformadas;

también y con más razón, las tendencias hostiles deben sufrir una represión y un desplazamiento.

La dependencia que el niño tiene de los objetos que le rodean, la necesidad de recibir satisfacciones de los mismos hacen que la hostilidad, al movilizar el desamor del ambiente, sea fuertemente reprimida. De prevalecer los motivos que la generan, usará subterfugios y subrogados para lograr su expresión; por otra parte, el yo del sujeto, dependiente del amor y aprobación del objeto externo, lucha denodadamente en contra de la exteriorización. La transacción resultante de ambos impulsos de dirección antagónica acarrea modificaciones en la conducta. Un destino de la hostilidad es el de poner en movimiento defensas suplementarias en el yo, llamémoslas formaciones reactivas. Para un observador ajeno al proceso dinámico se pondrá de manifiesto más amor del realmente existente o del necesariamente expresable. Las manifestaciones amorosas del niño o del hombre hacia el objeto se hipertrofian, se hacen innecesarias, bizarras e inadecuadas ante el estímulo que las genera. Todos los rasgos psicológicos caracterizados por lo excesivo nos hacen suponer una formación reactiva latente de signo diverso; una excesiva melosidad y cortesía, inadecuada a las pautas que la producen, habla de sentimientos subyacentes antagónicos. Una bondad y comprensión excesivas, caricaturescas e inmotivadas, frecuentemente expresan incompreensión y maldad latentes. Un ejemplo clínico más: un niño muestra una excesiva y alambicada mezcla de actitudes positivas hacia su hermano que acaba de nacer; está particularmente preocupado por sus alimentos, la temperatura de la pieza, la adecuada colocación de la ropa en la

cama; conscientemente expresa el deseo de que el hermanito crezca, se desarrolle bien, respire adecuadamente y no contraiga una enfermedad. Tal conducta es tan bizarra como la del amante preocupado por la salud del marido, rival y cortapisa en la expresión de amor a la mujer amada.

Un destino de la hostilidad es el desplazamiento. Podemos odiar a un objeto del que no dependemos y así preservar al objeto primitivamente odiado del cual pende nuestra satisfacción y realización vital. Es fácil expresar hostilidad hacia el empleado subalterno y mostrar exceso de melosidad al jefe de quien deriva nuestro sustento. En psicología colectiva, los gobernantes, consciente o inconscientemente conocedores de este mecanismo, ubican la hostilidad en forma desplazada en algún chivo expiatorio; en la dinámica de cualquier ismo —comunismo, fascismo, etc.—, se precisan dos componentes psicológicos, la formación reactiva, incrementadora del amor, poco objetiva y realista hacia una doctrina determinada y la necesidad de colocar la hostilidad, primitivamente suprimida, en un perseguidor. El nazismo necesita de la adoración a una doctrina de dudosa filiación científica, según la cual se enaltecen las características de la raza germánica y su origen indoeuropeo; la hostilidad de manera sustitutiva se coloca en un antisemitismo rabioso, según el cual el judío es chivo expiatorio de necesidades destructivas.

La posibilidad de comprender la conducta como estructura dinámica, derivada de la interacción de fuerzas operativas e inconscientes, en ocasiones antagónicas y contradictorias, ha sido el resultado de la observación sistemática, clínica y metodológica, a

lo largo de varias décadas de trabajo científico. La ciencia que opera con estas fuerzas, valorándolas, midiéndolas y observándolas es el psicoanálisis.

El ser humano resuelve su problemática biología-ambiente mediante síntomas, caracteropatía o conducta antisocial; en ocasiones más raras la problemática se resuelve a través de la creación o en la ideología.

La creación estética es el resultado de una problemática; la motivación nunca queda excluida por trascendente que sea la obra creadora.

Bergler, estudiando la actividad creadora y la psicología operante en la mentalidad del artista, encuentra lo que él denomina “triada oral”. Para él, el artista se coloca en condiciones emocionales de privación, que en un segundo tiempo justifican el autodarse a través del juego creativo. En un tercer tiempo, la aprobación del público mitiga los sentimientos de culpa puestos en juego por los elementos anteriores. De acuerdo o no con los puntos de vista de Bergler, afirmamos que la privación es el motor de todo acto creativo; la perogrullada anterior de ninguna manera resuelve el problema que venimos planteando; podemos afirmar que la privación es el motor de todo acto y no tan sólo del creativo. Muy lejos estamos de comprender las determinantes que hacen que enfrente de la privación un ser humano haga un síntoma y otro realice una obra maestra. La génesis íntima de la sublimación nos es desconocida. Sin embargo, en el movimiento de sublimación, de la misma manera que en el movimiento sintomático, encontramos

características que particularizan y diferencian una producción de otra. En el síntoma obsesivo, pese a la comunidad dinámica que lo pone en movimiento, encontramos elementos que lo particularizan y diferencian del síntoma histérico o paranoico. En los tres casos, el síntoma es el resultado de un conflicto, de una transacción entre necesidades de objeto, urgencia de expresión y ocultamiento, supresión y represión. Sin embargo, hay elementos diferenciables que particularizan e identifican a uno y a otro síntoma. Así como podemos individualizar y especificar lo singular en un síntoma, así también podemos especificar e individualizar lo singular en una sublimación. La obra creada por Bach y Debussy son producto de una sublimación y comunes en tanto ello, pero en una y en otra existen componentes que las individualizan.

En el núcleo profundo de toda estructura personal, en la raíz más íntima de toda individualidad, encontramos una situación donde prevalecen el temor a la soledad, el temor a perder los vínculos y relaciones que nos determinan y condicionan. A esta situación se le llama en psicología situación depresiva básica. El ser humano se protege y defiende con múltiples mecanismos ante la amenaza de perder su relación con el objeto primordial del cual depende.

El yo cuenta con un dispositivo que le anuncia y previene ante la posible pérdida del objeto, este dispositivo es la angustia; como señala Freud, la angustia es la reacción a una situación peligrosa, a una pérdida o una privación. Una vez movilizado este dispositivo fisiológicamente predeterminado, el sujeto tiende a deshacerse de él poniendo en juego para ello lo que en psicología

se denominan mecanismos de defensa. Tanto en el movimiento sintomático como en el movimiento sublimatorio se encuentran presentes la angustia latente y los mecanismos de defensa.

Los mecanismos de defensa que pone en juego un artista y una época no son ajenos a los valores y características de ese artista y esa época.

El síntoma guarda estrecha relación, en su estructura, con el resto de la personalidad psíquica del sujeto.

En las siguientes líneas voy a revisar someramente la creación plástica de dos pintores mexicanos, tratando de describir los mecanismos operativos en su sublimación. Trataré de acercarme en forma panorámica a las realizaciones creadoras de Diego Rivera y de José Clemente Orozco. Nos vamos a referir a las realizaciones más características, correspondientes a la madurez de ambos pintores; eludiremos la referencia a todos aquellos pasos, por importantes que sean, que corresponden a la búsqueda del estilo específico del pintor.

Más allá de los mecanismos defensivos puestos en juego en la creación plástica de estos artistas la emergencia de contenidos, consciente o inconscientemente expresados, nos harán reflexionar en el mensaje psicológico y emocional de la obra, incluido en algunos aspectos dinámicos de la problemática mexicana.

DIEGO RIVERA (1886-1957)

El análisis más somero de la obra de Rivera, nos lleva inevitablemente a una de sus características más notables: la exuberancia. De ella, Xavier Villaurrutia ha expresado:

Una de las características del pintor Diego Rivera es sin duda alguna la exuberancia. Perteneció Diego Rivera a una línea, a una familia de artistas que no reprimen su temperamento ante las tentaciones del mundo externo que se presenta a sus ojos, que tienen al alcance de la mano. Y si es verdad que uno de los modos de vencer una tentación es caer en ella, pocas son las tentaciones en que este pintor no haya caído y de las que no haya salido victorioso.

Esta avidez de verlo todo, de todo gustarlo y todo captarlo y de tenerlo en la inmóvil presencia de lo mutable que es la pintura, hace de la obra de Diego Rivera un mundo en que reina la abundancia suma... Correspondiendo a esta voracidad y a esas incontables aproximaciones y contactos con la realidad, la obra del pintor no puede ser menos que exuberante y numerosa.⁵⁵

Si no basta esta aseveración clara y comprobable por cada uno de nosotros, podemos aportar el cálculo realizado por Susana Gamboa, según el cual, el total de superficie pintada por Diego Rivera en su obra mural fue, hasta los cincuenta años de su labor artística, de 3 969.39 metros cuadrados.⁵⁶

⁵⁵ Xavier Villaurrutia, *Diego Rivera, 50 años de su labor artística*, México, INBA.

⁵⁶ Susana Gamboa, *ibíd.*

La exuberancia no es sólo cuantitativa sino cualitativa, en cualquiera de sus murales, sobre todo en los de la Secretaría de Educación, en los del Palacio de Cortés y en los de la escalera del Palacio Nacional; la profusión de figuras, la multiplicidad de temas, la superposición prolífica de formas es definitiva y categórica. Parece como si el pintor evitara los espacios libres, las pausas y la distancia entre una y otra figura; todo se amalgama y funde bajo el genio de su actividad creadora. Su hombre y su mundo se desarrollan en una superficie carente de paisaje. La abundancia adquiere proporciones extremas; la historia que ha absorbido, los sentimientos que ella le provoca, su ideología, puntos de vista, afectos, aversiones, esperanzas, objetos cercanos: familia, escuela, amigos, enemigos, objetos de veneración y burla, todos, en una síntesis dialéctica se antagonizan y contraponen en la obra creadora. La manera de comunicarse es caudalosa y abundante como un manantial, la necesidad de expresión es avasalladora. La necesidad de síntesis, indispensable para dar unidad a tanto elemento dispar, es igualmente exuberante, solamente así puede hacer del caos cósmico y personal una imagen coherente e integrada. En ocasiones, la necesidad de crear una unidad —que se dé simultánea a sus simpatías y diferencias— lo lleva a mentir en su obra plástica; la mentira, al igual que los restantes elementos, es hipertrófica y enorme, magna y tremenda.

Al lado de este cosmos, donde rara vez aparece el paisaje, el color es brillante y nítido, el blanco da la tónica: blanco alcatraz, blanco caballo, blanco túnica, siempre fuerte y radiante, acompaña a todo lo que ama: a la vendedora de flores, a la mujer agobiada

por el peso de los alcatraces, al caballo de Zapata, a la masa de maíz.

Al ver una pintura de Diego Rivera conocemos sus ideas y puntos de vista, personales e íntimos. En su cosmovisión genial y grandiosa los elementos teóricos son simplistas: existen dos pares antagónicos que, en diferentes niveles jerárquicos, se pueden reducir a lo bueno y lo malo. Bueno es el mundo indígena luminoso y radiante, bueno el obrero que sufre el vejamen y explotación del patrón, buena la técnica que en un afán idealista de realizaciones se habrá de poner al servicio de quienes sufren. Malo lo hispánico, el capital y el clero. Todo ello con un carácter simplista y grandioso, infantil e ingenuo.

Diego como un niño instruido y bueno todo lo clasifica y viste con la genialidad de su color, todas las luces las pone al servicio de lo que podemos llamar objetos buenos, todas las sombras al servicio de los objetos malos. En él no existen situaciones intermediarias ni contradicciones internas, conciliación de los contrarios, relatividad de valores, retorno de la bondad en lo malo y de la maldad en lo bueno; todo ello es ajeno a su estructura emocional.

Con lo descrito hemos señalado algunas características psicológicas implícitas en la obra del pintor: exuberancia, profusión, tendencia a simplificar necesidad de mentir para evitar contradicciones internas, tendencias a negar para no poner a prueba su sentimiento de compañía y, por último, una técnica específica para dominar la soledad. Mentira que el hombre esté

solo y pleno de una problemática interna; los problemas tan sólo son externos: hubo una época en la que no existieron, volverá otra en la que dejen de existir. Mediante algunos cambios en la estructura social: haciendo al rico menos rico y al cura menos gordo, la problemática del hombre se habrá resuelto. A esta técnica con la cual resuelve las urgencias planteadas por la soledad y la depresión la llamamos en psicología técnica maniaca; en el psiquismo normal corresponde a ese estado de ánimo llamado exaltación.

La pintura de Diego Rivera es la expresión magnífica genial de la hipomanía y exaltación llevadas a sus últimas consecuencias.

Al principio de este capítulo señalarnos que las leyes que rigen el proceso de sublimación no se dan aisladas; por el contrario, se encuentran presentes en las restantes áreas de la personalidad del artista, áreas ajenas a la actividad creadora propiamente dicha. Diego Rivera es exuberante más allá de su obra, también lo es en su vida, Así nos lo describe Frida Kahlo:

Su forma: con su cabeza asiática sobre la que nace un pelo oscuro, tan delgado y fino que parece flotar en el aire, Diego es un niño grandote, inmenso, de cara amable y de mirada un poco triste...

Viéndolo desnudo, se piensa inmediatamente en un niño rana, parado sobre las patas de atrás.⁵⁷

Diego Rivera, efectivamente, era un niño grandote y gordo; en la estructura psicológica del obeso prevalecen los mecanismos

⁵⁷ Frida Kahlo, *ibid.*

de tipo maniaco que hemos descrito. Su manía trasciende su pintura, toma forma en sus mentiras, en su capacidad de trabajo y en su agilidad y rapidez mentales. Recordamos sus mentiras ingenuas con las que recreaba y molestaba a sus amigos y enemigos. Con frecuencia hablaba de las propiedades dietéticas del pus y de la carne humana.

La percepción inconsciente de su forma de ser se expresa en muchos de sus cuadros, en el Sueño de una tarde dominical en la Alameda se pinta a sí mismo como un niño que aparenta diez o doce años, gordo, coleccionador de sapos y tendiendo la mano a un esqueleto femenino que lleva en el cuello, a manera de piel, una serpiente. La interpretación consciente es manifiesta: Diego Rivera le da la mano a la calavera que tantas veces representó José Guadalupe Posada.

En el catálogo de los personajes de Diego Rivera, las mujeres aparecen divididas en buenas y malas. Las mujeres indígenas son afectuosas y cálidas, cargan niños, flores, trabajan e incluso la prostituta del mercado de Santiago es alegre y cordial. Al lado de ellas se encuentran las mujeres malas que, en los murales de Educación, se cortan el pelo y beben licor con banqueros y prelados. La división es simple y esquemática, evita toda problemática interna.

Diego Rivera pinta incansablemente de la misma manera que el obeso come sin descanso. Frida Kahlo expresaba:

Puede pintar horas y días sin descansar, charlando mientras trabaja.

Habla y discute de todo, absolutamente de todo gozando, como Walt Wíthman (otro genio exuberante, obeso y maniaco), con todos los que quieren oírlo.⁵⁸

Vamos a aportar algunos datos históricos explicativos de la especificidad con la cual Diego Rivera resolvió el problema de su soledad primitiva; en forma magistral nos han sido descritos por Germán Wenziner. El libro de Loló de la Torriente apareció después de escrito este capítulo y aun cuando aporta datos adicionales confirmatorios en nada rectifica las ideas previamente descritas. Recomendarnos muy particularmente esta obra a aquellos que quieren profundizar en la vida del pintor.⁵⁹

Nos dice Wenziner:

Contaba un año y medio cuando murió su hermano gemelo. Tornóse un niño anémico y débil, sus padres llamaron a su nodriza Antonia, quien vivía en la montaña, para confiarle el niño. Llevóselo a las alturas que se levantan entre Guanajuato y Dolores Hidalgo. Su permanencia en aquellos parajes constituyó la introducción en el mundo de las formas. A la vez, fue la gran aventura de su vida, la que debía dejar una huella permanente en su pensamiento y en su arte. Aún después de sesenta años, cuenta Rivera cómo se acuerda con precisión de los acontecimientos del viaje, y agrega que todavía resiente la intensa emoción que se apoderó de él ante la revelación de las cosas de este mundo.

Encogido dentro del rebozo de Antonia, abandonaron los dos Guanajuato una mañana, a lomo de mula, bajo el pálido fulgor de las

⁵⁸ *Ibíd.*

⁵⁹ Loló de la Torriente, *Memoria y razón de Diego Rivera*, Renacimiento, 1959.

últimas estrellas, Alcanzando la primera cima de montaña, el niño miró hacia Guanajuato como si viera un juguete caído en el valle.

¿Qué sería Antonia para el pequeño delicado? ¿Qué sería de la vida de los dos en la soledad de una cabaña construida sobre la montaña, frente a las grandes extensiones del paisaje mexicano?

Diego Rivera dice que Antonia era una india silenciosa de Veintiséis años de edad, curandera de oficio, que vivía sola en un sitio alejado de todo poblado; de alta estatura, caminaba con la cabeza levantada, como lo hacen las mujeres acostumbradas a cargar objetos. Recuerda sus enaguas de lana roja, que encubrían piernas bellas y fuertes; sus hombros magníficos, su rostro ardiente pero de una tranquilidad que comunicaba emoción de misterio; rostro ejemplar de belleza clásica india, de la que poseía la nariz arqueada, unida a la frente, inclinada por un solo trazo orgulloso, pómulos salientes destacados por dos manchas de luz, la boca en flor, grande, roja y entreabierta sobre los dientes de blancura nivea.

Este retrato evoca un tipo al que Diego Rivera ha permanecido fiel durante toda su vida. En sus grandes obras, y particularmente en sus dibujos, en los que el trazo señorea por su energía y sensualidad, orgánicas y plásticas, así como en sus acuarelas, en las que campean con autoridad personajes definitivos, volveremos encontrar a Antonia, con su enagua roja y su rebozo azul, erguida sobre la montaña como una estatua.⁶⁰

Los hechos anteriores nos pueden ejemplificar el porqué de la división aguda y tajante en el universo de Rivera. Las antípodas de sus valores son una Antonia repetida y sistemática que lo nutre y

⁶⁰ Germán Wenziner, *ibíd.*

sustenta, le hace exuberante y lo despoja de la delgadez; aparece una y otra vez en la mujer india que carga sobre la espalda al niño, en la parturienta alegre que, bajo la advocación de Tlazoltéotl, entrega su hijo a la partera indígena, la cual le trata como una pluma preciosa y piedra de florilegio; retorna también al vestir y equiparar, a través de la túnica y la trenza, a sus hijas con la divinidad femenina y procreadora; inclusive en la prostituta del mercado, la alegradora, se contemplan las piernas magníficas y generosas de la nana Antonia. El mundo indígena se reviste del esplendor de la leche reparadora que calma la delgadez interna. No hay sino un paso para establecer una ecuación entre el mundo indígena, lo humilde y lo proletario. Al lado de esta madre buena, sobreprotectora, que hizo del mundo un pecho hedónico de color blanco luminoso, se encuentra la otra, la “catrina” refinada, esquelética y muerta; más destruida aún si se la equipara con la muerte del otro yo, el gemelo, con la delgadez y la soledad. Lo académico, lo aristocrático, lo burgués y capitalista, se equiparan; así se crea al par antagónico a que hemos aludido. El simplismo ideológico del pintor, lo es en tanto se le juzga con la complicada problemática del adulto, pero deja de serlo a la luz de sus experiencias infantiles.

Diego Rivera transformó al mundo en una gran Antonia generosa y próspera, se dio a sí mismo con la generosidad con que infantilmente fue reparado. Su cosmovisión es la de un pecho generoso y múltiple, fecundo y creador que oculta la muerte, la destrucción y la soledad. Diego Rivera es el genio del mecanismo de negación, su forma específica de sublimación es de naturaleza maniaca.

En sus murales del Palacio Nacional hay un panel en el que expresa:

El mundo debe a México:

El maíz (tlayolli), el frijol (etl), el tabaco (picietl), el cacao (cacauatl), el algodón (ichcatl), el henequén, el tomate (tomatl), el gitomate (xitomatl), el cacahuate (tlalcacahuatl), la tuna (nochtli), el maguey (metl), el aguacate (auacatl), la piña (maizatl), el chicle (tzictli), el chico zapote (tzictzapotli), el zapote blanco (iztaczapotl), el zapote prieto (tlilzapotl), el mante (coztictzapotl), el mamey (cuautzapotl), el capulín (capuilin), la papaya (papayan), el chile (chilli), la yuca (cuaucamohtli), la jícama (xicarnatl).

Resulta clara la necesidad de valorar las condiciones nutritivas del mundo indígena a la vez que negar cualquier aporte del mundo hispánico. Visualiza la Conquista con una intuición genial. Ven sus perspectivas dramáticas y devastadoras. En el mural de la escalera central del Palacio Nacional, el indígena en ocasiones lucha, pero las más se encuentra agobiado bajo el peso, ya de los hijos mestizos, ya de los productos de la tierra. En la parte inferior izquierda de este mural se observa en forma dramática la violación de una mujer indígena por un guerrero español. Su cosmovisión determina muchos aspectos centrales de la composición. En la parte central de la escalera está descrita la historia de México; abajo la conquista, con todo su drama y terror —lucha de arcabuz contra macana— posesión violenta de la intimidad indígena; conforme el mural se desenvuelve, el énfasis descriptivo se pone en la Colonia, la encomienda, la servidumbre, la inquisición, las

prebendas eclesiásticas. En la parte superior del muro las vicisitudes de nuestra historia desembocan en las Leyes de Reforma, con Juárez a la cabeza. En el centro bajo el cartel de Tierra y Libertad, Zapata, y hacia el lado izquierdo, el Varón de Cuatrociénegas.

Ya hemos señalado con anterioridad, en la mentalidad del mexicano, la equiparación sistemática de determinadas ecuaciones: lo indígena con lo femenino y su contraparte antagónica, la hispanidad con la masculinidad.

En este mural se observa que el pasado y el futuro pueden resolver los conflictos del drama mexicano; subiendo la escalera, hacia el lado derecho, se encuentra el mundo luminoso de Quetzalcóatl; al lado izquierdo, el mundo del futuro, donde el humilde se reivindica al través y en función de la técnica; los malos dejan de existir y el campo de batalla queda anulado.

En los corredores del piso intermedio se describen pasajes de la vida indígena; en forma luminosa desfila el mercado, el trajín, los pintores y tintoreros, el maíz, etcétera. La descripción concluye con el Retrato Verdadero de Hernán Cortés. Este último mural ha promovido apasionadas polémicas; de acuerdo con la descripción que de Hernán Cortés hiciera Bernal Díaz del Castillo, sus rasgos se acentúan; lo corcovado se transforma en patizambo y pone en un primer plano la exostosis de la cabeza y rodillas.

La hostilidad hacia la figura que representa el conquistador es obvia; en un extremo del corredor se encuentra la sobrevaloración de los aportes indígenas, en el otro, magnificados

los vicios del español, rapiña, avaricia, fealdad, lacras y estigmas. Este cuadro de la historia de México representa una negación de las contradicciones y señala una línea simplista en el suceder histórico. Sistemáticamente se devalúan los valores indígenas y sistemáticamente, también, se adopta una conducta extrema hacia los valores hispánicos.

La exuberancia del tema, la necesidad de repetirlo, aparecen una y otra vez en la producción mural de Diego Rivera. En el Palacio de Cortés, observamos la lucha entre el caballero águila y el hombre de fierro, así como la actitud dramática y sádica con la que el conquistador impone el estigma esclavista a través del hierro candente en la mejilla del indio. Todo ello, junto con el trapiche y el yugo, forman la imagen interna que el pintor visualiza y comunica. Para él la Conquista es eso y nada más.

JOSÉ CLEMENTE OROZCO (1883-1949)

De él expresa Justino Fernández:

Dejó con su obra una herencia a México y a la cultura universal, que requiere la más profunda consideración, genial en todo; es para mí, el maestro de mayor estatura del siglo XX, así se piense en Rivera, en ese otro genio que es Picasso y en otros pintores de primera línea de nuestro tiempo, mexicanos y extranjeros. En todo distinto a Rivera, con él se forma

una pareja dispar, como otras en la historia: Rafael y Miguel Ángel, David y Goya, Ingres y Delacroix.⁶¹

Esta certera visión de Justino Fernández nos pone sobre una línea de investigación apasionante; a saber, las diversas técnicas utilizadas por uno y otro para resolver su problemática.

Refiriéndose a su manera de ser, Alma Reed cita la descripción que de él hiciera Isidro Fabela, su compañero en la escuela primaria:

Clemente era un muchacho quieto, introspectivo, con una reserva casi femenina. Siempre estaba vestido correctamente aunque con modestia. Se portaba muy bien y todos sabíamos que tenía un gran corazón. Desde un principio fue muy inteligente, pero nunca trató de exhibir sus conocimientos. Todos nos dábamos cuenta de su gran carácter. Aun entonces yo reconocí su raro talento de artista. Le gustaba estar solo, raramente tomaba parte en las travesuras de los otros alumnos, que siempre molestaban a sus compañeros o se entretenían en juegos toscos. Por lo general, se alejaba de sus compañeros de escuela y se comunicaba poco con ellos.⁶²

Es notoria la diferencia caracterológica entre Diego y Clemente: el uno locuaz, exuberante, dicharachero; el otro reservado, aislado, volcado sobre sí.

La observación y comparación de la obra de uno y otro es igualmente contrastada. En la temática de Orozco el hombre es el motivo central, un hombre que se debate y lucha no contra

⁶¹ Justino Fernández, *Arte mexicano. De sus orígenes a nuestros días*, México, Porrúa, 1958.

⁶² Reed, Alma, *Orozco*, México, FCE, 1955.

problemas externos sino ante sus contradicciones internas. En el Cristo destruyendo su cruz el pintor pone en duda, ante la historia, el mérito y la significación propositiva del sacrificio. La utilización de temas externos no es para Orozco sino un pretexto para expresar cómo unas partes del hombre se encuentran en pugna contra otras porciones del mismo. En alguna ocasión que le preguntaron al artista por la definición de la verdadera naturaleza del arte, contestó con naturalidad: “El arte es el equilibrio que surge espontáneamente al través de un proceso interno, cuando nuestro caos trabaja para lograr una forma orgánica”⁶³

En toda la obra del pintor nos enfrentamos al intento desesperado por exhibir la oposición de los contrarios por tratar de ligarla en una síntesis que la libre de la desintegración y el caos.

Me parece de particular importancia, pese a que parezca minucioso, señalar las circunstancias y vicisitudes que acompañaron a la mutilación de la mano izquierda del pintor. Para ello transcribo un pasaje de Alma Reed:

Los visitantes rara vez dejaban de preguntar cómo perdió su mano izquierda Orozco. Cuando inquirimos con él al respecto, nos dijo con sencillez la forma en que aconteció. El accidente —del cual hace en su autobiografía una mención breve y casi casual— ocurrió en la casa de sus padres en México, cuando a la edad de diecisiete años era estudiante en la Escuela Nacional Preparatoria. Llevaba a cabo experimentos químicos de aficionado, a los cuales, como todos los jóvenes en todas partes, era afecto, cuando una explosión le destruyó la mano izquierda y le hirió

⁶³ *Ibid.*

gravemente la otra. El cirujano, llamado rápidamente, se preparaba a amputarle la mano derecha, que estaba casi tan seriamente dañada como la izquierda, cuando el bisturí fue detenido por la intromisión providencial de una adicta sirviente indígena que impidió la operación a viva fuerza. Su hermana Rosa me dijo que en el Hospital de San Lázaro, adonde Clemente fue llevado, se hizo todo lo posible por salvarle la mano izquierda, pero al fin fue necesario amputársela arriba de la muñeca. Para siempre, la palma poderosa de la mano derecha del artista mostró profundas cicatrices, y tanto la vista como el oído quedaron perjudicados como resultado del accidente... En todo caso, su preocupación estética por las manos —que aparece como un Leit Motif en sus pinturas, dibujos y murales— se debió indudablemente como lo han señalado diversos psicoanalistas, a la inevitable conciencia de su impedimento físico.

Por los días en que ocurrió el accidente, Orozco empleaba parte de su tiempo en trabajar como dibujante en la oficina de Carlos Herrera, uno de los principales arquitectos de la capital. Evidentemente, había renunciado a su inicial objetivo de estudiar para maestro, así como al proyecto posterior de llegar a ser agrónomo, lo que se infiere naturalmente de su oportunidad de ganar la beca en San Jacinto y de la estimación realista que hacía su padre de las estrechas condiciones económicas de la familia. Estaba lejos de sentirse contento, nos dijo, ante la perspectiva de llegar a ser arquitecto, meta hacia la cual se encaminaban sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria. Pero, como él explicaba, creía que la arquitectura era una carrera más lógica que la enseñanza o agricultura, pues le daba la oportunidad de dibujar, aunque fueran sólo “fachadas”. Una referencia en su autobiografía al estado de la arquitectura en el periodo del general Díaz sugiere una razón válida para explicar por qué la admirable originalidad de Orozco y el profundo sentimiento por su suelo nativo encontraron desagradable la profesión: “La arquitectura vino a ser un refrito de los chalets y chateaux franceses.

Todos los mármoles y las esculturas de los edificios públicos y privados procedían de Italia”.

Obviamente, la razón más profunda de su falta de entusiasmo por la carrera de arquitecto era que desde sus más tiernos años, la pintura había sido su ambición secreta. Mientras nos hallábamos sentados alrededor de la mesa de té aquella tarde en el “Ashram”, Orozco nos aseguró que su primera emoción consciente, después del terrible accidente, había sido una sensación de alivio. Como expresamos asombro, nos explicó que los arquitectos de México gozan de prestigio social y hasta llevan un título. Generalmente, dijo, son hombres de porte distinguido, adornos de la sociedad y con frecuencia prominentes en los círculos diplomáticos. El impedimento de Orozco y su consiguiente “inadaptación” social le impedirían el ejercicio próspero de una profesión tan exigente. Pero a pesar de que el grave accidente estropeó, por supuesto, la oportunidad de seguir una carrera tan altamente respetada y lucrativa, él no lo lamentó del todo. Tan clara sonó en su mente y en su corazón la voz del destino, que de hecho vio la pérdida de la mano como el pretexto para mirar a la vida con nuevas esperanzas. Se dijo: “Ahora, por fin, soy libre para poder llegar a ser pintor”.⁶⁴

He transcrito todo el párrafo anterior porque me parece oro puro para comprender las fuerzas dinámicas actuantes en el pintor y siempre presentes en su obra creadora.

Resulta obvio que el padre pugnaba, tal como señala Alma Reed, ante la presión económica, por exigir de su hijo una profesión lucrativa; sus metas habían sido la enseñanza, la agricultura o la arquitectura. La madre del pintor está indudablemente ligada a su

⁶⁴ *Ibíd.*

obra; ella misma pintaba, habitualmente, cuando el hijo se encontraba en Nueva York, le enviaba prendas de vestir, corbatas o bufandas, en las que había impreso su sello creador; ella fue quien en la edad preescolar lo llevó a la Academia de San Carlos. Era el leit motiv del artista.

Nos llama la atención la descripción de las primeras sensaciones que el pintor tuvo después del accidente. La sorpresa no es tan sólo de los psicoanalistas sino de la misma Alma Reed. Parece que el precio que pagó el pintor a su actividad creadora, a su liga emocional inconsciente a la madre fue la mutilación; después de ella, está justificado para seguir y llevar a cabo su destino. Cual moderno Edipo, paga a priori su vínculo emocional con Yocasta.

En la temática de Orozco hay una pugna sistemática entre dos instancias: el Cristo sacrificado y el revelado; en La Trinchera, la lucha fratricida, en un primer plano aparecen los brazos, extendidos o contraídos en tensión dolorosa; las manos expresan dolor y angustia. En este mural la lucha es interna, circunstancialmente se ha desplazado a la trinchera para adquirir un valor estético y para realizarse plástica y creadoramente.

El hombre que se somete y el hombre que lucha, lo activo y lo pasivo, lo bajo y lo alto; en el universo de Orozco la oposición de los contrarios busca unidad y síntesis.

El Orozco dividido en sus afectos y ligas, busca la unidad; en el camino nos muestra la desintegración anterior a la síntesis. Su conflicto, no se materializa en el exterior, en lucha de buenos

contra malos; siente dentro de sí en forma ineludible e inexorable lo bueno y lo malo. En ocasiones la lucha de las imágenes internas hace aparecer lo femenino como abismático y lo masculino como sublime, tal y como se ve en la cúpula de la Universidad de Guadalajara; una figura femenina, afiliada a la prostituta de la Catarsis del Palacio de Bellas Artes, contrasta con el hombre geométrico remarcado con un índice de fuego racional y adusto. Al lado del hombre geométrico unívoco y sintético se observan las múltiples caras del hombre prontas a superponerse: el hombre de cinco caras. Al referirse a él expresa Justino Fernández:

En ello estriba la modernidad del tema, porque el hombre contempla, mide, acota la realidad, después medita, filosofa y por último vuelve los ojos a lo alto, a las esferas transhumanas de donde espera respuesta a sus problemas.⁶⁵

En el muro frontal del Paraninfo de la Universidad se representa una imagen dantesca. Los mutilados, los afrentados, muestran el dolor de sus muñones incandescentes o de sus brazos escuálidos; imprecán en una lucha sorda y desesperada a los falsos líderes, poseedores de la ley e instrumentos de tortura. El brazo mutilado antagoniza con el serrucho del líder. Esta plástica externa y alucinada no es sino la lucha delirante de los objetos en el interior del artista. Igual destrucción satánica, donde los objetos matan y son matados, campea en Las luchas por la libertad en el Palacio de Gobierno.

Así como el color prevalente en la creación de Diego Rivera es el blanco, el rojo adquiere expresión de ciudadanía en la plástica de Orozco: hostilidad, lucha, destrucción incontrolada y abrumadora, todo ello expresado en rojo.

Justino Fernández nos dice de la cúpula del Hospicio Cabañas:

La cúpula polariza nuestro interés y nuestra emoción y después de habernos azotado el espíritu con las pinturas de las paredes, de las bóvedas, la vibrante expresión que Orozco dio a su tema nos revivifica y nos incorpora definitivamente a su mundo mágico de atlantes que habitan en el fuego sin consumirse, que son fuego ellos mismos; mundo magnífico en el que el alma flota desligada ya de compromisos; es el mundo lírico de Orozco que con sabia visión ha creado y con intuición maravillosa ha medido. ¿Quién no participa con entusiasmo de esos entes soberbios y gigantescos que están reflejando los anhelos vitales que llevamos dentro de nosotros?; porque el artista ha confesado en ellos su visión dinámica del mundo en eterno movimiento, porque recordando una vez más al filósofo de Efeso vienen a nuestra mente sus palabras: “Inmortales los mortales, mortales los inmortales, viviendo su muerte, muriendo su vida”.

Hemos acercado nuestra modesta visión a la forma de resolución de las urgencias básicas en dos genios de la pintura mural contemporánea. En uno de ellos la soledad es negada maniaca y exuberantemente; en el otro ante la vivencia y percepción de la dramática vital y ante la incapacidad de resolverla se intenta una obra de síntesis preservadora de la desintegración. El primero, Diego Rivera, opera genialmente desde su posición maniaca y exaltada; el segundo, Orozco, desde su sitial esquizoide y

⁶⁵ Justino Fernández, Orozco, forma e idea, México, Porrúa, 1956.

desintegrado: ambos nos enseñan formas sublimes de derivar el conflicto, desplazándolo, elevándolo y revistiéndolo con proporciones cósmicas. La visión del uno y del otro son veraces en tanto es verdad la forma en que afrontan la realidad y la trascienden.

Contemplemos modestamente a estos dos genios de nuestra plástica: Diego Rivera, genio de la negación interior, y José Clemente Orozco, artista de la escisión psíquica.

A manera de epílogo

*Pero,
De haber sido otra mi historia,
Sería siempre la misma.
Pídeme que desande lo andado,
Y en mi renacerán
Los sueños que mi madre tejía
Cuando apenas me gestaba.*

ELISA RAMÍREZ

1: PUNTO

Dos han sido, nuevamente, las pasiones intelectuales de mi vida: Freud y México, el mexicano y el psicoanálisis.

Treinta años después, la figura de Freud se agiganta. Examinar su obra durante varios años, en la Facultad de Psicología, me hizo engrandecerlo. Llegué, incluso, a pensar en una trilogía —a la manera del profeta armado, el desarmado y el desterrado de Deutscher— cuyas partes se nominasen Freud, el joven; Freud, el hombre y Freud, el cáncer.

Treinta años después, tras el estudio exegético de la obra de Freud, fuente de inagotables reflexiones, puedo sintetizar mi idea del psicoanálisis distinguiendo en él dos corrientes de pensamiento: por un lado, el psicoanálisis concebido como método terapéutico; por el otro, el psicoanálisis en tanto un conocimiento que escruta la conducta. Como método terapéutico, es pobre, increíblemente prolongado, costoso, reiterativo y poco eficaz;

como sistema filosófico, explicativo de la conducta, es el sistema más acabado y profundo para encontrarnos con el hombre.

Treinta años después, en México, el psicoanálisis ha florecido: si en 1952 iniciábamos el movimiento psicoanalítico tres analistas, en la actualidad múltiples asociaciones abrigan y dan enseñanza a más de cien estudiantes. Un examen minucioso del psicoanálisis en México, informaría de un crecimiento y un desarrollo espectacular de la psicología profunda.

Treinta años después, sin embargo, he abandonado asociaciones y sociedades porque, en rigor, éstas se han transformado en sindicatos cada vez más cerrados. En ese orden de ideas, ya no me proporcionan nada de lo que en los primeros años me pudieron dar: en la actualidad, no me brindan absolutamente nada.

He abandonado, también, la práctica terapéutica: se trata de una vinculación personal, larga, prolongada, que lleva muchos años. He abandonado este trabajo paulatinamente, cediendo a la sensación de que el tiempo que podía invertir en el trabajo con un paciente, a estas alturas de mi vida, era particularmente oneroso tanto para mí como para el paciente. Yo recomendaría a los psicoanalistas de mi edad que hicieran lo propio dejando el paso a la gente joven.

Las asociaciones y las escuelas de psicología están marcadas por una ausencia que me deja muy insatisfecho: la ausencia de Freud. Luchar ahora por restituirle una presencia me parece muy difícil; para eso, ya estoy muy cansado.

Treinta años después, a pesar de lo que otros piensan, mi idea de lo mexicano no se ha modificado en lo sustantivo. Hablé de las limitaciones terapéuticas del psicoanálisis. Estas limitaciones se fincan, sustancialmente, en la compulsión a la repetición y en la pulsión de muerte. Entre ambas, hacen que el cambio sea difícil y muy limitado. Ciertamente, el entorno social se modifica, pero sus modificaciones no han movido la estructura. Probablemente, esta estructura se exprese en formas nuevas. No obstante, sigue siendo la misma. Es obvio que una pulsión puede buscar vías de expresión diversas, según las circunstancias, pero ello no es sino una tenue modificación del suceder psíquico tanto desde el punto de vista de la función individual como desde el de la función social. La mujer se mueve en un ámbito distinto, efectivamente, al de hace treinta años, pero sigue usando este nuevo ámbito con iguales características estructurales. Algo análogo puede decirse del varón: ha variado el instrumento pero la cultura machista sigue siendo la misma. Se requiere mucho tiempo para lograr cambios básicos.

Treinta años después, puedo decir que volvería a hacer lo mismo. No existe, hasta el momento, ninguna otra disyuntiva que brinde mejores perspectivas.

Y, sin embargo, me he retirado. Retiro que es un síntoma y no el resultado de una sensación de derrota. En comparación con mis fantasías juveniles, siento que la vida me ha dado más de lo que yo le pedí. Siento, además, a diferencia de Freud, que tuvo mucho que dar hasta los últimos días de su vida, que yo ya di lo que tenía que dar. Creo, también, que fue recibido: nunca dicté dos cursos iguales; me molestó mucho siempre la idea de ser un maestro de

primaria: si no puedo ofrecer cosas nuevas, prefiero el silencio del retiro.

II: CONTRAPUNTO

En términos más profundos, mi condición fundamental sea, quizá, depresiva. Melancólica desde siempre. Es una condición que está obviamente vinculada a mi gusto por León Felipe, a mi pasión por lo mexicano e, incluso, a mi lectura de Freud. Después de todo, el trabajo en estos terrenos es particularmente deprimente. Pero en cierto sentido, el depresivo como el maniaco, se buscan las condiciones apropiadas en el curso de la vida para alimentar su manía o su depresión: van por la calle por la que les gusta andar y eligen ésa y no otra.

Esto, naturalmente, lo sabía desde que me metí en ello pues, probablemente, la situación temprana que creó esta pasión fue —como he dicho en otro sitio— la de un padre que me consideraba el “idiota de la familia”. En ese sentido, mucho de mi actividad iba, superficialmente, contra ello. A la postre, fue hincarme en ello. Seguramente uno de los elementos que determinaron que buscara esa línea fue el hecho de que mi padre fuera neurólogo y psiquiatra.

Se ha dicho que estoy mal psicoanalizado. En efecto, me analicé con un maniaco que movía la barba a risa; con él, mis condiciones depresivas encontraron su forma. El análisis me forzó a buscar señales fuera, hube de sobrevivir en otro sitio.

La pulsión de muerte es consecuencia de la frustración: a mayor frustración, mayor agresión. Mi silencio es el resultado de una frustración. A fin de cuentas, la condición de todo hombre más o menos pensante es muy frustrante. Pero hay, empero, variedades de la frustración, características que la matizan. No hay contradicción: mi actividad como fundador del psicoanálisis en México, en torno de Freud y del mexicano, sigue una línea depresiva sin que esto quiera decir que mis metas, dentro de este contexto limitado, no hayan sido logradas. Mi actividad, en una ciencia frustrante, ha sido gratificante: estoy satisfecho de mi acto de fundación en la misma medida en que estoy frustrado por él, y lo mismo puedo decir de mi práctica terapéutica o de mi quehacer académico.

Ciertamente, mi condición actual es la de la soledad intelectual; ¿quienes me siguen lo hacen más por afecto que por escuela, pero acaso es gratificante tener escuela? Treinta años después y a pesar de los pesares, mi satisfacción fue lograr algo; eso hizo, después de todo, que mi depresión se realizara.

En la vieja Facultad de Medicina, la generación de mi padre colocó una placa con un poema de Baltazar Izaguirre Rojo:

*Por eso hemos venido, tus hijos de entonces,
A traer, en medio de la risa de tus hijos de ahora,
Una lagrima santa que rasgue tu cantera
Y, del beso del crepúsculo
Haga beso la aurora.*

SANTIAGO RAMÍREZ
Noviembre, 1983